"...Mas Yo os digo:"

POR

JUAN A. MACKAY

"Habéis oído que fué dicho por los antiguos... mas yo os digo:..."
JESÚS

EDITORIAL MUNDO NUEVO
FEDERACION SUDAMERICANA DE ASOCIACIONES CRISTIANAS DE JOVENES
BUENOS AIRES
MONTEVIDEO
1 9 2 7

Library of The Theological Seminary

PRINCETON · NEW JERSEY

PRESENTED BY
John A. Mackay

SCB
8510

Presented to the
Library of
Princeton Theological
Seminary
John C. Mackay

"...MAS YO OS DIGO:"

OBRAS DEL AUTOR

Don Miguel de Unamuno (Lima).

La Profesión de Hombre (Lima).

Wordsworth y la Escuela Laquista (Lima).

Los Intelectuales y los Nuevos Tiempos (Lima).

La Filosofía del Triángulo Rojo (Montevideo).

"...Mas Yo os digo :" (Buenos Aires-Montevideo).

Queda hecho el depósito que marca la Ley. Copyright por la Editorial "Mundo Nuevo".

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 14 1943
THEOLOGICAL SEMINARY

"...Mas Yo os digo:"

POR

JUAN A. MACKAY

"Habéis oído que fué dicho por los antiguos... mas yo os digo:..."
JESÚS

EDITORIAL MUNDO NUEVO
FEDERACION SUDAMERICANA DE ASOCIACIONES CRISTIANAS DE JOVENES
BUENOS AIRES
MONTEVIDEO
1 9 2 7

Prólogo

Entre las notas salientes de la época que atravesamos merece atención especial el interés cada vez mayor que manifiestan los intelectuales de los países de vanguardia por Jesús de Narazet y sus ideas. Dicho interés no es sino un indicio más de la reacción imponente que, desde tiempo atrás, se viene operando en la intelectualidad contemporánea contra el unilateralismo cientificista de la generación pasada. Háse colocado sobre el pedestal del pensamiento una nueva filosofía, cuya finalidad consiste en establecer una escala de valores transcendentes. Partiendo de la vida misma se pretende descubrir los valores que surgen de su seno como elementos constitutivos, y cuya persecución y cultivo contribuyen a su enriquecimiento permanente. Entre estos valores absolutos merecen lugar destacado la personalidad y enseñanzas de Jesús.

Sumamente interesante e instructivo sería hacer un estudio completo de las "Vidas de Jesús" escritas desde 1863, año en que Ernesto Renán publicó su famosa "Vie de Jésus", con que, si bien hirió el sentimiento ortodoxo, prestó el inmenso servicio de convertir un concepto teológico en un ser de carne y hue-

so. Poco importa ya que el "Dulce Rabbí", descrito con tanta admiración y colorido por Renán, no haya existido sino en la imaginación helénica de su biógrafo; éste tuvo el mérito indiscutible de inaugurar una nueva era en el estudio de la figura concreta y palpitante del Nazareno. Los centenares de "Vidas de Jesús", lo mismo que los millares de tratados sobre las enseñanzas de Este, que han visto la luz desde 1863 a esta parte, evidencian una consagración intelectual y una pasión moral sin paralelos en la historia del pensamiento.

La santa cruzada en busca del Jesús histórico ha sido una escuela de sinceridad para la intelectualidad moderna. Los que han intervenido en esta búsqueda han puesto en ella todo el amor, y, en algunos casos, todo el odio que cabía en sus entrañas. Reveláronse a sí mismos y a los demás, al través del esfuerzo de comprender una figura universal, ante cuya mirada no cabe la neutralidad. En cierto sentido, las biografías de Jesús no son sino las autobiografías de los biógrafos. Es inevitable que así sea, pues al dedicarse a conocer al Hombre llega cada hombre a conocerse a sí mismo y a translucir para afuera lo más íntimo de su ser. Aun podría decirse que uno sólo alcanza su mayoría de hombre sincero cuando acabe de hacerse un retrato propio de Jesús.

La última guerra, fruto de tendencias antagónicas al espíritu y enseñanzas del Nazareno, intensificó el interés, que ya existía, por tener de Este conocimiento certero. La incapacidad del cristianismo organizado

para evitar aquel cataclismo, así como el convencimiento de que Jesús había sido traicionado por sus mismos amigos, despertaron en muchos corazones un nuevo entusiasmo por conocerle a El y por aplicar sus principios a la solución de todos los problemas humanos. "El único caballero", ha dicho Bernard Shaw, "que salió de la Guerra con una reputación incólume fué Jesús de Nazaret". Y cuando alguien le preguntara en 1922, "¿Cree usted que Jesús sea todavía una influencia efectiva en el tiempo presente?", aquél respondió: "La rebelión universal contra la influencia de Jesús que culminara en la Guerra ha dado tan mal resultado que en este momento vive probablemente más gente que cree que Cristo es la única esperanza del mundo que ha habido en cualquier otro momento de la vida de nuestros contemporáneos". Quiso decir que el experimento nietscheano había fracasado ruidosamente, y que se dejaba notar entre la humanidad adolorida la disposición de investigar de nuevo lo que Nietszche llamaba "moral de esclavos".

Acaso lo más interesante, desde cierto punto de vista, de este movimiento cristófilo que ya se perfila en los horizontes del pensamiento contemporáneo, es el gran número de laicos, hombres de letras muchos de ellos, que se interesan por Jesús. Papini con su "Historia de Cristo", Chesterton con su "Hombre Eterno", Middleton Murray con su "Jesús, Hombre de Genio", Henri Barbusse, con su "Jesús", y en tierra sudamericana, Navarro Monzó con su "Cristianismo" y Ricardo Rojas con su "Cristo Invisible", se han

unido al escuadrón de cruzados que, puestos en marcha, camino de Galilea y Jerusalén, desean rescatar para sí mismos la figura, los hechos y las palabras de Aquél.

"Yo también he visto a Jesús", escribe Henri Barbusse, autor de "El Fuego" y "Claridad", en su novísimo libro; "Yo lo Amo; lo tengo contra mi corazón y se lo disputaré a los demás si es necesario". "He escrito este libro movido por una necesidad íntima", ha dicho el distinguido crítico literario, Middleton Murray. Por más que el Cristo que yo amo se distinga en ciertos puntos capitales del pintado por algunos de los autores mencionados, y por dispuesto que esté yo también a "disputárselo a los demás", re conozco en este grupo de cristófilos la misma sinceridad, aun cuando penetración muy desigual.

A las personas sinceras y libres que deseen unirse a la búsqueda de Jesús y sus palabras, que nuestra generación ha intensificado, dedico esta obra modesta. No pretendo en ella hacer un retrato completo de la imponente figura del Galileo, ni ofrecer un estudio completo de sus enseñanzas. La tarea que me he propuesto es mucho más humilde. Quisiera dibujar aquel aspecto de su personalidad en que resalta el maestro por excelencia, introduciendo en seguida a mis lectores a algunas de aquellas parábolas maravillosas en que Aquél consignara algunos de sus más bellos y profundos pensamientos.

CAPITULO I

La personalidad docente del Maestro

CRISTO es lo mismo que una obra de arte. No enseña realmente nada, pero, al ser traído ante su presencia, uno llega a ser algo." Así decía un conocido hombre de letras de la generación pasada, discípulo de Renán, y admirador del Jesús romántico. Nada hay, sin embargo, que sea menos cierto. Jesús podrá llamarse "el precursor del movimiento romántico de la vida", "el primer individualista de la historia", uno que "vivía la vida de las flores", y todo lo que se quiera, pero El no se limitaba a engendrar sentimientos de odio o de amor en los corazones ajenos y a desprender los perfumes de una vida moral perfecta; cincelaba también grandes pensamientos. Tenía ideología propia, que se esmeraba en impartir, poco a poco, a sus discípulos y a las muchedumbres con todas las artes del educador consumado. De suerte que sus parábolas, lejos de ser simples cuadros artísticos, son además semilleros de ideas. Las flores de la literatura no sólo emanan belleza y

perfumes; dan miel también, pero aquéllos se gozan sin esfuerzo, en tanto que ésta hay que buscarla.

No es nuestro propósito en este libro dibujar los múltiples matices de la personalidad de Jesús para que se sienta todo el maravilloso encanto de ella. Nos limitaremos por ahora a salir en busca de la miel de sus enseñanzas. Pero de las muchas facetas que la contemplación de esta figura destaca, hay una que conviene mirar muy de cerca antes de estudiar sus ideas. Me refiero a aquella que nos descubre al verdadero maestro, al educador por excelencia. ¿Qué cualidades de maestro revelaba Jesús que den interés y valor especiales a sus pensamientos?

Tres rasgos fundamentales de lo que podrá llamarse la personalidad docente de Jesús merecen considerarse.

I

Su *autoridad moral* es lo primero que llama la atención. — Algo había en el porte del Maestro que imponía el respeto y obligaba la atención. Sus palabras excitaban la admiración reverente del pueblo que las escuchaba. "Estaban atónitos de su doctrina", nos dice San Marcos, "porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas." Estos solían hablar como abogados que interpretan viejos códigos; Jesús como el legislador que introduce leyes nuevas. "Habéis oído que fué dicho: "No cometerás adulterio". Mas yo os digo: que todo aquel que

mira a una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazón" (1).

"¡Mas yo os digo!" ¡Qué modo de hablar tan autocrático! Jesús no apelaba a ninguna tradición venerable; no se apoyaba en autoridad alguna, ni siquiera, como Sócrates, razonaba sobre las ideas que vertía. El no hacía sino anunciar, descorriendo el velo, verdades eternas, dejándolas fulgurar incandescentes en la conciencia de la muchedumbre. A veces paralizaba al hablar las intenciones mezquinas de sus mismos enemigos. ¡Qué imponente le vemos en el trance en que los alguaciles del Sanedrín van a prenderle! Llegan donde el Maestro en momentos en que está hablando a la muchedumbre, quedando en el auditorio como hechizados, algo así como las fieras que escuchaban la música legendaria de Orfeo. Viéndose incapacitados para llevar a efecto su cometido, vuelven a las autoridades que los mandara, ofreciéndoles como excusa de su incumplimiento esta razón luminosa: "Jamás habló hombre alguno como este hombre habla" (2).

La sensación de autoridad que Jesús comunicaba a sus oyentes se debía en parte, indudablemente, a esa cualidad tan misteriosa y difícil de analizar que llamamos personalidad. Es un hecho de experiencia que el efecto de una disertación en el auditorio depende principalmente de la personalidad de quien

---

(1) San Mateo 5 : 27-28.
(2) San Juan 7 : 46.

la pronuncie, vale decir, de la combinación sutil de cualidades de voz, gesto, mirada y emoción, que acompañen las palabras del orador.

Pero no se puede prescindir tampoco de la sensación suscitada por la propia índole de las enseñanzas de Jesús. Aun hoy, después de casi veinte siglos, ellas solas se abren paso a los corazones de los hombres por la fuerza inmanente de la verdad que encierran. El mismo había dicho: "Las palabras que yo os he hablado, son espíritu y son vida." Y la verdad de este aserto se ha comprobado por la experiencia de miles de hombres, que llegaran a aceptar las enseñanzas de Jesús, no por ninguna cualidad postiza, sino porque ellas los "descubrieron", para emplear la expresión del poeta Coleridge. Las palabras de Jesús "descubren" a un hombre con su blanca lumbre penetrante dondequiera que éste se halle, en las alturas, o en el abismo; embelesado entre flores, o azotado por la tempestad; en un templo, o un burdel. La reacción que el encuentro produzca marca siempre la hora decisiva en la historia del individuo, pues, ante la luz de la verdad desnuda, no hay neutralidad posible. La verdad tiene siempre una propiedad selectiva. Los puros de corazón, los hijos de luz, abrazarán la verdad cuando la vean, los demás le darán de espalda. Las palabras del Maestro "descubrieron" al pícaro Zaqueo y éste respondió: "He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres, y si en algo he defraudado a alguien, lo restituyo cuadruplicado." Ellas "descubrieron" también al

joven aristócrata preocupado por obtener la "vida eterna", obligándole a escoger entre vida o dinero; y el joven optó por seguir a Mamón.

Existe, sin embargo, todavía otro factor en la autoridad moral de Jesús como maestro, a saber, la correspondencia perfecta entre sus ideas y su vida. Lo que decía no era sino la expresión vocal de lo que era. "Haced lo que yo os digo, pero no hagáis lo que yo hago." "Yo soy hombre para ser leído, no para ser conocido." Semejante divorcio entre la ideología y la práctica, de que algunos hombres con pretensiones de maestros han hecho hasta alarde, sería inconcebible en la figura de Jesús. Una sola contradicción entre los ideales que preconizaba y los hechos que practicaba hubiera bastado para derrumbarle del pedestal en que la humanidad le ha colocado. Seguiría siendo venerado siempre como pensador, mas como guía de almas nunca.

Es aquí precisamente donde tocamos fondo en toda esta cuestión. Por ser la encarnación viva de sus ideas, Jesús ha podido crear en los hombres un estado de receptividad propicia para la recepción de ellas. Lo que El era iba ejerciendo paulatinamente tal influjo sobre los que le conocían que les resultaba lo más natural acatar sus enseñanzas. En este sentido, Jesús tenía que hacer lo mismo que muchos grandes pensadores y artistas revolucionarios, crear el gusto favorable a la apreciación de su obra. Pero, con esta diferencia: Mientras hombres como Carlyle e Ibsen, que, al principio de su vida literaria tenían

al público en contra de sus innovaciones, lograron por fin crear un nuevo gusto popular, mediante la fuerza y pasión de sus ideas, Jesús ha conseguido transformar el gusto de los hombres que le siguen mediante la impresión total producida en ellos por una vida cuya característica principal era una pasión redentora que le llevara por fin a la Cruz. No son, al fin y al cabo, las ideas de Jesús el factor más revolucionario de la historia, sino El mismo. Gran número de aquéllas no fueron nuevas; lo que fué nuevo era uno que las calentara en su regazo y muriera con ellas en un patíbulo. Amén de esto, Jesús no dió su vida en pro de verdades abstractas, sino para que nacieran hombres nuevos. En el mundo moral lo que tiene valor intrínseco no es la idea abstracta, sino el hombre concreto.

De suerte que la autoridad moral de Jesús se debe principalmente a la calidad de su vida y de su muerte. El ejerce su función docente más poderosa desde la cátedra de la Cruz. Es el aprecio de su enseñanza y, sobre todo, el sentimiento que engendra, lo que cultiva el gusto indispensable para poder apreciar la que se imparte desde las cátedras de la Montaña y de la Playa. José Enrique Rodó comprendió admirablemente bien de dónde emanó la principal influencia de Jesús a lo largo de los siglos y lo ha expresado, como siempre, en palabras lapidarias. Al defender la tesis de que Jesús es el verdadero autor de la caridad, dice:

"Los grandes reformadores morales son creado-

res de sentimientos, y no divulgadores de ideas.

"La moral de Séneca el estoico se levanta casi tan alto como la del Evangelio; pero Séneca no sólo dejó inmóvil e indiferente al ánimo de sus contemporáneos, sino que su moral, falta del calor que se une a la luz intelectual de la convicción para refundir el carácter, no impidió que la conducta del propio Séneca siguiese el declive abyecto de su tiempo. Era la suya moral muerta, como diría Ribot.

"¿Cuál es, entonces, la condición necesaria para inflamar este fuego del sentimiento, con que se forjan las revoluciones morales? Ante todo, que el reformador empiece por transformar en sí mismo la idea en sentimiento; que se apasione y exalte por su idea, con la pasión que arrostre las persecuciones y el martirio; y además, que demuestre la constancia de este amor por medio de sus actos, haciendo de su vida la imagen animada, el arquetipo viviente, de su palabra y su doctrina. El verdadero inventor de una idea en el mundo moral es, pues, el que primero la transforma en sentimiento propio y la realiza en su conducta" (1).

II

Simpatía imaginativa es otra cualidad de la personalidad docente de Jesús. El amaba a las cosas y los hombres, sintiéndose ligado por tiernos lazos a

(1) Liberalismo y Jacobinismo. Pág. 46.

unas y otros. El mundo de las cosas y el mundo de los hombres eran ambos para El obra del Padre y esfera de su actividad. Eran para el Maestro un libro abierto donde leía lecciones que incorporaba a su doctrina.

"Triunfaste, pálido Galileo, y el mundo se nubló con tu aliento." Quien lea los Evangelios se convencerá que esta apreciación de la influencia del Maestro no podría ser más falsa. Jesús nunca nublaba con su presencia y sus palabras el ambiente donde se hallaba. Hay páginas de su historia que, al describir sus andanzas por Galilea con sus discípulos, dan la impresión de una fiesta nupcial. Recordemos las palabras con que contestó a la acusación de los fariseos de que sus discípulos no ayunaban: "¿Pueden acaso ayunar los convidados a bodas, mientras el esposo está con ellos? Entretanto que tienen al esposo consigo no pueden ayunar." (1) El ascetismo preconizado por Jesús era una cualidad de la vida interior, no del exterior; del alma, no del cuerpo. Preconizaba la vida llana y sonriente frente a los hombres. Esto es importante, porque si los hombres se acostumbraran a emplear los Evangelios como manual principal de devoción, no perderían el contacto con la realidad ni la simpatía por el mundo que los rodea. Gran cristiano era Tomás de Kempis, pero mucho más grande Francisco de Asís, y la

---

(1) San Marcos 2 : 19.

verdadera imitación de Cristo es la vida de éste y no el libro de aquél.

> "¡Oh Kempis! Antes de leerte amaba
> la luz, las vegas, el mar, oceano,
> mas tú dijiste que todo acaba,
> que todo muere, que todo es vano".

Así escribió Amado Nervo. Pero Jesús amaba la luz, las vegas, el mar, las flores, los pájaros, y corderos, ni dejaba de amarlos porque "todo acaba". No contrastaba la efimeridad de ellos con la eternidad de Dios y su palabra, antes miraba en su vida pasajera la presencia y revelación de lo eterno, y por eso los amaba. Como para Jesús lo eterno era esencialmente un concepto cualitativo y no cuantitivo, podía gozar de todo lo que revelaba lo eterno en el presente. Daño irreparable se ha hecho a menudo en el seno del cristianismo por la interpretación de "eterno" como lo que durará al través del tiempo y no como lo que sea independiente de todo tiempo.

La simpatía de Jesús por la naturaleza descubre caracteres especiales. No aparece en su actitud frente a ella nada de culto romántico, ni adoración poética. No encontramos en su espíritu el más mínimo asomo del misticismo naturalista que embellece las páginas de poetas como Goethe y Wordsworth. Para El el universo no era "la vestidura de la divinidad" sino su hechura, no su morada, sino la esfera de su acción constante. Era la soberanía de Dios sobre la naturaleza más que su inmanencia en ella, lo que le

impresionaba. Pero ella es una soberanía que alcanza los más mínimos detalles de la existencia. "Mirad las aves del cielo; no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?... Y en cuanto al vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, ¡cómo crecen! ¡no trabajan ni hilan! Mas os digo, que ni aun Salomón en todo su esplendor, vistió como uno de ellos. Pues, si a la hierba del campo que hoy es, y mañana la echan en el horno, Dios la viste así, ¿no lo hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?" (1)

"¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos caerá a tierra sin conocimiento de vuestro Padre. Y en cuanto a vosotros, aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Así que no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos." (2)

"¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pidiere pan, le dará una piedra? ¿O si le pidiere un pescado, le dará una serpiente? Pues, si vosotros que sois malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan!" (3)

En dos de estas citas, Jesús funda sobre el cuidado y la bondad que Dios ejerce en su relación

---

(1) San Mateo 6 : 26-30.
(2) San Mateo 10 : 29-31.
(3) San Mateo 7 : 7-11.

soberana a la naturaleza, un argumento a fortiori para estimular a los hombres a tener plena fe y confianza en El. En la última, funda sobre un rasgo natural de un padre de la tierra idéntico argumento para comprobar la bondad del Padre celestial.

Si agregáramos a estas citas el texto de parábolas, como la del Sembrador, el Grano de Mostaza, y el Hijo Pródigo, quedaría establecido que para Jesús la naturaleza y todo lo que sea natural en la vida humana es una especie de evangelio pictórico, un sistema de símbolos, que sugiere ante quien los contemple con reverencia y simpatía la realidad de un Ser Soberano con corazón de Padre. El Supremo Regidor de las cosas desea extender su reinado de amor sobre los corazones. En este sentido, la naturaleza tiene una función sacramental que cumplir; posee un alto valor revelatorio para todo aquel que, por simpatía natural, sepa leer este libro de divina escritura.

El Maestro leía constantemente el libro de las cosas, y el terruño palestino ha quedado inmortalizado en sus palabras. El no pensaba abstracciones sino cosas. Era más bien el artista que sentía y retrataba la realidad, que no el filósofo que la analizaba y razonaba sobre ella.

Llama la atención observar que los aspectos de la naturaleza que figuran en sus enseñanzas son los más humildes y pedestres, y, por consiguiente, los más universales. El escritor y viajero inglés, A. P. Stanley, elucida en un hermoso pasaje de su libro clásico, "Si-

naí y Palestina", este mismo punto. Dice: "Los rasgos más grandiosos de los paisajes, las montañas, las selvas, los aspectos impresionantes de la vegetación oriental, tales como la palmera, el cedro y el terebinto; en una palabra, las imágenes que llenan las páginas de los Salmistas y Profetas del Antiguo Testamento, no tienen cabida en los discursos evangélicos. A Jesús le debió ser familiar el panorama magnífico que se ve desde las alturas de Nazaret. Hermón y Tabor debieron estar constantemente ante sus ojos durante sus últimas peregrinaciones. Sin embargo, ninguno de ellos aparece en sus enseñanzas. Quizá la única excepción es la alusión en el Sermón de la Montaña a una ciudad situada sobre una montaña; pero esto, aun cuando fuera cierto, no es sino una mirada pasajera a un solo punto del paisaje. Por regla general, cada imagen y cada emoción es sacada de las figuras más humildes y sencillas de la vida y observación cotidianas, viñedos y trigales, pastores y labradores, viajeros y pescadores. Y cuando lo bello de la naturaleza solicita su atención, son siempre los aspectos más simples y generales, la salida fulgorosa de un sol oriental, los instintos y movimientos alegres de las aves descuidadas que volaban sobre su cabeza, los colores festivos de la alfombra de flores bajo sus pies. Sería inútil inquirir la razón precisa de estas omisiones y preferencias. Quizá pueda encontrarse una respuesta en las analogías parciales, aunque sean de la absorción del más grande de los filósofos antiguos, y el más noble de los santos medioevales: que hacía que Sócrates

gozara más en la ciudad que en el campo, y que San Bernardo viviera a orillas del Lago de Ginebra, inconsciente de la magnificencia del lago y las montañas que le rodeaban. Pero, probablemente, podemos decir que se debía al mismo espíritu humilde y plebeyo, si bien universal, que caracterizaba toda su vida en la tierra y ha formado los rasgos principales de su religión desde entonces.'' (1) Lo cierto es que en virtud de esta misma simpatía por lo humilde y universal, Jesús ha venido a ser ciudadano de todos los países y contemporáneo de todos los hombres.

Falta, para completar el cuadro, referirnos en términos más precisos a la simpatía imaginativa que Jesús manifestaba en todo su contacto con los hombres. Leía en sus corazones, comprendía sus dificultades y problemas; y aun cuando no podía disculpar sus errores, sentía inmensa simpatía por su condición.

De Jesús, con mayor razón que de cualquiera, podría decirse que ''nada humano le era ajeno''. Quizá sería más exacto decir de El que ''ningún humano le era ajeno'', puesto que no pensaba en términos de rasgos humanos sino de almas humanas. Sin dejar de preocuparse por las muchedumbres en masa, se preocupaba especialmente por los individuos. Un ser humano era para El mucho más que un miembro de la colectividad; era todo un mundo en sí. Jesús individualizaba. Dedicábase no a una labor general de profilaxis, sino a estudiar ''casos'', para curarlos. Su in-

(1) Sinaí y Palestina, págs. 329-330.

terés supremo eran siempre las almas y pasaba sus días y sus noches buscándolas. La mujer samaritana, la pecadora, Nicodemo, el pícaro Zaqueo, la mujer adúltera, el joven aristócrata, ¡qué bien comprendía Jesús el caso de cada uno de esos personajes! y ¡con cuánto acierto llegaba al castillo interior de ellos, guiado por señales que sólo El sabía interpretar! Podría decirse que tenía el instinto del individuo, de aquel individuo, sobre todo, que habiendo llegado a la conciencia de necesidades vitales, siente subir de sus entrañas un suspiro. Una vez, cuando la muchedumbre se agolpaba en torno del Maestro, Este preguntó de repente: "¿Quién es el que me ha tocado?" Como todos negaran haberlo hecho, Pedro le dijo: "Maestro, la gente te aprieta por todos lados y te estrecha". Pero el Maestro, convencido de que entre la turba de curiosos había una alma adolorida que tenía más interés que el de verle pasar, replicó: "Alguien me ha tocado, pues yo he conocido que de mí ha salido virtud". Entonces fué que una mujer se adelantó temblorosa, para confesar en presencia de todos que ella, agobiada por una vieja enfermedad y movida por un impulso repentino, tocó el vestido del Maestro, quedando curada al instante. (1)

He allí un incidente simbólico de aquella simpatía infinita de Jesús por el individuo necesitado. El poeta Almafuerte tiene un verso que respira algo del mismo espíritu frente al dolor humano.

---

(1) San Mateo 9 : 18-22.

"Yo no siento más vida que la del hombre,
ni Wagner ni Rossini me dicen nada;
¡pero si acaso gime un gemido
me traspasa las carnes como una espada!"

Pero la simpatía de Jesús era más vasta aun: se extendía a individuos cuyas necesidades interiores nunca habían parido un gemido en sus entrañas. Oscar Wilde, a quien el dolor y la vergüenza que experimentaba en su prisión le colocaron en una nueva perspectiva para poder interpretar el carácter especial de la simpatía de Jesús, ha dicho en su "De Profundis": "El realizó en toda la esfera de las relaciones humanas aquella simpatía imaginativa que en la esfera del arte es el secreto único de la creación. Comprendía la lepra del leproso, la oscuridad del ciego, la miseria afiebrada de los que viven para el placer, la extraña pobreza de los ricos. Se ha pretendido hacer de Jesús un simple filántropo, o calificarle de altruísta, colocándole entre los hombres sentimentales y faltos de conocimientos científicos. Pero El no era ni lo uno ni lo otro. Compasión no le faltaba, por supuesto, por los pobres, por los encarcelados, por los humildes, por los miserables; pero sentía mucha más compasión por los ricos, por los hedonistas empedernidos, por aquellos que malgastan su libertad, haciéndose esclavos de las cosas, por aquellos que llevan ropas delicadas y viven en casas de los reyes. La riqueza y el placer le parecían tragedias más grandes que la pobreza y el dolor". Jesús comprendía el inmenso vacío interior de estos últimos; comprendía sus desvaríos,

pero no se los disculpaba. Su facultad de comprensión perfecta le ocasionaba un dolor indecible. Tantas veces se había encarado con los guías espirituales de su pueblo, llamándolos ladrones, víboras y sepulcros blanqueados, pero el inmenso dolor que bullía constantemente en su corazón desbordó en lágrimas al contemplar por última vez la Ciudad Santa.

Suele hablarse a veces del "dolor pensativo", del dolor del "pesimismo transcendental" producido por la lucha incesante entre la lógica de la cabeza y las ansias del corazón, del dolor que sufren aquellos, que como Amiel, encuentran tanta verdad en todas las ideas que no se animan a seguir por ninguna senda determinada, quedando impotentes para la acción. Pero todo ello no es nada comparado con el dolor de aquel que, comprendiendo en toda su extensión y desnudez, la condición moral de otro siente ansias de ayudarle, ofreciéndole su amistad, siendo rechazado. He aquí el dolor de Cristo, el dolor que todo amigo verdadero ha sentido, el dolor que nace de una simpatía imaginativa, no por las ideas ni los hechos de los hombres sino por sus almas. No hay amistad sin que haya comprensión; no hay comprensión sin que haya simpatía; no hay simpatía que no engendre dolor. De manera que la simpatía de Jesús por las cosas y los hombres es el segundo elemento de su personalidad docente que le constituye en maestro por excelencia. Esa perfecta compenetración con lo más universal del ambiente que respiraba y su interés práctico y particular en los hombres que trataba, son otros factores que

tanto contribuyeron a que cautivase la atención de las almas sencillas de aquel entonces, y que contribuyen hogaño a que los desilusionados y anhelantes de nuestro tiempo acudan a escuchar su palabra.

III

Terminaremos este cuadro del Maestro con un breve estudio de su *método pedagógico*, vale decir, de la forma en que comunicaba sus ideas.

Comparando los Evangelios con los Diálogos de Platón o la Etica de Espinoza, uno podría creer que Jesús no seguía ningún método determinado en su enseñanza, antes sembraba ideas a granel. Pero no era así. Tenía su método, que, como todo método verdadero, estaba determinado por dos factores: el contenido de su enseñanza, y la capacidad receptora de las personas que deseaba instruir. El meollo de la ideología de Jesús era su concepto de Dios. Empleaba, por lo tanto, el método más apropiado para desenvolver ese concepto y mostrar todas las implicaciones que tenía para su propia vida y las ajenas. Y como era su propósito que el alcance de sus enseñanzas fuese tan universal como la idea que la inspirara, hablaba en tal forma que no hubiera hombre, por humilde que fuese, que no la escuchara con agrado y entendimiento. De allí que los Evangelios no han perdido nada de su fuerza ni encanto en los ochocientos idiomas aproximadamente a que se han traducido.

¿Cuáles son los rasgos principales del método empleado por Jesús?

En primer lugar, *no sistematizó sus ideas.* Si lo hubiese hecho, el cristianismo no hubiera tardado en estancarse, trocándose en el árido culto de un sistema la adoración ferviente de un Ser que no puede encerrarse en ninguno. No quiere decirse que no sea natural y necesario que se sistematice las ideas, que cada generación lo haga también; pero sí que Jesús dió eternidad al cristianismo, no sistematizando las suyas; antes bien, dejándolas verdes y lozanas en el seno del tiempo, como la naturaleza reposa en perpetua juventud en el seno del espacio, para que cada generación sucesiva las ordenara para sí con igual entusiasmo y emoción. La unidad que se descubre en ellas es más bien la unidad del arte que no la de la filosofía.

No quiere decir que Jesús no definiera sus ideas. Esto lo hacía, y con la mayor claridad. Pero cuando proclamó su idea magna de la Paternidad de Dios, incitó en seguida a sus oyentes a que salieran en busca del Reino de Dios y su Justicia, diciéndoles que el Espíritu que encamina a los sedientos de justicia les conduciría al pleno conocimiento de la verdad. Y cierto es que nadie será capaz de formularse un sistema que refleje siquiera un aspecto de la verdad total que Jesús quiso enseñar que no se haya dedicado primero a la búsqueda del Reino. Los problemas intelectuales del cristianismo no se solucionan en la soledad de la celda, ni de la selva, ni de la biblioteca,

sino en la soledad del camino, porque sobre éste luce una estrella que guiará al caminante sincero. Fué Jesús mismo quien dijo: "Si alguno quisiere hacer la voluntad de Dios, conocerá si mi doctrina es de Dios". (1)

En segundo lugar, Jesús *adaptó su enseñanza a las circunstancias especiales del momento*. Esto no significa que fuera un oportunista que acomodara sus ideas al ambiente en que se encontraba. Quiere decir más bien que como un sabio maestro dejaba que las circunstancias determinaran qué verdad comunicaría a sus oyentes en tal o cual oportunidad. Buscaba, en suma, un punto de contacto con ellos, y de ese modo captaba siempre su interés. De allí que sus ideas no se desenvuelven según un proceso lógico sino psicológico, estando en relación orgánica con incidentes dados de su propia experiencia y al mismo tiempo, con el estado de interés y receptividad de quienes le escuchaban.

Así fué, por ejemplo, que siendo rechazado por sus compatricios de Nazaret, cuando poseído de la idea de su misión especial, se la anunciara en la sinagoga de aquella ciudad, comenzó en seguida a hablar al aire libre a los campesinos sobre la vida ideal, dejando para el grupo reducido de sus discípulos la inculcación de la idea de su papel mesiánico. Cuando, en las postrimerías de su ministerio vuelve a hablar sobre esa idea, lo hace ya de un modo parabólico y velado.

---

(1) San Juan 7 : 17.

Por la misma razón, tras largos meses de enseñanza general, adopta el método parabólico como método superior de enseñanza, con el objeto de estimular y desenvolver más aun las percepciones espirituales de su auditorio; y, poco a poco, hacia el final de su vida, se dedicaba cada vez más al grupo íntimo de aquellos que compartían su espíritu.

Encontramos el mismo principio en un sinnúmero de casos particulares. Aprovecha de la pregunta de un abogado para contar la parábola del Buen Samaritano. Para justificarse ante las murmuraciones de los fariseos y escribas por su costumbre de comer con pecadores, cuenta la hermosa trilogía de la Oveja Descarriada, la Dracma Perdida y el Hijo Pródigo. Cuando un hombre le pide su intervención en un pleito de familia sobre la repartición de una herencia, Jesús habla del peligro de la avaricia, refiriendo la parábola del Avaro, pasando a inculcar luego la necesidad de tener mayor fe en Dios y vivir desprendido de los bienes de la tierra. Examinando el Cuarto Evangelio, hallamos que los discursos principales tienen siempre, por punto de partida algún incidente que los sugiere.

Este carácter ocasional de las enseñanzas de Jesús les da un gran valor artístico y humano. Contribuye además a darles su reconocida universalidad, puesto que tantas de ellas eran motivadas por situaciones perennes de la vida.

La tercera característica del método de Jesús que merece observarse es que procuró dar la mayor clari-

dad a sus ideas, empleando breves palabras. *Aunó la máxima claridad a la mayor brevedad.* Las parábolas mismas son quizá el mejor ejemplo de esta cualidad. Pero aparece también en el empleo por Jesús de lenguaje figurado, su predilección por la hipérbole y la paradoja, la elucidación de principios generales por ejemplos concretos. Tómense como ejemplos, estas sentencias tan impregnadas de hondo sentido: "Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtuare, ¿con qué será salada?" (1). "Más fácil es que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico en el Reino de Dios." (2) "Si alguno te obligare a llevar su carga una milla, ve con él dos." (3)

Refiriéndose a la serie de paradojas del Sermón de la Montaña sobre "volver la otra mejilla al agresor, ofrecer la capa a quien le quite la túnica, ir dos millas con quien le obligue a ir una" (4), el escritor alemán Wundt dice estas palabras muy atinadas: "Aquí se pone de manifiesto que nuestro deber es todo lo contrario de tomar venganza o velar celosamente por nuestros intereses egoístas, nuestras obligaciones para con el prójimo no se saldan por el solo hecho de sufrir a manos de él o de hacer para él lo que no podemos evitar; debemos más bien, manifestar la disposición espontánea de promover sus intereses."

---

(1) San Mateo 5 : 13.
(2) San Mateo 19 : 24.
(3) San Mateo 5 : 41.
(4) San Mateo 5 : 39-42.

De cuando en cuando Jesús expresaba una profunda enseñanza so la vestidura de un acto simbólico. Cuando, por ejemplo, sus discípulos disputaban mundanamente sobre cuál de ellos era la figura principal del grupo, les dijo la paradoja: "Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos y el servidor de todos". Y como ejemplo de esta sentencia paradójica, tomó en sus brazos a un niño, diciendo que el trato cariñoso de una criatura representaba la clase de humildad y servicio que constituiría verdadera grandeza. Quería decir que el hombre verdaderamente grande se dignaría ser una especie de niñera que cuidara los seres y cosas pequeñas e insignificantes.

Ya hemos considerado las diversas cualidades que integran la personalidad docente de Jesús, su imponente autoridad moral, su hermosa simpatía imaginativa y su admirable método pedagógico. Sólo por estas cualidades formales Jesús merecería el título de Maestro por excelencia y la imitación afectuosa de toda persona que pretenda, mediante sus palabras o sus hechos, influir en sus semejantes. Si todos los que aspiran a encaminar vidas ajenas, orientar la opinión pública, o encauzar los destinos de un país, se inspirarán en la personalidad docente de Jesús, resultaría que las palabras de ellos también "se harían vivientes y caminarían para arriba y abajo en los corazones de sus oyentes".

CAPITULO II

La parábola como género literario[1]

Hay dos pórticos principales que conducen al cristófilo al hermoso edificio del pensamiento del Maestro. Uno es el "Sermón de la Montaña", el otro son las Parábolas. Dejando para un estudio posterior la entrada por el augusto umbral del primero, vamos a franquear en este libro el pictórico umbral del segundo.

Las parábolas de Jesús son joyas de la literatura universal. ¿Quién no conoce las figuras del Mercader de Perlas, del Hijo Pródigo, del Buen Samaritano, aun cuando ignore qué artista las creó y en qué libro aparecen?

I

La palabra "*parábola*" es de origen griego. Aten-

(1) Este capítulo podrá omitirlo el lector que no tenga interés especial en una discusión académica sobre el valor literario y didáctico de la parábola.

diendo a su etimología, significa "la colocación de una cosa al lado de otra con el fin de compararlas." Es un símil en que se encuentra entre los fenómenos de la naturaleza y la vida humana cierta analogía con altos principios o ideales que se desea inculcar. En su forma rudimentaria la parábola no es más que la expresión de algún acontecimiento natural o algún hecho de la vida humana que sugiere una regla general para casos que se repiten con frecuencia. Cuando Jesús dice, por ejemplo: " Si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo" (1); o "Ningún criado puede servir a dos amos, porque, o aborrecerá al uno y amará al otro, o será adicto al uno y menospreciará al otro" (2); o, "Donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán también los buitres" (3); o, cuando Buda dice: "El acróbata limpia el terreno antes de hacer sus tretas", ambos emplean esta forma rudimentaria.

La parábola alcanza individualidad literaria plena cuando alude no a un hecho general que ocurre con frecuencia, sino a un acontecimiento dado. Interviene aquí la imaginación creadora, que no se limita a sugerir verdades espirituales por analogía con fenómenos conocidos, sino que produce incidentes concretos ocurridos una sola vez. En este caso no es necesario que el incidente material de la parábola

---

(1) San Mateo 15 : 14.
(2) San Lucas 16 : 13.
(3) San Lucas 17 : 37.

haya tenido actualidad histórica, con tal que tenga verosimilitud. De manera que la parábola, en su forma más acabada, viene a ser un cuento creado por la imaginación de su autor. Podría definirse como un cuento de la naturaleza o de la vida humana que enseña una lección espiritual.

El carácter específico de la parábola resaltará si la distinguimos de algunos otros géneros literarios con los que tiene cierta semejanza.

Debe distinguirse de la *fábula*, de la que se diferencia por dos rasgos principales. En primer lugar, ésta violenta el orden natural, lo que nunca hace la parábola. Pueden introducirse en la fábula animales y objetos inanimados que hablen y actúen como si fueran seres humanos; en la parábola, en cambio, no ocurre nada que salga de lo verosímil. Esta es un fiel reflejo del mundo real. En segundo lugar, la fábula enseña, por lo general, una moral de prudencia, inculcando cualidades de industria, cautela, previsión, y otras por el estilo, a expensas a veces de las virtudes superiores de la abnegación y el altruísmo. La perspectiva moral de la fábula es tan perfectamente mundana que se permite mofarse en ella de las debilidades, calamidades y crímenes de los hombres. La parábola, en cambio, suele enseñar verdades de una espiritualidad más elevada que las de la mera prudencia. Se ocupa más en pintar lo ideal que lo prudente, en inculcar con preferencia lo que debe ser que no lo que conviene ser. Y tan superior es el tono moral de la parábola, que, si bien

puede indignarse en ella de los males que achacan a la humanidad, nunca se ríe de ellos. La comparación de algunas fábulas típicas de Esopo y La Fontaine con unas parábolas seleccionadas de los Evangelios y de los escritos de Rodó y Tagore confirmará la distinción que acabamos de hacer entre ambos géneros.

También hay que distinguir la parábola del *mito*. Este no es, como aquélla, la invención artificial de un autor ingenioso, sino el producto natural de la imaginación primitiva. Los mitos tuvieron su origen en la necesidad de buscar una explicación de los fenómenos naturales o de determinadas creencias o costumbres. Desde el primer momento fueron aceptados como la expresión de la verdad por los miembros del grupo en donde nacieron, confundiéndose por completo la idea que estaban destinados a expresar con la forma o vehículo literario que la encerraba. De esta manera los mitos sobrevivieron como cuentos populares después de olvidado el fenómeno que les diera origen. Pero a nadie se le ocurre identificar en la parábola la cáscara con el meollo, el cuento ficticio con la verdad que encierra. En el mito el cuento llega a ser todo; en la parábola está siempre subordinado al propósito que entraña. La creación del mito obedece a leyes generales; la parábola es la creación de un genio particular. El mito parte de una ley y termina en un hecho; la parábola parte de un hecho y formula una ley. Comparando los mitos de Manco Capac y Ayar con la parábola

de Rodó "Mirando jugar a un niño" (1) y con la de Gabriela Mistral "La Charca" (2), nos daremos cuenta exacta de la diferencia entre uno y otro género literario.

Asimismo hay que diferenciar la parábola de la *alegoría*. Esta dice la misma relación a la metáfora que la parábola al símil; es una metáfora recamada. Pero, mientras en la parábola se conserva estrictamente la distinción entre el símbolo y la verdad que sugiere, en la alegoría éstos se compenetran de tal modo que todas las cualidades del primero se transfieren a la segunda. Esto quiere decir que en la alegoría todos los detalles tienen importancia, en tanto que en la parábola lo que la tiene es el punto central de semejanza que sugirió la comparación. En aquélla la figura y la interpretación son paralelas y avanzan simultáneamente.

Esta distinción es de primera importancia para el estudio de las parábolas de Jesús, puesto que uno de los defectos más comunes en la interpretación de ellas, como ya veremos más tarde, ha sido conceder valor didáctico a los más mínimos detalles, manejándolas como si fuesen alegorías. Se ha dicho que la piedad es la madre de la interpretación alegórica. Por la inmensa piedad que siente hacia la figura de Don Quijote, Unamuno interpreta el libro de Cervantes alegóricamente, alegando que sabe com-

---

(1) Motivos de Proteo, VIII.
(2) Desolación.

prender a Quijote mejor que Cervantes mismo. La historia del pensamiento religioso ilustra ampliamente el mismo principio. Cuando, por ejemplo, en el siglo sexto antes de Cristo los filósofos Pitágoras y Heráclito dirigieron acerbos ataques contra las ideas religiosas de Homero, los fieles de la época adoptaron el método, tantas veces empleado desde entonces, de buscar un nuevo sentido en la tradición sagrada con el fin de protegerla contra las sátiras de sus detractores. Lo mismo ha sucedido con frecuencia respecto de las Escrituras Cristianas, donde la piedad de muchas épocas se ha esforzado en buscar significados alegóricos. Las parábolas de Jesús han sufrido especialmente en este sentido, tanto que cayeron en descrédito a los ojos de muchas personas por la aplicación a ellas de un método exegético completamente equivocado. Pero ya ha llegado el momento de rescatar para la humanidad estas joyas de la literatura, tratándolas como parábolas y no como alegorías.

II

La parábola es una *figura universal.* Se ha empleado tanto en los tiempos modernos como en los antiguos, así por escritores del Occidente como del Oriente.

Aristóteles trata de ella en su "Retórica" junto con la fábula, llamando a ambas figuras "medios de persuasión". El gran maestro de este medio de persuasión en el mundo griego fué Platón, cuyos famosos

mitos no eran sino parábolas que empleaba para enseñar los principios de la "vida justa" y persuadir a sus jóvenes amigos a abrazarla. Un hermoso ejemplo de una parábola platónica es el cuento de El Hijo de Armenio con que termina el décimo libro de la "República". Esta parábola recuerda la parábola del Rico y Lázaro, así como también el tema de la Divina Comedia. Platón explica por boca de Sócrates la finalidad del cuento en estas palabras: "Este es el momento, mi querido Glaucón, en que evidentemente un hombre tiene que jugarse la vida. Por esta razón es deber de cada uno de nosotros poner todo empeño en investigar y estudiar, aunque sea necesario descuidar toda otra cosa, aquella ciencia que pueda ayudar a un hombre a aprender y a descubrir cómo discriminar entre una vida buena y una vida mala" (1).

En el mundo hebreo la parábola era mucho más empleada que en el griego. La razón es sencilla. El idioma hebreo no se prestaba como el griego para la expresión de ideas abstractas. El lenguaje del Antiguo Testamento, por ejemplo, es casi siempre figurado, mientras los términos que se emplean son concretos. El término concreto sugiere la idea general o abstracta. Un argumento avanza a través de una sucesión de cuadros concretos. La personificación es fácil. Apenas se conoce el desarrollo de un discurso en forma ordenada y lógica. Juzgado este rasgo de la mentalidad semítica por las normas de la retórica griega u occi-

(1) República X : 618.

dental podría aparecer como un grave defecto, pero no hay derecho de calificar así las características de una raza. Lo más que puede decirse es que la mentalidad semítica expresa su concepto de la verdad en forma simbólica; la occidental, en forma lógica. Nada más natural entonces que el que la parábola encontrara en el estilo pictórico y familiar de la literatura clásica hebrea y de la rabínica hasta 100 D. C. un medio ambiente mucho más propicio para su florecimiento que en la literatura grecorromana.

Las parábolas del Antiguo Testamento pertenecen al grupo de figuras a que se daba el nombre genérico de "māshāl", o "proverbio", palabra que implica etimológicamente la idea de comparación, similitud, semejanza. El māshāl se empleaba indistintamente para designar un objeto de burla (1), un refrán (2), un oráculo (3), una composición poética (4), sabias sentencias como las que ocurren en el Libro de los Proverbios, y, por último, una similitud o parábola (5) en el sentido técnico de la palabra. Además encontramos casos en que no se le da designación especial, como, por ejemplo, la famosa parábola que el profeta Nathan contó al rey David, y aquella otra de la mujer de Tecoa que contara también al mismo rey (6).

---

(1) Dt. 28 : 37, 1R. 9 : 7.
(2) 1 Sam. 10 : 12. Ez. 12 : 22.
(3) Núm. 23 y 24. Is. 14 : 4. Núm. 21 : 27.
(4) Sal. 49 : 4, 78 : 2.
(5) Ez. 10 : 1-10 y 22-24.
(6) 2 Sam. 12 : 1-6 y 14 : 5-7.

Pero en estos y en todos los casos en que se emplea el "māshāl" se da en alguna forma el principio fundamental de la comparación. Debe observarse al mismo tiempo que la asociación frecuente de "māshāl" con la palabra hebrea que significa "adivinanza" demuestra que aquél no quedaba siempre claro, antes necesitaba explicación. Para poder comprender todo el significado de un "māshāl" se requería estudio, y cierta disciplina mental, tanto que a casi todas las parábolas del Antiguo Testamento se les agregaba su explicación, o su aplicación, según el caso. Otra observación que merece hacerse es que en el Antiguo Testamento no se conserva la distinción teórica entre la parábola, la fábula y la alegoría.

En los libros apócrifos y apocalípticos de la época 200 A. J. a 100 D. J. ocurren muy pocos ejemplos de parábolas. La razón no es difícil de saber, pues como la parábola se presta especialmente para la instrucción oral, no es extraño que no figure mucho en libros cuyo contenido, a excepción del Eclesiástico, no es modelo de la instrucción oral, la conversación o la oratoria. Por otro lado, la literatura rabínica contemporánea del Nuevo Testamento, la que se ha conservado en el Talmud, abunda en parábolas. Recientes estudios especiales, de distinguidos investigadores alemanes y franceses, ponen de manifiesto que esta figura se usaba mucho por los grandes rabíes, especialmente por Hillel, a quien los judíos consideran el maestro de los parabolistas. Todo estudio crítico de las parábolas de Jesús tendría que ser precedido por un estudio de

las parábolas rabínicas. Tal estudio convencería a cualquiera de que no es necesario suponer, como se ha afirmado, que aquéllas sufrieran influencia búdica, pues Jesús encontró esta figura llena de prestigio en el medio ambiente en que vivía. De hacer la comparación entre las parábolas de los rabíes y las de Jesús quedaría uno impresionado por la inmensa superioridad de éstas. Aquéllas son a menudo muy artificiales tanto en sus motivos como en su estructura; huelen al aula académica más que al aire libre; y se emplean exclusivamente para aclarar o ilustrar verdades viejas y no para enseñar verdades nuevas.

Reservando para más tarde nuestro juicio acerca del método parabólico de Jesús, digamos de paso que una de las grandes diferencias entre nuestros cuatro Evangelios y los Evangelios apócrifos es que éstos no contienen parábolas. Carecen, por consiguiente, del aspecto más característico y bello de las enseñanzas de Jesús.

También Buda empleaba parábolas en sus enseñanzas. Las empleaba porque "los hombres de buen entendimiento comprenderán sin mucha dificultad lo que se les enseña bajo la forma de una parábola". El efecto de la predicación de Buda se describe por una serie de símiles parabólicos. Por ejemplo, "la caída de la fruta que tiene tallo podrido al sacudirse el árbol, mientras los tallos llenos de savia y firmemente prendidos quedan fijos, ilustra respectivamente la falsa y la verdadera inteligencia de la ley". El Karma se ejemplifica por medio de la parábola de varias se-

millas que producen toda suerte de frutas. Es fama que los discípulos de Buda ganaban el perdón de su maestro repitiéndole las parábolas que él les había enseñado.

Tras luengos siglos en los cuales el pensamiento cristiano se interesó más en la alegoría que en la parábola, ésta renació con los albores del Romanticismo. Herder y Lessing la emplearon. Para Schelling todo el universo viene a ser una parábola, un sistema de jeroglíficos divinos. Un poeta como Wordsworth devuelve a la conciencia humana el sentido de la función sacramental de la naturaleza. El fué quien dijo que la flor más humilde le inspiraba pensamientos que eran a menudo demasiado hondos para expresarse en lágrimas.

La literatura contemporánea ostenta los nombres de varios escritores que han cultivado la parábola. Rabindranath Tagore tiene una serie de parábolas muy profundas y hermosas. Todo lector de Rodó conoce esos bellísimos cuentos parabólicos, "El Rey Hospitalario", "El Monje Teótimo" y "La Pampa de Granito". Entre los maestros religiosos de nuestra época tal vez nadie ha empleado la parábola tan a menudo y con tanto acierto como el gran místico cristiano de la India, el Sadhu Sundar Singh. Este hombre, que recuerda a Cristo más que cualquier otro desde San Francisco de Asís, emplea la parábola habitualmente en sus pláticas. Cuando se lee las parábolas, tan hondas y caseras, de Sundar Singh, parece sentirse transportado a Galilea, donde un Maestro mucho más grande

"Habló de lirios, vid y trigo,
del cuervo y del gorrión,
al par tan llana y sabiamente
que sus palabras se grabaron en el humano corazón;

de levadura, pan y cera,
de vestidos, de huevos, de peces y candelas,
¡Y ved cómo en sus labios las cosas familiares
divina luz destellan!"

III

Jesús no inventó la parábola, pero la perfeccionó, y figura en la literatura como el *Parabolista Maestro.* Sus parábolas representan una vuelta a la naturaleza. Por eso fué que Oscar Wilde llamara a Jesús Fundador del Romanticismo. En vez de "nublar" el mundo con su aliento, Jesús encontró un mundo triste, decrépito, ya gastado; pero, paseándose por él y mostrando con el dedo y la palabra sus maravillas, dió a aquel viejo mundo una nueva juventud. En más de un sentido merece llamarse Renovador.

La infinita simpatía que le unía a la naturaleza y a la vida humana fué una de las cualidades que le capacitó para espiritualizarlas. Otra fué su profunda y perfecta comprensión del carácter de Dios y sus implicaciones en la vida del hombre. Su simpatía para con lo visible y su comprensión de lo invisible, dos aspectos complementarios de un solo uni-

verso, dábanle la llave, la "signatura rerum" para sacar leyes espirituales del mundo natural. Empapado Jesús en el concepto de la compenetración de las dos esferas, sintiendo la presencia de lo eterno en lo pasajero, sus parábolas no eran, como las de sus predecesores, simples ilustraciones; eran ante todo pruebas. A propósito de esto, el escritor inglés, R. C. Trench, autor de un libro ya clásico sobre las Parábolas, ha hecho unas observaciones al respecto tan atinadas, que merecen citarse. "Todo este mundo", dice, "con sus reyes y súbditos, sus padres e hijos, su sol y luna, su sembrío y cosecha, su luz y tinieblas, su sueño y despertar, su nacimiento y muerte, es de principio a fin una parábola imponente, una enseñanza notable de verdad suprasensible, una ayuda así a nuestra fe como a nuestro entendimiento.

"En las parábolas se nos llama la atención a los hechos espirituales que son la base de todos los procesos de la naturaleza, de todas las instituciones de la sociedad humana, y que, con ser invisibles, son la razón y sostén de todo. Cristo se movía en medio de lo que parecía ser, para los sentidos, un mundo viejo y gastado, el que se renovó a su contacto, de tal manera que ya descubrió a los hombres los secretos más hondos de su propio ser; respondió, con correspondencias extrañas y maravillosas a otro mundo dentro de ellos; les ayudó a dar a luz grandes pensamientos que antes pugnaban desesperadamente en sus entrañas sin poder nacer. Estos dos mundos, el

de afuera y el de adentro, se arrojan luz y gloria mutuamente. He aquí el fundamento que hace posible toda enseñanza verdadera, por medio de parábolas, enseñanza que no sea una mera construcción en el aire o la decoración vistosa de una nube, es a saber, que el mundo que nos rodea es un mundo divino, que es el mundo de Dios, del mismo Dios que nos está conduciendo a la verdad espiritual.'' (1)

En cada parábola del Maestro los rayos de luz se enfocan sobre una verdad capital; lo eterno es colocado en el marco de lo ocasional. La creación artística que resulta parece tan natural y sencilla como parte integrante de la realidad que conocemos, que se nos oculta la infinita maestría que la produjera. Porque es cualidad del arte verdadero no atraer la atención a su propia hechura sino tan sólo a lo que representa. De las parábolas de Jesús se podría decir aquello de Coleridge sobre el ''Quijote'', de ''que debía su popularidad a la combinación de lo permanente con lo individual.''

IV

La parábola tiene *un gran valor didáctico.* — Cualquier maestro de escuela sabe cómo a los niños les agrada más las lecciones que se enseñan con abundancia de ilustraciones y cuentos. No sólo son más amenas de escuchar y más fáciles de recordar tales

(1) Notas sobre las Parábolas, páginas 17 y 18.

lecciones, sino que además incitan al alumno a la investigación propia. Muchas veces éste no entenderá todo lo que se le dice, pero la forma amena y estimulante de la lección se grabará en su memoria, y algún día, más tarde, cuando se ensanche su experiencia, los conceptos del maestro resonarán en su mente con toda la fuerza de una nueva revelación.

El orador tampoco desconoce el valor del lenguaje figurado, de la metáfora, del símil, del cuento. Si pretende "dejar aguijones en las mentes y memorias de sus oyentes", como decía Cicerón de la elocuencia de Pericles, tendrá que hablar de suerte que sus palabras hallen eco no sólo en el entendimiento sino también en los sentimientos e imaginación de aquéllos.

Jesús, el Maestro por excelencia, comprendía todo esto instintivamente, sin haber estudiado la pedagogía ni la retórica de las escuelas. No dió, por ende, a su doctrina forma abstracta, antes la revistió con carne y sangre. E instó a sus discípulos a que hicieran lo mismo, diciéndoles: "Todo escriba que se ha hecho discípulo del reino de los cielos, es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas." (1). Así hacía El; "con la ayuda de lo viejo hacía inteligible lo nuevo; con la ayuda de lo familiar introducía lo extraño; de lo conocido pasaba más fácilmente a lo desconocido" (2).

---

(1) San Mateo 13 : 52.

(2) Trench : Notas sobre las Parábolas, pág. 25.

Buscaba siempre el mejor punto de contacto con la imaginación y círculo de interés de sus oyentes para llevarlos consigo a nuevos campos del pensamiento.

Cuando la parábola toma la forma madura de cuento se aumenta enormemente su valor docente. El cuento es el lenguaje universal. Homero, "Las Mil y una Noches", "El Quijote", "Robinsón" quedarán frescos en la memoria de los pueblos, cuando ya sólo los eruditos recordarán los tratados filosóficos coetáneos de aquéllos. De este abolengo literario son las parábolas de Jesús.

La verdad encerrada en un cuento obliga a la reflexión. Por el esfuerzo necesario para descubrirla y en seguida expresarla el lector se educa, en el sentido más profundo de la palabra. Quien hubiera leído con reflexión y amor los poemas de Homero, las tragedias de Sófocles, los Evangelios, los dramas de Shakespeare y Don Quijote, haciéndoles parte integrante de su vida espiritual, sería conocedor de la vida, alcanzaría una actitud definida frente a ella, resultaría persona educada y culta, aunque no hubiera leído otro libro alguno de la literatura universal.

Mas para ser eficaz la obra docente de los grandes cuentos de la literatura pide cierta preparación al lector. Este ha de leerlos con mente abierta, con cierta experiencia de las cosas tratadas, y con decidida simpatía hacia el punto de vista implícito en el desenvolvimiento de los hechos. Si estos requisitos le faltaren sacará muy poco provecho de la lec-

tura. Así es como hay lectores de los grandes cuentos de la literatura, como los hay del cuento magno de la vida, que jamás supieron penetrar la costra narrativa. Encontraron unos y otros interesantes, pero nada más; no los entendieron; aquéllos no influyeron mayormente en su espíritu. Mientras un lector ve en el Quijote de Cervantes un buen libro de chistes y locuras, otro halla en él, como Unamuno, una profunda filosofía de la vida y en particular del espíritu español. Uno juzga "El Peregrino" de Bunyan un libro aburrido y chato, otro, como Macaulay, lo cree la alegoría más grande de todos los tiempos.

Asimismo, la verdad presentada en forma parabólica ilumina la mente de unos oyentes y lectores, entusiasmándoles por su forma novedosa, en tanto que pasa desapercibida para otros, o si éstos la disciernen, quedan apáticos. Lo que diferencia a unos de otros es el conocimiento íntimo de la vida y su simpatía con la idea que la parábola encierra. Esto arroja luz sobre el concepto que el propio Jesús tenía en cuanto al valor didáctico de sus propias parábolas.

Hay un pasaje en los Evangelios que ha ocasionado mucha perplejidad respecto a la finalidad verdadera de Jesús al emplear el método parabólico. En el más antiguo de los Evangelios, el de San Marcos (1), aparece diciendo a sus discípulos: "A vosotros es dado conocer el misterio del Reino de Dios; mas a los que están fuera, todo se les expone en parábolas para que

(1) 4 : 11-12.

viendo vean y no perciban, y oyendo, oigan y no entiendan." Sobre este pasaje paradójico caben algunas observaciones explicativas.

No es necesario suponer que el propio Jesús dijera estas palabras, sino que representan más bien la opinión del escritor del Evangelio. Por estudios recientes de la literatura rabínica, se sabe que los rabíes, contemporáneos de Jesús, se daban cuenta, al emplear el método parabólico, que muchas de sus parábolas serían enigmáticas y difíciles de entender para sus oyentes. Sabemos además que el cuento que encierra una verdad no la ofrecerá a la mente de todo lector. Si tenemos presente la ocasión en que Jesús empezó a hablar en parábolas, la dificultad quedará resuelta. No fué al principio de su ministerio cuando empleó el método parabólico, sino después de haber dedicado mucho tiempo a dar su mensaje en forma perfectamente clara. Llegó entonces al convencimiento de que muchos de sus oyentes no entendían ni sentían ninguna simpatía por sus ideas. Era necesario ya someter a su auditorio habitual a prueba. Esta prueba fué la parábola del Sembrador en que, bajo la figura de diversas clases de suelo, el Maestro clasifica a sus oyentes según el grado de asimilación de su mensaje. En la gran masa la parábola no produjo efecto ni despertó interés. Fué un simple cuento de experiencias agrícolas. El círculo íntimo de sus discípulos no la entendió tampoco, pero sus ansias de saber y la inmensa simpatía que sentían por el Maestro les inquietaba, y le pidieron que les explicara el significado.

Desde aquel momento Jesús se dedicó cada vez más a un círculo reducido, dándole instrucción superior en los principios del Reino. Un aspecto de esta instrucción superior fué el empleo de parábolas para despertar su facultad reflexiva y comunicarles verdades difíciles de enseñar sino en forma simbólica. He aquí un ejemplo de aquella ley de la vida proclamada por Jesús de que "al que tiene le será dado y tendrá en abundancia; mas al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado." (1)

A la vez, gran número de las parábolas de Jesús quedan excluídas de esta categoría. Eran ejemplos perfectamente inteligibles por todos y El las destinó a iluminar la mente y tocar el corazón. Tómese, por ejemplo, la parábola del Buen Samaritano que fué dicha para indicar en forma concreta cómo se debía interpretar el término "prójimo"; o la parábola de la Viña, en que Jesús retrató a las autoridades eclesiásticas que le hostilizaban, para que se viera en ella sus intenciones más secretas respecto a El.

V.

¿*Cómo interpretar* las Parábolas?—Decíamos al hacer la distinción entre la parábola y la alegoría, que las parábolas de Jesús habían caído en descrédito por haber sido sometidas por muchos de sus intérpretes a interpretaciones alegóricas fantásticas. La parábola

(1) San Mateo 25 : 29.

del "Buen Samaritano" interpretóla cierto escritor así: "El hombre que cayó en manos de los ladrones era Adán; los ladrones eran el diablo y sus ángeles; el sacerdote y el levita eran la dispensación mosaica; el Buen Samaritano era Cristo mismo; el aceite y el vino eran las consolaciones y bendiciones del Evangelio; la bestia en la que iba montado era la humanidad de Cristo; la colocación del herido sobre ella era su salvación vicaria; el mesón era la Iglesia; y los dos denarios la vida presente y la vida venidera." Una maravilla de ingenuidad expositiva, por cierto, pero no toma en cuenta para nada la pregunta "¿Quién es mi prójimo?" de que esta parábola era contestación. Vetringa, un teólogo holandés del siglo XVII, interpretó de modo igualmente fantástico la parábola del "Mercader de Perlas". La perla de gran precio era la Iglesia de Ginebra y la doctrina de Calvino, a diferencia de todas las perlas abortas, es decir, de todas las demás iglesias de la Reforma. Vetringa interpreta al Siervo Despiadado que debe diez mil talentos como el Papa o sucesión de Papas.

Es innegable, por otro lado, que algunas parábolas de Jesús descubren elementos alegóricos. Tenemos, por ejemplo, la misma parábola del Sembrador en que Jesús consigna sus propias experiencias y de que El mismo dió después la interpretación. Elementos alegóricos aparecen también en la parábola del Trigo y la Cizaña, y en algunas parábolas dichas al fin de su vida, como "Los Dos Hijos" y "Los Obreros Malvados", a las que infunde un aspecto alegórico-profé-

tico. Pero la inmensa mayoría de las parábolas no son alegorías, en que cada detalle aluda a algo, sino parábolas destinadas a anunciar una sola verdad del mundo espiritual, sirviendo los detalles, por lo general, sólo para dar realidad y viveza al cuadro.

He aquí *dos reglas sencillas* que nos servirán de guía en la interpretación de las parábolas que se estudiarán luego.

Primera. — Es indispensable, para poder apreciar la significación de una parábola, que se tomen en cuenta las circunstancias concretas que la dieron vida, así como también la aplicación que Jesús mismo hace de ella. Arroja luz viva sobre la parábola de "El Buen Samaritano", por ejemplo, observar que fué motivada por una conversación habida entre Jesús y un abogado acerca del significado de la palabra "prójimo", y, el que, al cabo de haber descrito la conducta del "prójimo" verdadero, Aquél dijo a su interlocutor: "Ve y haz tú lo mismo". (1).

Segunda. — Debe buscarse la verdad central que la parábola estaba destinada a enseñar. Será ella la clave para la interpretación acertada de los detalles. Cada parábola, como se ha dicho, es un lente que enfoca los rayos de luz sobre un solo punto. Descubriendo este punto y clavando en él los ojos, discerniremos luego, en su debida perspectiva, la armonía y significado del cuadro que lo encierra. O, para decirlo de otro modo, la parábola es un círculo cuyo centro es la

---

(1) San Lucas 10 : 37.

verdad que enseña, y cuyos radios son los diversos detalles de la narración. Si uno no se coloca de tal modo que los ojos se enfoquen en el centro mismo del círculo, no podrá ver la verdadera forma de éste, ni apreciar la armonía perfecta de los radios, que convergen todos en un punto. De igual modo, cuando se ha acertado a descubrir la idea central de la parábola, no debe ser difícil valorizar los detalles, recalcando sólo aquellos que contribuyan a hacer más vivo su mensaje.

VI

Se ha *clasificado* las parábolas de Jesús de los modos más diversos. Nosotros lo hemos hecho ya según su forma, en dos grupos, o sea las parábolas rudimentarias, o gérmenes parabólicos, y las que toman la forma de cuentos, de hechos ocurridos en circunstancias bien definidas. Limitándonos a éstas, encontramos que son veintiocho. Estas parábolas podrían dividirse en tres clases:

Forman el primer grupo las que describen el carácter especial del Reino de Dios, nombre que Jesús daba a la idealización de la vida humana bajo la soberanía divina. Estas parábolas encierran lo que se ha llamado la *"metafísica del Reino"*. Son parábolas esencialmente teóricas, de principios generales. Siete miembros de este grupo se hallan en el capítulo 13 de San Mateo y uno, la parábola de la "Semilla que crece secretamente", en San Marcos 4 : 26-29.

El segundo grupo está compuesto de las parábolas

que describen, bajo diversos aspectos, la ley de amor y gracia que expresa la naturaleza más íntima de Dios, cuyo carácter fué elevado por Jesús a norma de la humana perfección. Son los Dos Deudores, La Oveja Descarriada, La Dracma Perdida, El Pródigo y su Hermano, La Gran Cena y El Buen Samaritano. A éstas se las podría llamar *"parábolas evangélicas"*.

El tercer grupo, que es el más numeroso, consta de las parábolas que anuncian los principios de acuerdo con los cuales Dios aquilata el carácter y conducta de los hombres, asignando a cada cual lo que su actitud frente a la vida merece. Estas parábolas, que podríamos llamar *"parábolas jurídicas"*, son: El Juez Injusto, Las Horas, Los Talentos, Las Libras, El Fariseo y el Publicano, El Rico y Lázaro, El Siervo Despiadado, La Higuera Estéril, Los Dos Hijos, El Rico Insensato, Los Labradores Malvados, La Boda del Hijo del Rey, Las Diez Vírgenes, Los Corderos y Las Cabras.

Agrupadas así las parábolas, destácanse tres conceptos básicos de la ideología de Jesús: primero, su concepto de lo que constituye la realidad suprema en la vida del individuo y en la historia de la sociedad; segundo, su concepto del amor sin límites como expresión de lo que Dios es y de lo que el hombre debe ser; y, tercero, su concepto de los principios de justicia que constituyen la economía moral del universo.

Vamos a saborear en los capítulos que siguen la subyugadora belleza de la forma y la profunda actualidad del pensamiento de algunas de las historietas del gran Parabolista.

El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, que un hombre halló y escondió de nuevo; y gozoso por ello fué y vendió todo lo que tenía, y compró aquel campo.

El reino de los cielos también es semejante a un mercader que busca perlas finas; y habiendo hallado una perla de gran precio, fué y vendió todo lo que tenía, y la compró.

San Mateo: XIII: 44-46.

CAPITULO III

Eureka

Suscitamos de nuevo en el siglo XX la vieja cuestión de "El Sumo Bien", que se discutía en la Stoa Poikile y los bosques suburbanos de Atenas, en los frescos atrios de caserones patricios, en el Palatino y el Pincio, en el Museo de Alejandría, y las escuelas frecuentadas por Omar Khayyán, en las escuelas de piso de paja de la Edad Media, y las estancias opulentas de Cosme de Médicis". (1). ¿Existe un bien supremo para la vida humana? Si lo hay, ¿en qué consiste? ¿dónde se encuentra? ¿cómo se alcanza? ¿de qué modo influye sobre la vida?

De este problema magno, que agita nuestra época como agitó todas las anteriores, Jesús se ocupó repetidas veces en su enseñanza, cristalizando en forma simbólica en las parábolas del Tesoro Escondido y del Mercader de Perlas la solución que le diera.

Estas historietas respiran el ambiente de la Pales-

(1) H. G. Wells en "Dios, Rey Invisible".

tina de veinte siglos atrás. Un campesino, en el curso de sus faenas agrícolas habituales, o mientras vagabundea por el campo, tropieza con un valioso tesoro ocultado en la tierra. ¿Cómo llegó a estar allí? Algún avaro, temeroso de que sus conocidos se la arrebataran, o un hombre adinerado ante la amenaza del paso por el país de un ejército extranjero, habrá depositado su fortuna en la tierra para mayor seguridad, pensando volver más tarde a recogerla. Porque la Palestina era la Bélgica del mundo antiguo. Situada en la única ruta entre Egipto y las otras grandes potencias rivales, Asiria, Babilonia y Persia, era muy a menudo teatro de grandes batallas. En tales circunstancias, sucedía lo mismo que en el Imperio de los Incas cuando los españoles se infiltraran por los cauces de la Cordillera Andina, de suerte que todavía se sigue buscando los tesoros escondidos de los Hijos del Sol.

Al encontrar el tesoro, el hombre de la parábola no lo saca en seguida. Le es menester primero establecer su título sobre el terreno donde lo ha hallado. Lo vuelve a tapar entonces y "gozoso de ello, fué y vendió todo lo que tenía, y compró aquel campo". Movido por júbilo que difícilmente logra disimular, remata cuanto posee, convirtiéndolo en dinero para hacer la compra. No faltará quien le tenga por loco, por deshacerse de sus bienes de modo tan descabellado. Pero mañana, cuando adquiera el lote, aquél cambiará de parecer.

Más simpática es la figura del Mercader de Perlas. La perla era la alhaja más valiosa y preciada de un mundo en que no se conocía aún el diamante. Sobre

su origen corría una versión muy romántica. Creíase que la formaba el rocío que entraba en la concha que la escondía, suponiéndose que la calidad y forma de aquélla dependían de la pureza de éste, del estado de la atmósfera, y hasta de la hora del día en que se formaba. Este concepto poético de su génesis es la mejor prueba de que era para los antiguos objeto de admiración, casi de culto. La famosa perla que la reina Cleopatra hizo disolver en un líquido, bebiéndola luego, en un banquete con que obsequió a su amante Antonio, valía 400.000 pesos oro. De modo que Jesús no habría podido emplear una figura que simbolizara mejor el concepto de valor absoluto que hablando de perlas.

Fijándonos bien en los términos de la parábola, observamos que nuestro mercader no es un comerciante vulgar que se dedique a negociar en perlas para ganarse el pan o para enriquecerse. Es un hombr idealista. "Busca perlas finas." Su pasión única es poseer lo mejor en materia de perlas. Muy perito al respecto, al encontrar un día la perla más grande y bella que jamás había visto, resuelve adquirirla. Abriendo de pronto la bolsa que lleva consigo, llena de perlas inferiores, las entrega todas a cambio de la hermosa que le ha cautivado la imaginación. Satisface así el anhelo de toda su vida. Otros podrán reírse de él, tildándole de loco, y afirmando que su nueva alhaja no vale los sacrificios económicos que ha hecho para adquirirla. Mas todo en vano; él está satisfecho, se siente el hombre más feliz del mundo.

Ambas parábolas se adecuaban admirablemente al auditorio que escuchaba al Maestro a orillas del mar de Galilea. Por medio de ambas El enseñaba la misma verdad: que había algo, o sea, el "Reino de los Cielos", de valor absoluto para la vida humana, cuya posesión merecía los más grandes sacrificios. Enseñaba además que, si a veces ese Sumo Bien se encuentra de modo casual, otras se alcanza tras larga búsqueda. El campesino tropezó con su tesoro, el mercader persiguió infatigablemente el suyo; pero ambos concuerdan en identificarse de modo tan estrecho con sus respectivos hallazgos que se deshacen de todo cuanto poseen en el mundo para adquirir título legal a ellos.

I

¿Qué quería Jesús enseñar con estas historietas, y cuál es el alcance de la verdad que encierran? — "El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo". "El Reino de los Cielos es semejante a un mercader que busca perlas finas". ¿Qué es este "Reino de los Cielos", cuyo descubrimiento y adquisición por un hombre vienen a constituír el hecho más notable de su historia?

Cabe hacer aquí la observación de que la frase "Reino de los Cielos", que suele emplear San Mateo, es sinónimo de la frase "Reino de Dios" que ocurre en los otros Evangelios, siendo "cielos" un hebraísmo co-

rriente por "Dios". Ninguna frase se dejaba oír tan a menudo en los labios de Jesús, y ninguna ha sufrido tan variadas interpretaciones. Es la primera que pronuncia al empezar sus andanzas mesiánicas por tierras de Galilea (1), y la última que suena en oídos de sus discípulos antes de que el Maestro se despida de ellos (2). El mensaje del Reino es "buenas nuevas" (3); la realidad de su venida está atestiguada por una campaña contra las fuerzas del mal (4); sus únicos ciudadanos serán los que revelen el espíritu de niños (5); y el más distinguido entre ellos será el más humilde, el que esté dispuesto a ser servidor de todos (6). Los ricos no podrán entrar nunca; el cúmulo de sus bienes les estorba la entrada (7). Aquel que después de ponerse en marcha, camino del Reino, mire hacia atrás, no será considerado digno de poseerlo (8). La actitud ideal frente a la vida es "Buscar el Reino de Dios y su justicia" (9). Pero si bien el Reino podrá caracterizarse en términos objetivos como un orden espiritual que se busca, en que se entra y que está destinado a tener en el futuro su expresión perfecta, no es menos cierto que para Jesús el Reino tenía su sede en el corazón del hombre. "El Reino de

---

(1) San Marcos 1:14-15.
(2) San Lucas 22:18, Hechos 1:3.
(3) San Lucas 8:1.
(4) San Mateo 12:28.
(5) San Marcos 10:14, 15.
(6) San Mateo 20:26.
(7) San Mateo 19:24.
(8) San Lucas 9:62.
(9) San Mateo 6:33.

Dios", decía, "está dentro de vosotros" (1). Era, ante y sobre todo, una condición de la vida interior, donde la soberanía de Dios tenía cabal realización.

La única vez en que esta frase se emplea en el Cuarto Evangelio se asocia con un cambio radical del carácter. Jesús dice a Nicodemo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo no puede ver el Reino de Dios" (2). Luego la frase no ocurre más en este Evangelio, apareciendo en su lugar la de "vida eterna", su equivalente joanino. Quiere decir que así como el ideal supremo se expresa en los Evangelios Sinópticos en términos políticos, en el Cuarto Evangelio se expresa en términos biológicos.

Combinando ambos aspectos llegamos a comprender la idea cabal que Jesús quería comunicar por medio de esa frase, a saber, que el ideal humano es la aceptación por parte de todo hombre de la soberanía de Dios en su propia vida y su consagración a la obra de conseguir el reconocimiento de la misma soberanía por las ajenas. Arroja más luz sobre este ideal y demuestra su profundo carácter ético aquella otra frase del Maestro, "Sed perfectos como vuestro Padre, que está en los Cielos, es perfecto" (3). Vale decir, que la llamada "soberanía de Dios" es la soberanía de la perfección moral, la que se manifiesta en germen en la vida de un hombre que se esfuerza por vivir de acuerdo con lo más alto que conoce. Porque aquel que

(1) San Lucas 17 : 21.
(2) San Juan 3 : 3.
(3) San Mateo 5 : 48.

afianza su vida en un solo principio eterno, ha hallado una isla hospitalaria en medio del agitado y misterioso mar de la existencia. Y mañana, cuando se levante la bruma, y el sol de un nuevo día lance sus rayos por sobre la faz tranquila de las encrespadas olas de ayer, verá el navegante en lontananza la silueta de una inmensa playa... Feliz el hombre que llega a convencerse de que hay principios y actitudes en la vida que tienen un valor absoluto, y que la vida entera se cimenta en una base espiritual.

He aquí nuestro punto de partida para analizar la verdad tan comprensiva y fundamental que Jesús quiso recalcar mediante las parábolas de El Tesoro y La Perla.

II

Marca época en la historia de un hombre su descubrimiento de que la vida entraña valores absolutos. — Uno de los grandes profetas del siglo pasado fué Tomás Carlyle. La lucha formidable que libró contra la filosofía materialista y utilitarista de su tiempo, lucha que después continuaron sus distinguidos discípulos Ruskin y Emerson, le ha hecho precursor del espiritualismo incipiente que caracteriza a la generación nuestra. Su primer libro, "Sartor Resartus", para cuya publicación apenas pudo encontrar casa editora, encierra dos capítulos como no hay más nobles en la literatura inglesa. Se intitulan, *"El eterno No"* y *"El eterno Sí"*. En ellos Carlyle describe, en len-

guaje simbólico y apasionado, la crisis espiritual por la que pasó de una actitud negativa y escéptica frente a la vida, a una actitud positiva y batalladora. Escuchemos algunas de sus frases candentes. "¿No hay Dios entonces? ¿Carece de significado la palabra "Deber"? ¿Es la heroica inspiración que llamamos Virtud nada más que una pasión, que una efervescencia de la sangre, que se mueve en la dirección que dicta la utilidad?" Una voz tentadora le dice: "No sobre la Virtud sino sobre la cocina edifiquemos nuestra ciudadela; blandiendo allí nuestra sartén como incensario, ofrezcamos dulce incienso al diablo y pasemos bien la vida, gozando de las buenas cosas que él ha aderezado para sus elegidos". Pero algo hubo que le impidió revolcarse en el fango de la sensualidad: "Seguí amando la Verdad; siempre la Verdad, grité, aunque los cielos me aplasten en la persecución de ella! ¡La mentira jamás, aunque todo un continente fuese el precio de la apostasía!" Arrojó entonces el guante al "Eterno No", desafiándolo. Este había dicho: "¡Ve, tú eres huérfano, abandonado, y el Universo es mío! A lo cual todo mi yo respondió: ¡Yo no soy tuyo, soy libre, y te odio para siempre!" La afirmación de su libertad, y por consiguiente de su valor intrínseco frente al Universo, fué el paso que dió para pasarse al "Eterno Sí". "Desde esta hora", dice, "me inclino a fechar mi renacimiento espiritual; quizá empecé allí a ser un hombre".

Comprendió entonces que la esencia de la vida es lucha. "A mí también me fué dada, si no la victoria,

por lo menos la conciencia de la batalla, y la resolución de perseverar en ella mientras quedasen vida y fuerza''. Su antiguo egoísmo desapareció y ya veía todas las cosas bajo nueva luz. El Universo antes muerto, le parecía ''la vestidura viva de Dios''. Siente una inmensa simpatía por el hombre. ''Con otros ojos podía también mirar a mi prójimo, con amor y piedad infinitos... ¡Oh mi hermano, mi hermano! ¿por qué no puedo darte albergue en mi seno y enjugar toda lágrima de tus ojos?'' La felicidad no le parece ya la meta de la vida. Ha tenido una visión. ''Hay en el hombre algo más que el amor a la felicidad. La Bienaventuranza consiste, no en el amor del placer, sino en el amor de Dios. Esto es el Eterno Sí en que toda contradicción queda resuelta''. Pero es necesario que pase de ser una simple convicción a encarnarse en la conducta. Sólo obrando puede uno realizar el ideal de la vida y escapar a la duda que le acecha los pasos. ''Cumple el deber que halles más cercano; tu segundo deber ya se te hará más claro''.

En la biografía de F. W. Robertson, otro precursor de nuestra época, cuyo busto conmemorativo podrá verse en la famosa biblioteca Bodlein de Oxford, encuentro un pasaje de un discurso que aquél pronunció en una sociedad de obreros en la ciudad de Brighton, en que describe una crisis análoga a la de Carlyle. Es un poco largo el pasaje, pero tan hermoso e importante el pensamiento que contiene, que merece citarse por entero:

''Es un momento tremendo cuando el alma empie-

za a encontrar que muchos de los sostenes en los que se apoyó ciegamente durante tanto tiempo, están podridos, principiando ya a tener sospechas acerca de todos los demás; cuando empieza a sentir la vanidad de muchas de las opiniones tradicionales que se han aceptado con implícita confianza, y en medio de aquella inseguridad empieza a dudar si después de todo hay algo en que creer. Es una hora tremenda — que diga, quien la ha atravesado, todo lo tremenda que es — cuando esta vida ha perdido su significado y aparece todo reducirse a poquísima cosa; cuando la tumba parece ser el fin de cuanto existe; la virtud humana nada más que nombre, y el cielo que cobija este universo sólo una extensión muerta con el negror del vacío de donde Dios mismo ha desaparecido. En aquella soledad pavorosa del espíritu, cuando los que deberían haber sido amigos y consejeros no hacen sino mirar con ceño las dificultades, pidiendo profanamente que sofoquemos las dudas, aun cuando éstas, por lo que sepamos, surjan de la fuente misma de la verdad; instándonos a extinguir, como resplandor del infierno, lo que, a nuestro juicio, pueda ser luz del cielo, quedando todo envuelto en horrible incertidumbre — conozco sólo un camino por donde un hombre pueda salir ileso de su agonía: es aferrándose a aquellas cosas que siguen siendo ciertas: los grandes y simples basamentos de la moral. En la hora más negra por la que pueda pasar un alma humana, aunque todo lo demás estuviere en duda, esto, al menos, es cierto. Si no hay Dios ni vida fu-

tura, aun en tal caso, sin embargo, es mejor ser generoso que egoísta, mejor casto que licencioso, mejor leal que falso, mejor valiente que cobarde. Tres veces bienaventurado aquel que, cuando todo se ha vuelto lúgubre y triste por dentro y fuera, cuando sus maestros le atemorizan y sus amigos se retiran de él, se ha aferrado a la virtud. Tres veces bienaventurado es, porque la noche se convertirá para él en día despejado y resplandeciente''. He aquí un valor absoluto, un tesoro, una perla de gran precio, para el descubrimiento humano.

Miguel de Unamuno, el Carlyle del mundo hispano, ensalza los mismos valores. Su concepto del ''pesimismo transcendental'' no es sino la afirmación airosa y, si se quiere, desesperada, del valor absoluto de la personalidad humana y de su continuación, por lo mismo, por los siglos de los siglos, a pesar del agnosticismo aplastador de la Razón Pura. Desafía, con el espíritu de Carlyle, al ''Eterno No'', y lo hace servir hasta de base de una actitud positiva frente a la vida. ''Quiero establecer'', dice, ''que la incertidumbre, la duda, el perpetuo combate con el misterio de nuestro destino final, la desesperación mental y la falta de sólido y estable fundamento dogmático, pueden ser base de moral'' (1). Esta base la encuentra en una frase del Oberman de Sénancour: ''El hombre es perecedero. Puede ser, mas perezcamos resistiendo, y si es la nada lo que nos está reservado, no ha-

(1) ''Del Setimiento Trágico de la Vida'', pág. 266.

gamos que sea esto justicia". Cambiando la forma negativa de la frase por la positiva, Unamuno dice: "Y si es la nada lo que nos está reservado, hagamos que sea una injusticia esto". ¿Cómo puede uno hacer que su aniquilación sea una injusticia? Don Miguel contesta, viviendo una vida tan pura y tan útil, en la vocación que uno ha escogido para sí, que llegue a hacerse insustituíble en la vida de los que le conocen. Según este concepto, haciendo obra religiosa de actos de bien, un hombre muestra su título a la eternización de la personalidad que encarna tales valores. Aunque la vida fuera sueño, sería mejor hacer bien que mal, como dice Calderón de la Barca:

> "Que estoy soñando y que quiero
> obrar bien, pues no se pierde
> el hacer bien aun en sueños."

Cuadro emocionante es el del hombre que, a pesar de verse envuelto por la bruma caliginosa de la duda y sentir los embates furiosos de la tentación, sigue siendo fiel a las intuiciones de su conciencia moral. Según la frase del Evangelio, éste no está lejos del Reino de Dios. Más arriba, sobre la montaña, hay un sitio bañado de luz donde los que buscan las alturas hallarán albergue de la tempestad.

Porque un estado de lucha heroica por seguir el camino recto, de pura fuerza de la voluntad, mientras el intelecto está sumido en las tinieblas y el corazón herido siente ansias de escuchar una voz amiga y autorizada en la infinita soledad, no podrá mi-

rarse sino como etapa transitoria de la peregrinación espiritual del alma sincera. "Los puros de corazón verán a Dios". Sabrán que la vida del hombre no está cimentada sobre las majestuosas columnas de una ley abstracta y fría, sino que reposa sobre un Corazón de que los valores morales absolutos que nuestros corazones sienten son los latidos. La inmensa soledad está poblada por un Padre en cuyas entrañas está la fuente de los valores. La existencia de tales valores implica lógicamente una Fuente personal que los cree y los conserve; su persecución hace patente al hombre su endeblez y soledad y despierta cada vez más en un seno el anhelo de verse acompañado por un Compañero que le ayude, que le instruya y que le consuele. Carlyle y Robertson que, según su propia confesión, comenzaron a ser hombres el día en que desafiaron el "Eterno No", fundándose resueltamente en los valores intuitivos de la conciencia, desenvolvieron su vida posterior a la plena luz de la realidad de Dios. Y Unamuno, aquel del "pesimismo transcendental" y de la lucha desesperada, es, entre los literatos contemporáneos, quien parece sentir más íntimamente en su vida personal la realidad de Dios. Tan enamorado de la lucha está y tan convencido que ella constituye uno de los valores eternos que, soliloquiando consigo mismo, dice:

"No busques luz, mi corazón, sino agua del abismo". Pero, ¿cómo podrá sostener la lucha con el misterio? Porque para él Dios es ser real y verdadero y compañero de su vida. "Creo en Dios", dice, "co-

mo creo en mis amigos; por sentir el aliento de su cariño, y su mano invisible e intangible, que me trae y me lleva y me estruja, por tener íntima conciencia de una providencia particular y de una mente universal que me traza mi propio destino''.

Son dignos de todo respeto y admiración aquellos hombres que, sin poder creer en la realidad de Dios, sin sentir ''el aliento y la mano invisible e intangible'' del Amigo infinito, conservan su pureza moral y se dedican altruísticamente al servicio de sus semejantes. Su noble vida derramará bendiciones en torno suyo; muchas almas humanas entonarán sus alabanzas. Pero, si la potencia espiritual de un hombre ha de juzgarse, no tan sólo por su capacidad de hacer el bien, sino, sobre todo, por la de conseguir que su vida bienhechora se reproduzca en vidas ajenas, el buen ateo no responderá a este criterio; seguirá siendo siempre un gran solitario. El problema principal no es, pues, hacer el bien, sino lograr que el bien se haga, que otros se entusiasmen por la bondad y sus grandes valores. El que vive una vida bondadosa para hacer felices a otros representa un valor grande, pero aquel que consigue que otros sean buenos además de ser felices, representa un valor infinitamente superior. Al finalizar el capítulo ''La Religión de los Ateos'' en su ya célebre libro ''Dios, Rey Invisible'', H. G. Wells dice estas palabras: ''Sin Dios, el servicio del hombre no es nada mejor que una chifladura, o una sentimentalidad, o una hipocresía en la prisión indisciplinada de la vida mortal''.

III

El concepto del Reino de Dios preconizado por Jesús simboliza el valor más alto y comprensivo que se conoce. — Los principios básicos de la moral representan un alto valor, la visión de su grandeza puede marcar época en la historia de un hombre; pero mucho más alto en la jerarquía de los valores es aquel que Jesús llamaba el "Reino de Dios" y que comparaba a un Tesoro y a una Perla.

Hemos interpretado ya este concepto como la soberanía de Dios en la vida humana. Esto no quiere decir la soberanía de este u otro valor ético, ni de todos los valores éticos conocidos; es una soberanía que comprende todos estos valores, pero que, al mismo tiempo, los trasciende. Es la soberanía, no de ideales de vida, sino del Espíritu, que es fuente eterna de vida y de ideales. La soberanía personal y consciente de Dios en la vida es el Sumo Bien que Jesús preconiza. Equivale a una relación de perfecta armonía entre la voluntad soberana y amorosa del Ser Supremo y la voluntad finita del hombre. Y fuerza es admitir que los más hondos anhelos y preocupaciones del ser humano no podrán quedar satisfechos sino anegándose en el regazo de Dios. Bien lo sabía el gran Agustín al decir, "Nos criásteis para Vos, y está inquieto nuestro corazón hasta que descanse en Vos".

De suerte que no podemos identificar el "Reino de Dios" con un estado feliz de ultratumba, ni con una iglesia determinada ni con todas las iglesias jun-

tas. Es una realidad que trasciende el tiempo y las fronteras institucionales. No debe confundirse tampoco con una vida ideal ni con una sociedad ideal. El Reino de Dios producirá una y otra, pero es más grande que ambas. Porque el hombre que se propone para sí una vida ideal como su principal objetivo, no lo alcanzará nunca. La sociedad que se propone convertirse en una utopía de prosperidad y felicidad humanas, está predestinada al fracaso. Ni el individuo ni la sociedad lograrán idealizarse hasta que uno y otra se olviden de sí mismos, convirtiéndose no en fines en sí, sino en instrumentos que expresen la soberanía de Dios, su voluntad de bien para la vida humana en todos sus aspectos. El Reino de Dios es, en suma, la presencia de Dios en la vida, llevando a cabo mediante los espíritus que acatan su soberanía, sus designios de bien para la humanidad. Este es el Reino por cuya venida Jesús enseñara a sus discípulos que oraran, y cuya venida estará caracterizada por el acatamiento de la voluntad de Dios en la tierra, como ya en el cielo.

¿Cómo se manifestará en forma concreta la presencia de esta soberanía? ¿Cómo se revelará a todos los ojos la realidad del Reino? Jesús mismo nos ofrece una norma por la cual juzgar de cualquier concepto que tenga la pretensión de encarnar el clásico ideal por El preconizado. No obstante las muy diversas interpretaciones que se ha dado al Reino de Dios como expresión concreta de vida, hay una cosa, como ha dicho recientemente un distinguido escritor,

Rufus Jones, que queda perfectamente clara, a saber: "el modo de vivir de Cristo mismo, al cual llamó también a sus discípulos. Su modo de vivir apunta de hecho a un nuevo orden mundial. Revoca la competición y el egoísmo. Confía en la fuerza constructora del amor, de la gracia y la cooperación. La consagración a la vida de los demás, el sacrificio de sí mismo hasta los últimos límites, son el mismo corazón del Reino. La Cruz es la señal por la cual Cristo vence y el camino de la cruz es el camino de la vida y la victoria".

Pero, ¿podrá hallarse a Dios? ¿Podremos llegar a conocerle, para poder descansar en su regazo y escuchar su soberana voz de capitán de las almas? No hace mucho un distinguido intelectual hindú se encaró con un conferencista cristiano y le dijo: "Usted es el hombre más audaz que yo conozco. Usted ha dicho que había hallado a Dios. Nunca he sabido de hombre que dijera eso". "No me corresponde ni el más mínimo mérito", repuso aquél. "Yo no había hecho sino mirar el rostro de Jesús y allí vi al Padre".

La búsqueda del Sumo Bien no es indefinida. Hay personas que han podido decir: "Eureka". El Dios oculto, razón básica de todas las cosas, fuente de los valores y meta de las almas, podrá ser conocido. Quien ha visto a Jesús ha visto el Padre; quien se ha posesionado de Jesús se ha posesionado del Padre; quien acepta la soberanía de Jesús acepta la soberanía del Padre. Alguien ha dicho que en los tiempos que co-

rren es más fácil creer en Cristo que creer en Dios. La verdad es que nadie podrá formarse imagen más alta del íntimo carácter y voluntad del Ser Supremo que la que los Evangelios nos pintan de la personalidad palpitante de Jesús. He aquí la semilla que crecerá hasta ser árbol frondoso. El Reino de Dios será hallado por el hombre que acepte la soberanía de Jesús en su vida. El hombre que alcance a ver en Jesús la expresión del corazón y carácter mismos de Dios infinito y la reciba como don de aquel corazón amoroso para la redención humana, posee ya la Perla de gran precio. Con razón decía el gran místico cristiano de la India, el Sadhu Sundar Singh, cuando le preguntaban lo que había encontrado en el cristianismo que no encontró en las religiones de su patria: "He encontrado a Cristo". El emancipador de una generación viene a ser, por lo general, el carcelero de las posteriores. Pero esto no podrá decirse de Cristo. Todo hombre que se hace discípulo de El está capacitado para escalar las alturas de la vida espiritual e interpretar a la vez las implicaciones de la soberanía de Dios para su propia vida y la de la sociedad en que vive. Cristo y el Bien Supremo son inseparables. En el rostro del Maestro está la Perla; sus palabras revelan el Tesoro.

IV

Sea descubierto por casualidad o tras larga búsqueda, ese valor supremo se adquiere, haciendo re-

nuncia de los valores inferiores por obtenerlo. — El campesino que halla un tesoro por casualidad y el mercader que ha consagrado su vida a buscar la reina de las perlas, representan dos tipos de hombres que hallan el Sumo Bien. El primero representa al hombre de temperamento pasivo y receptivo que, sin estar buscando nada en particular, da de repente con algo cuyo valor evidente le llama tan poderosamente la atención que de hecho toma las medidas necesarias para vincular a él su destino. El segundo representa al tipo inquieto, que, convencido de que debe existir un bien supremo para el hombre, lo busca empeñosamente, y cuando su instinto le dice que ya lo ha encontrado, se identifica con él, al precio de cualquier sacrificio.

Empleando el lenguaje de la psicología religiosa, podríamos decir que el primero representa a la persona no-volicional cuya conversión se produce en la forma de un despertar espontáneo con la llegada repentina de nueva luz al alma. El segundo representa a la persona volicional que ha perseguido el propósito constante de encontrar esa luz y esa paz, y cuando, por fin, la luz aparece, se rinde a su influencia y entra en un estado de paz y gozo.

No faltan ejemplos históricos de ambos tipos. La mujer samaritana, Zaqueo, y aun Pablo de Tarso, Francisco de Asís, y Raimundo Lulio, que entraron a una nueva experiencia de modo casual sin que su vida anterior estuviera caracterizada por una larga inquietud espiritual, ilustran la parábola del Tesoro.

San Agustín, Lutero, Tolstoi y el Sadhu Sundar Singh, son todos hombres cuya conversión fué precedida por búsqueda desesperada.

Raimundo Lulio es una de las figuras más pintorescas y dinámicas del siglo XIII. Hasta la edad de treinta años hizo vida de cortesano libertino en la familia de Jaime II de Mallorca. Pero un día en que se hallaba en su estancia, escribiendo poesías amorosas, tuvo una visión de Cristo y le pareció oírle decir: "Raimundo, sígueme de hoy en adelante". En seguida Lulio resolvió abandonar su vida mundana y dedicarse a la conversión de los sarracenos y judíos a la fe cristiana. Por su consagración a las letras mereció luego el título de "Doctor Iluminado", y como filósofo, científico, poeta y misionero, se dió de cuerpo y alma al servicio del Reino de Dios en aquella época.

El ejemplo clásico del hombre que descubre el Reino después de una larga búsqueda, es el del célebre Agustín. Inspirado por la lectura de un tratado filosófico de Cicerón, dedicóse a la edad de diez y nueve años a la persecución apasionada de la sabiduría. Estuvo en esta búsqueda trece años, durante los cuales corría inquietamente tras la satisfacción espiritual que ansiaba lograr, sin poder encontrarla. Todo ese tiempo libró una lucha consigo mismo para dominar una pasión libidinosa, sin conseguirlo. Su personalidad estaba desgarrada por dos impulsos antagónicos. Oraba: "Dame la castidad y la continencia... mas, todavía no". Pero, por fin, habiendo llegado al colmo

de la desesperación, y hallándose a la sazón en el huerto de un amigo en Milán, abrió el Nuevo Testamento, cayendo sus ojos sobre estas palabras de Pablo: "No en banquetes y embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones; sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos de la carne". Indudablemente había leído las mismas palabras muchas veces antes, pero esta vez sonaron en su alma con toda la fuerza de una nueva revelación. "No quise leer más adelante", nos dice en sus "Confesiones", "ni tampoco era menester; porque luego que acabé de leer esta sentencia como si me hubiera infundido en el corazón un rayo de luz clarísima, se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas". Agustín deja sus impurezas, renuncia su cátedra de Retórica y se consagra a servir los intereses especiales del Reino de Dios en su tiempo.

Hay un hombre contemporáneo que ejemplifica quizá mejor que cualquier otro de nuestro tiempo el tipo de hombre que descubre el Reino después de una búsqueda. El joven Juan R. Mott era alumno distinguidísimo de la Universidad estadounidense de Cornell. Estaba pronto a graduarse, pensando seguir la carrera de derecho. Pero su alma estaba intranquila. No había resuelto todavía para sí la cuestión del Sumo Bien. La figura de Jesús le inquietaba. Decidió encarar una vez por todas la realidad de Este. Dedicó largo tiempo al estudio, aquilatando todas las pruebas en pro y en contra de la realidad de Jesús como

personalidad viva y potente en la vida. Llegó a la misma conclusión que Pablo, y a la que ha llegado Sir Oliver Lodge en su libro "Evolución y Creación", o sea, que Cristo vive y actúa como el Gran Capitán de las fuerzas de bien que ansían ver el establecimiento del Reino de Dios en la tierra en forma real y concreta. Convencido así de la realidad objetiva de Cristo, se puso desde entonces a las órdenes del Jefe invisible, y desde aquel momento, más de treinta y cinco años atrás, se ha dedicado a la magna tarea de llamar a la juventud mundial a consagrarse al servicio de su Rey.

Mott es, sin duda alguna, el internacionalista más grande del mundo contemporáneo, y el norteamericano más querido y apreciado por la juventud mundial. Más de cien viajes ha hecho al través del Atlántico. Hace años el Presidente Wilson le ofreció la embajada de Estados Unidos en la China, mas él rehusó el honor para estar más libre en su apostolado cristiano.

Me he referido a Mott porque su obra simboliza la nueva interpretación que el pensamiento cristiano de nuestra época ha dado al concepto del Reino de Dios. Significa la soberanía de Dios en todas las esferas de la vida humana, así individual como doméstica, como social e internacional, interpretándose concretamente esta soberanía en el sentido del acatamiento de Cristo como Señor de la vida, y de la aplicación de sus enseñanzas a todos los problemas de aquélla.

Uno de los mayores de éstos es el odio de clases

y de razas en el mundo de hoy. He allí la razón por que los nuevos apóstoles del Reino se preocupan tanto de la justicia social y propenden al mejor entendimiento y aprecio entre los representantes de las diversas naciones. El año pasado, en la ciudad de Helsingfors, capital de Finlandia, se reunió un congreso único en la historia de la civilización. Allí, durante el espacio de una semana, los delegados de más de cincuenta países, de los cuales doscientos eran menores de veinte años, consideraron especialmente los problemas de la niñez y la juventud, desde el punto de vista del Reino de Dios.

Deséase ardientemente un mundo mejor, un orden social que sea más digno del hermoso hogar de la naturaleza, más digno del hombre, más digno de Jesús, el Nuevo Hombre, más digno de su maravilloso concepto del Reino de Dios; un nuevo orden de cosas en que las perfectas armonías del cosmos se reproduzcan en las relaciones humanas, en que la música de las esferas tenga dulcísimo eco en el hogar humano, en que los hombres sean "perfectos como su Padre que está en los cielos es perfecto".

He aquí la preciosa perla que algunos han descubierto y ya poseen, y que todos han de descubrir y poseer antes que termine la jornada. Pero nadie llegará a poseerla sino pagando el precio. No se establecerá el Reino sin inmensos sacrificios. El campesino y el mercader se desprendieron de todo cuanto tenían para poder posesionarse de sus respectivos hallazgos, y así habremos de hacerlo nosotros.

¿Cuál será el precio que se pague? Los primeros discípulos de Jesús obtuvieron el Reino a precio de sus redes y botes pesqueros; Pablo a precio del abandono de su virtud farisaica; Agustín, liquidando el ilícito negoico de una pasión libidinosa; Raimundo Lulio, rematando su vida corrompida de cortesano; John R. Mott, abandonando todas las perspectivas de éxito mundano. El lema de todos era "Una cosa hago". El propio Jesús, que esbozó la índole especial del Reino, y capitanea las huestes que se movilizan para establecerlo, ha dicho ya el precio, para que cada cual lo interprete en lo secreto de su alma y lo pague en las palabras y los hechos de la vida cotidiana: "Si alguien quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo; tome su cruz y sígame". Quiere decir que ha de hacerse de los intereses del Reino la pasión absorbente, poniéndose a las órdenes del Rey, abandonando todo lo que haya en la vida privada o pública que impida vivir de acuerdo con los principios de Jesús, continuando fiel a la vocecilla interior por medio de la cual el Soberano del Reino señala el papel especial que le ha de tocar a cada cual en la tarea común.

Decía también: Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa la simiente en la tierra; y duerme y se levanta, noche y día, y entre tanto, la simiente brota y crece, ¿cómo?, él no sabe. Porque de suyo lleva la tierra su fruto; primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga. Pero en cuanto el fruto está en sazón, él mete la hoz, porque la siega es llegada.

San Marcos IV: 26-29.

Otra parábola les propuso, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; la cual es la menor de todas las semillas; mas cuando ha crecido, es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen y se anidan en sus ramas.

San Mateo XIII: 31-32.

CAPITULO IV

En torno al progreso

Un ideal podrá mirarse bajo dos aspectos: como meta que se anhela alcanzar, y como principio inmanente de progreso que impulsa hacia adelante.

Las parábolas del Tesoro y de la Perla presentaban el Reino de Dios como objetivo de la aspiración humana; la trilogía que estudiaremos en este capítulo y el siguiente lo presenta como principio de energía inmanente, símbolo de una inspiración divina. La categoría de valor es reemplazada aquí por la de potencia. En vez de contemplarse el ideal como la adquisición de algo, se le contempla como la manifestación de algo.

Cada una de estas parábolas entraña una verdad básica de la vida espiritual, vale decir, de la influencia de Dios sobre la vida humana, sea en el alma del individuo, sea en el seno de la sociedad.

Vamos a examinarlas una por una.

I

La primera, que suele llamarse de "La Simiente que crece secretamente", pero que se llamaría mejor de "La Hierba, la Espiga y el Grano", se confunde en la mente de muchos lectores con la parábola del Grano de Mostaza. Pero son muy distintas. Una pinta la alta potencialidad de la simiente, su crecimiento misterioso, lento y ordenado hasta perfeccionarse, sin intervención extraña; la otra pinta la vitalidad extraordinaria de una semilla que, de un principio insignificante, alcanza un desarrollo asombroso. Aquélla enfoca toda la atención en la actitud confiada y paciente del hombre que echa la simiente, ante la ley eterna e inmutable que determina el desenvolvimiento de ella; la del Grano de Mostaza, en cambio, enfoca la atención en el enorme contraste entre el grano diminuto y la hortaliza gigantesca.

"Hierba, espiga y grano". Esta parábola nos transporta del ambiente bullicioso del mercado en que dos espíritus ardientes han rematado todos sus bienes por posesionarse, cada cual, de lo que más estimaba en el mundo, al ambiente silencioso de los campos. Un labriego palestino ha terminado de sembrar su terreno en la primavera. Había labrado el campo con todo esmero para la siembra, pero, arrojada ya la simiente en el seno de la tierra, ¿qué más le cabe hacer al sembrador? Puesto que no podrá apurar el proceso biológico en forma alguna, no le queda sino esperar tranquilamente. Frente al sembrado adopta la actitud

pasiva de espectador. "Duerme y se levanta, noche y día, y entretanto la simiente brota y crece, ¿cómo?, él no sabe".

"Cuando concluye el labrador cansado
de remover la tierra,
el grano siembra y lo confía al cielo,
al sol benigno y a la rica lluvia".

"El sol te bendice, y acariciador
en el viento Dios te besa la frente,
Hombre que echas grano, hombre creador,
¡prospere tu rubia simiente!"

Mientras tanto la semilla brota. "De suyo produce la tierra su fruto; primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga". Por fin, es llegado el momento en que le toca al labriego actuar de nuevo. Empuñando la hoz, convierte en actividad intensa su larga espera, segando la rica cosecha.

II

Jesús se valió de esta sencilla experiencia agrícola para inculcar un principio básico del desenvolvimiento del Reino de Dios en la tierra, y así de toda obra espiritual. Ese principio podría formularse en los términos siguientes: *El Reino es un germen cuyo crecimiento requiere fe y paciencia de parte de quien se interesa por su pleno desarrollo.*

El principio espiritual que actúa en la vida huma-

na lo compara Jesús a la simiente. Esta es un microcosmo, un pequeño mundo que contiene en sí en miniatura toda la promesa de un vasto desarrollo. Dadas las condiciones naturales propicias al crecimiento, la semilla arrojada al suelo manifestará paulatinamente toda la potencialidad que encierra. Jesús reconocía la verdad de que la vida espiritual está determinada por *principios germinales*, ya sean pensamientos, ya actitudes. Examinemos sus enseñanzas en busca de ejemplos. El no llamaba a los hombres a suscribir un nuevo código de leyes; sembró en sus almas una nueva idea germinal, la de la paternidad de Dios y la dejó que obrase. Todas sus enseñanzas no son sino ejemplos y corolarios de esa idea central, la más revolucionaria de la historia. El hombre en cuyo corazón encuentre suelo propicio para germinar, creando en él el profundo anhelo de asemejarse al carácter de Dios, se manifestará por su conducta verdadero hijo de Dios. Así que hay que amar a los enemigos porque Dios lo hace; "Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, porque El hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos" (1).

Jesús reconocía también en la vida humana ciertas actitudes germinales que encerraban la promesa de un desarrollo espiritual seguro, y procuraba fomentarlas siempre en sus oyentes. A ese orden pertenecen

(1) Mateo 5:45.

las preconizadas en el Sermón de la Montaña en el pasaje de "Las Bienaventuranzas". He aquí dos: "Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra". "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados". Jesús tenía fe en que el mundo espiritual está constituído de suerte que los "mansos", o sea, los que se niegan resueltamente a hacer caso del agravio personal, serán los futuros pobladores de la tierra, y que aquellos que anhelan ardientemente un estado de justicia verán sus anhelos satisfechos.

De manera que lo que más le preocupaba en una persona no era el sistema mecánico de creencias que llevaba en la cabeza, sino su actitud germinal. "Sígueme", decía, sabiendo bien que aquel que por amor fuera en sus huellas, alcanzaría, con el tiempo, los más altos conocimientos y las más acendradas virtudes. Porque la lealtad a Jesús es el germen que producirá a la larga el "grano completo" de un carácter ideal. Por idéntica razón alababa el Maestro el amor expresivo de la mujer pecadora, porque contenía la promesa de una vida purísima posterior. Y después de haberse dedicado a sembrar ideas y despertar afectos, arrojóse a sí mismo como germen vital a la faz del desierto, sabiendo que "si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; mas si muere, lleva mucho fruto" (1). Enfocando el sacrificio y la muerte en una perspectiva enteramente original,

(1) San Juan 12 : 24.

como medios indispensables de toda regeneración moral, cortejó a la muerte, con plena fe en que engendraría en su seno una nueva humanidad, que reproduciría todos los caracteres de la semilla sepultada.

Esto comprueba que Jesús era vitalista en el sentido más hondo de la palabra. Tenía la fe mayor en todos aquellos pensamientos y actitudes que fueran gérmenes de vida superior. Frente a esos fenómenos vitales demostraba paciencia sin límites. A pesar de las desilusiones que sufría con sus amigos más íntimos, nunca se dejaba inquietar por la falta de espiritualidad que hallaba en ellos, confiado en que el Reino estaba en sus almas y brotaría más tarde como planta lozana. El Padre celestial se encargaría de hacer fructificar a su debido tiempo todas las semillas de vida que albergaban los corazones humanos.

Contemplada así la parábola a la luz de la experiencia de Jesús, la lección que encierra se aclara y cobra enorme importancia para toda persona que se dedica a arrojar semillas de verdad en los surcos de la vida. Todo fenómeno vital obedece a leyes fijas. Su desarrollo normal no podrá acelerarse. Una intervención intempestiva, motivada por la impaciencia y el afán de conseguir resultados inmediatos, podrá echar todo a perder. El perfeccionamiento de los medios mecánicos podrá disminuír progresivamente el tiempo necesario para fabricar un automóvil; pero los huevos de la incubadora más perfecta necesitarán siempre veintiún días para dar pollos, ni más ni menos que si los empollara la gallina madre. Y cuanto más noble

sea la planta o el ser animado que crece, más lento será su desarrollo. El crecimiento del roble es mucho más lento que el del paraíso, pero alcanza un desarrollo inmensamente superior y vive mucho más tiempo. El corderito empieza a retozar alegremente en el prado apenas nacido, y al año más o menos puede tener cría; el hombre recién anda cuando tiene un año y ante la ley no alcanza su mayoría hasta los veintiuno.

La diferencia entre lo mecánico y lo vital y el desenvolvimiento ordenado de los fenómenos vitales, de acuerdo con las leyes que rigen cada especie, son hechos bien comprendidos que se toman siempre en cuenta. Se ha estudiado a las mil maravillas la instrucción que conviene dar a los niños en cada etapa de su evolución. Pero cuando entramos en la esfera de lo espiritual hallamos allí una gran desorientación. Existe una falta de estimación del carácter específico del fenómeno espiritual y de las etapas normales por las cuales pasa en el curso de su desarrollo. Fundándonos en esta parábola, iluminada por la vida y demás enseñanzas de Jesús, podemos sacar dos deducciones prácticas:

Primera: Una vida superior, es decir, una vida cristiana, no nace por obra de métodos mecánicos, sino de la siembra de semillas. Hay personas que pretenden engendrar en otros vida cristiana, sometiéndolos a una especie de gimnasia ritual. Otras pretenden hacerlo mediante la inyección cerebral de una ideología cuyas ideas, disecadas en el procedimiento siste-

matizador, han perdido su potencia germinal, es decir, han dejado de ser ideales. Pero una vida semejante a la de Cristo sólo podrá generarse hoy como antaño, por la infusión en las entrañas del ser de un germen vital. Este germen es un afecto o, mejor dicho, un apasionamiento, por Jesús, una fe en Jesús y todo lo que El representa. Los vientos que soplan sobre el páramo de los tiempos no llevan semilla más fecunda que la contenida en la cáscara de la sencilla frase "Creed en mí". La germinación en un alma humana de la fe en que Jesús es el ser más digno de crédito, de amor y de lealtad que ha aparecido en el escenario de la historia, producirá una vida superior. En esta vida habrá brotado el Reino de Dios.

La segunda deducción es que la estima del tiempo necesario para el desarrollo de una vida superior y de las diversas etapas por las que pasa, será el mejor remedio contra el desaliento. Aprendamos del labriego la paciencia del espectador interesado. Tengamos la fe de él en la simiente que hemos echado y en las fuerzas misteriosas que la han de fecundar; aceptemos la pausa forzada cuando se nos impone, y durmamos bien, soñando con la cosecha. Recordemos además que la primera hierbecilla verde que asome a flor de tierra no llevará ni espiga ni grano. Se puede ser cristiano sincero aunque muy imperfecto. No seamos precipitados en nuestros juicios. Dejemos pasar algún tiempo para que nuestro hermano madure. ¿Quién sabe qué luchas esté librando bajo la costra convencional?

En un libro, "Reliquiae Baxterianae", que contiene las reflexiones de un cristiano inglés, Ricardo Baxter, sobre las etapas de su propio progreso espiritual, encontramos algunas observaciones que ilustran admirablemente las tres etapas de la hierba, la espiga y el grano pleno. Al principio, la preocupación principal de Baxter eran las imperfecciones que observaba en sí mismo, así en sus actos como en su vida interior. Llegó a ser luego más objetiva. Ya no era tan introverso, pues miraba más hacia Dios y a las necesidades del mundo que hacia su propio corazón. Empieza a preocuparse por las divisiones y conflictos entre los cristianos, atribuyendo menos importancia que antes a las cosas externas de ritos y cultos que dividen la cristiandad. Dice entonces, refiriéndose a la última etapa: "Tengo ahora mucha más conciencia que antes de la anchura, largura y profundidad del pecado radical, universal y odioso del egoísmo, y de la excelencia y la necesidad de la abnegación, de un espíritu público, y de amar al prójimo como a mí mismo... Estoy más preocupado ahora acerca de mi deber para con Dios y menos preocupado acerca del trato de El para conmigo".

III

La segunda parábola de la trilogía gira en torno del contraste extraordinario entre el grano de mostaza tan diminuto y la hortaliza inmensa que produce. Era dicho común en la Palestina: "tan pequeño como un

grano de mostaza". No es que este grano fuera biológicamente la semilla más pequeña, pero sí el grano más pequeño que produce una planta tan grande. La planta de mostaza se ha identificado con el "khardal", que se encuentra en algunos lugares de la Palestina y que, con ser hortaliza y no árbol, alcanza a veces la altura de veinticinco pies. Hablando una vez un cristiano chino sobre la planta de mostaza, que conocía bien en su tierra, dijo dos verdades acerca de ella que ilustran el realismo de Jesús al emplear esta figura. Primero, decía, los hombres no tienen que cavar y limpiar la tierra donde está plantada la mostaza; ella tiene en sí misma el poder de crecer, a pesar de todos los obstáculos; y segundo, una vez que se plante mostaza en un campo es casi imposible sacarla.

La vitalidad extraordinaria de este pequeño grano impresionaba profundamente a Jesús. En otra ocasión lo ensalzó como ideal para la fe de sus discípulos, diciéndoles: "Si tuviéreis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará, y nada os será imposible". En esta parábola El llama la atención sobre la semejanza que existe entre el desenvolvimiento del Reino de Dios en la sociedad humana y la historia biológica de una semilla de mostaza en el huerto de un hombre. La verdad que quiso expresar podrá formularse así: *El Reino tiene un origen pequeño e insignificante, pero alcanzará luego un desarrollo grandioso.* Tenía plena fe en la causa de Dios que representaba y por la cual debía morir. Las perspectivas no eran nada halagüeñas para el éxito de

esta causa cuando Jesús encontró el símbolo de su futura grandeza en una hortaliza brotada de grano ínfimo. Ni por muchos siglos después debía el cristianismo alcanzar un desarrollo análogo al de la hortaliza gigante en cuyas ramas anidan las aves. De manera que semejante analogía demuestra la fe grandiosa del Maestro en el porvenir de la causa de Dios en la tierra, con la cual El se había identificado.

Los judíos contemporáneos de Jesús pensaban de la venida del Reino de Dios en forma catastrófica. Aparecería de repente el Mesías sobre la palestra de la historia para socorrer al pueblo de Dios abatido por sus enemigos y establecer la antigua Teocracia, a guisa de imperio secular, bajo la hegemonía directa de Dios. Jesús espiritualizó esta idea, anunciando el Reino de Dios como la soberanía de Este sobre los corazones. En la parábola del Grano de Mostaza parece prever además la influencia progresiva y visible que ejercerían en la sociedad los hombres que aceptaran esa soberanía espiritual, consagrándose a extenderla a las vidas ajenas.

La historia nos brinda muchos ejemplos del desarrollo en el mundo de aquella soberanía que Jesús aceptaba de modo absoluto en su propia vida, y por cuya implantación en los corazones humanos tanto hiciera. Sin entrar a discutir aquí si Jesús pensó en identificar el Reino de Dios en esta parábola, así como en otros pasajes de su enseñanza, con una organización concreta, o si se refería tan sólo al modo ideal de vivir y al gran número de personas que por fin vendrían

a aceptar como norma de vida la perfección moral de Dios manifestada de modo concreto en su propia vida y enseñanzas, lo cierto es que los primeros siglos de la historia del cristianismo ofrecen una comprobación notabilísima de la fe profética de Jesús en su causa.

Pensando ahora en el cristianismo tan sólo como modo de vivir, ¿qué nos dice la época inmediatamente posterior a la muerte del Maestro sobre la suerte del concepto central de su doctrina? Las viejas religiones —y ¿qué otra cosa es la religión sino la sumisión a la soberanía del concepto que se tenga de Dios?—se miraban como eternas, como parte integral de la civilización. Las de Egipto habían existido ya durante 4000 años, con sólo un intervalo en su continuidad, que fué durante el reinado de un Faraón radical. La religión de Grecia y Roma se remontaba a mil años atrás. Tenía una capacidad infinita de adaptación. Sabía hacer la paz con todo dios y toda diosa que encontrara, adoptándolos a todos. En el Panteón de Roma coleccionaban dioses, algo así como se coleccionan objetos arqueológicos en los museos modernos. Escuchemos la palabra de Glover, una de las grandes autoridades sobre la época clásica. "¿Dónde está hoy aquela religión (la grecorromana)?" dice: "Esta es para mí la pregunta más significativa en la historia. Los hombres *sabían* que aquella religión era eterna. Ha desaparecido completamente, sin embargo. ¿Por qué? ¿Cómo pudo desaparecer?

"¿Qué poder había, no digo que la derrumbara, sino

que acabara con ella de modo tan completo que ya ni una alma siquiera en Egipto da culto a Isis? — ¿cuántos conocen aún su nombre? — que ni una alma en Italia piensa en Júpiter sino como fantasía, y Palas Atenea en Atenas misma no se más que recuerdo". Se debió al desarrollo imponente del cristianismo. Para citar otra vez un juicio de Glover, "los primeros cristianos vivieron mejor, murieron mejor, y pensaron mejor" que los paganos de la misma época, de modo que el viejo paganismo murió. El simbólico árbol del Reino, por su vitalidad extraordinaria, sustrajo de tal manera la savia del suelo espiritual contemporáneo, que las viejas plantas del jardín no podían vivir a su sombra.

¡Qué origen tan insignificante el del cristianismo! Un predicador ambulante, natural de uno de los países más pequeños de la historia, fué crucificado como individuo pernicioso. "Los sacerdotes de un monoteísmo puro y los soldados de una civilización internacional" se confabularon para darle muerte. El pequeño círculo, formado mayormente de pescadores, recaudadores de impuestos, y algunas mujeres, quedó sumido en el dolor y la desesperación frente al patíbulo. El grano cayó en el surco del odio humano y murió. Pasan días. Una brisa primaveral sopla en la helada frente de los discípulos del Nazareno. ¡Han visto a Jesús! ¡El vive! La cruz no ha significado, entonces, sino la muerte necesaria del grano. Poseídos de una nueva fe en Jesús y el porvenir del Reino, los antiguos pescadores y cobradores arrostran a los ver-

dugos de su Maestro, anuncian el Evangelio del Reino y alistan a millares de nuevos ciudadanos por todos los ámbitos del Imperio romano. Cara les cuesta su cruzada. Su decisión de no permitir que se coloque a su Maestro entre los mil dioses del Panteón imperial les vale la ira de los Césares. El camino real que atraviesa la historia de los tres siglos subsiguientes está salpicado de sangre cristiana. Muchos van al destierro. Alrededor del año 100 D. C., uno de los desterrados, que se halla en el islote solitario de Patmos, sueña, y en su visión ve "diez mil veces diez mil y miles de miles" de personas que siguen al Crucificado, o sea más almas que las que contenía el mundo en aquella época. Al mismo tiempo una voz rompe el silencio: "La gran Babilonia ha caído, ha caído". Roma se hallaba todavía en el ápice de su poderío. ¡Cómo se hubiera reído un pagano culto de la época si alguien le hubiera contado tan peregrina visión! Pero ésta se cumplió. A los 300 años la Roma imperial deja de existir, y sobre sus ruinas se levanta la Iglesia Cristiana, algo así como el roble que, nacido de una bellota que el viento ha llevado a la rendija de una roca, revienta ésta al crecer, cirniéndose majestuoso sobre su inhospitalaria cuna granítica; y muchas han sido las aves que a lo largo de los siglos han recibido albergue entre sus ramas frondosas.

Es indiscutible que la Iglesia, institución potentísima aunque dividida, que cuenta entre las tres ramas que la componen más de quinientos millones de almas, es ejemplo notable de la verdad de esta pará-

bola. ¡Qué imponente, en verdad, es la Iglesia en algunos países, qué endeble y desprestigiada en otros! Y fuerza es confesar con tristeza que vuelan por los aires de nuestro mundo contemporáneo abundancia de aves sin nido, que en el ramaje de aquélla no encuentran lugar deleitable donde posarse. La Iglesia necesita reformarse, en sus tres ramas. Les falta mayor vitalidad y más pureza cristiana. "Hay una cosa", decía Víctor Hugo", más poderosa que todos los ejércitos: una idea cuyo tiempo ha venido". Ya llegó la idea de la Nueva Reforma.

La Iglesia ha contribuído a que el Reino venga, pero el concepto de éste es mucho más comprensivo que el de aquélla. El Reino es más grande que la Iglesia, así como Jesús es más grande que la llamada "civilización cristiana". La distinción entre ésta y Cristo se hace cada vez más clara, tanto en el Occidente como en el Oriente. La civilización llamada cristiana está, a pesar de su aporte grandioso al progreso humano, muy desprestigiada; pero, en cambio, Cristo y sus enseñanzas nunca gozaron de tanto prestigio como en los momentos actuales, aun entre aquellos que no se llaman cristianos. Se reconoce que Cristo no ha tenido culpa alguna de los muchos males que se han cobijado bajo una civilización que se llama por su nombre. Tan es así que se acentúa cada vez más un retorno a la fuente pristina de inspiración cristiana. Cuando leemos, por ejemplo, que los compatriotas de Gandhi, indúes y mahometanos en su inmensa mayoría, al buscar un vocablo que expresara toda la admiración que

sentían por el gran apóstol de la "No-violencia", le llamaron "Hombre parecido a Cristo", y cuando se nos dice que la obra de Gandhi y la de sus secuaces han sido los mejores intérpretes de la Cruz cristiana ante la mente indostánica, vemos crecer a nuestros ojos el árbol frondoso del Reino.

Si buscáramos en esta época de transición otros ejemplos vivos de la vitalidad de la semilla del Reino, los hallaremos en la grandeza alcanzada por ciertas ideas que han tenido que librar durante casi dos mil años cruda guerra por conservarse frescos en la conciencia humana, pero cuyo tiempo ya ha venido. Una de ellas es el concepto cristiano de la mansedumbre. "Bienaventurados los mansos porque ellos heredarán la tierra", decía Jesús en el Sermón de la Montaña. ¡Tántas veces se ha interpretado al "manso" como ser pasivo, pusilánime, el perfecto tipo del menguado, que carece de valor para tomar una actitud enérgica frente al agravio! ¡Pobre tierra, podría decir un nietzscheano, cuando estos menguados sean sus pobladores! Sólo ahora se está comprendiendo el verdadero sentido y alcance de la palabra del Maestro. El "manso" es el hombre que se niega resueltamente a hacer caso del agravio, para quien el código de honor de Cabriñana no existe. Acepta, sin encono ni gesto vengativo, todos los embates de la enemistad brutal, no por cobardía, sino por estar compenetrado del espíritu de amor al enemigo. Tras el agravio recibido, busca activamente la oportunidad de devolver el bien por el mal. Sólo así quedará la mala voluntad vencida y el

odio trocado en amor. Los mansos heredarán la tierra, porque serán los primeros que la habrán conquistado de veras. Fué un vislumbre de esta idea de Jesús lo que moviera a Gandhi a iniciar, primero en el Africa del Sur, y luego en la India, su política de "No-violencia". Fué su fidelidad a ese mismo principio lo que aumentó tánto, durante y después de la Guerra, el prestigio de la "Sociedad de Amigos". Convencido de que la ley de la mansedumbre es parte de la constitución moral del Universo, un gran pensador cristiano declaró que la paloma de la paz nunca haría su nido en la tierra, hasta que alguna nación poderosa no estuviera dispuesta a sacrificarse antes de violar una vez más esta ley básica del progreso.

Lo mismo podría decirse de otras ideas del Reino que Jesús sembrara en los surcos de la historia. El nuevo idealismo pacifista deriva de aquel pensamiento "Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios". Se empieza a comprender que lo más divino que uno puede hacer es *pacificar*. Durante largos siglos, ha predominado en el mundo el concepto de la "paz romana", la paz que reina donde se ha hecho páramo, la paz del cementerio. Los más fuertes han impuesto la paz, la paz de ellos, aniquilando o sofocando la oposición de sus contrarios. Pero los vencedores por las armas nunca serán pacificadores de los corazones. La paz se hará por aquellos que, eliminando las causas del odio y no a los hombres que se odian, propenden a introducir un espíritu ho-

gareño en este viejo mundo inquietado tanto tiempo por el espíritu de la palestra.

"Los puros de corazón verán a Dios". He aquí otro grano de mostaza que por fin va germinando. Ya se reconoce que es más el estado de corazón que la perspicacia del cerebro lo que determina el pensamiento filosófico. Un hombre especula para satisfacer los anhelos íntimos de su corazón o para justificar sus tendencias morales. Pero un hombre que tenga fallas en su vida moral jamás podrá filosofar de modo adecuado. Sus fallas le cegarán; sus ideas serán falsas; no alcanzará a intuír el verdadero significado de las cosas. No verá a Dios. Los valores éticos son básicos, y solamente el hombre bueno está capacitado para la alta especulación, así como también para la visión beatífica. (1)

La fe profética que el Maestro encerró en esta parábola se está realizando paulatinamente. Pero dista todavía el día en que el Cristianismo, así en su forma institucional cuanto como cualidad de vida, se asemeje a la hortaliza gigantesca. Pero ese día vendrá. Falta sólo que los hijos del Reino manifiesten la alta vitalidad de los principios básicos de su ciudadanía.

---

(1) Véase "Los Grandes Problemas", por Bernardino Varisco, Cap. I, donde el filósofo italiano señala las condiciones necesarias para descubrir la verdad.

Otra parábola les dijo: el reino de los cielos es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo se leudó.

San Mateo XIII: 33.

CAPITULO V

Fermentos

EMPLEANDO la analogía de la acción química de la levadura, en un masa de harina, Jesús llama la atención hacia una tercera ley del desarrollo del principio espiritual que llama el Reino de Dios. Tal es la virtud de la levadura, que una pequeña cantidad de ella "escondida" en una masa inmensamente superior sirve para leudar la masa entera. La sustancia de ésta queda profundamente modificada por la actividad intensiva y silenciosa del fermento.

I

Maravilloso símbolo de la acción fermentadora del Reino en la vida de un hombre y en la estructura de la sociedad. He aquí una de las más grandes verdades de la esfera espiritual: *El Reino se impone por una fermentación moral.* Obra de adentro a afuera. Escondido en el corazón, transforma la conducta.

Los compatricios de Jesús esperaban la inauguración de un nuevo orden de cosas en forma catastrófica. Tenían la idea arraigada de una nueva organización de la sociedad y no de la introducción en ella de un nuevo espíritu. En esta parábola Jesús corrige el concepto popular. En sus discípulos su propia influencia tenía los caracteres de una poderosa fermentación espiritual. Mucho tiempo demoró la transformación completa del grupo, debido a lo arraigada que estaba en ellos la idea de un advenimiento externo y catastrófico del Reino. Pero en cuanto la muerte de Jesús hubo desbaratado todas sus esperanzas en aquel sentido, se hallaron en mejores condiciones que nunca para recibir una influencia fermentadora. Entonces muchas palabras olvidadas del Maestro, y el recuerdo de impresiones recibidas en el íntimo contacto con El, se aunaron a la intensa convicción de que El vivía, para formar el potentísimo fermento que transformara por completo el carácter pusilánime y egoísta de los primeros discípulos del Nazareno, y acabara por modificar la estructura del mundo antiguo.

Lo que no pudieron hacer el poderío de Roma, ni la sabiduría y estética de Grecia, ni los cultos esotéricos del Oriente, lo hizo la levadura de un infinito amor, que orientaba el pensamiento, caldeaba el corazón y aceraba la voluntad de los hombres y mujeres que formaban la Iglesia Cristiana primitiva. Ellos se sentían amados por Dios; y, por consiguiente, le amaban a El, amaban a sus prójimos, y se amaban unos a otros. "¡Ved cómo esos cristianos se aman!" decían los

paganos de la época. Su actitud frente a la vida era contagiosa. La vida humana empezó a renovarse. Por cierto que el proceso está muy lejos aún de haber terminado. Hasta requiere mucha fe, a veces, creer en el progreso efectivo. Pero de algo no cabe duda alguna, y es que lo mejor que tiene el mundo moderno, lo que lo diferencia de la época de Jesús: la dignificación de la mujer, la abolición de la esclavitud, la preocupación por los inválidos, la lucha contra los vicios sociales, el nuevo internacionalismo, se debe directamente al cristianismo. Mucho, muchísimo, queda por hacer, como acabamos de decir. La verdad es que el mundo se ha ido olvidando del principio de la levadura. Muchas tentativas se han hecho y se hacen para reformar la sociedad desde afuera, en forma catastrófica, y los resultados no corresponden a los esfuerzos hechos. Lo que la sociedad necesita no es tanto una nueva organización como un nuevo espíritu. Y antes que se engendre un nuevo espíritu en lo abstracto es necesario hacer la revolución en espíritus concretos. Hace falta introducir en los hombres de todos los países la levadura de un infinito amor. Hay que reconcentrarse otra vez en el individuo, obrando por infiltrar en sus entrañas la fermentación moral de un amor que leude la personalidad entera.

Detengámonos aquí para considerar más particularmente uno de los modos de operar de un fermento moral. Huelga decir que todos los fermentos que modifican el carácter no son buenos. La fermentación producida en la vida de un hombre por un libro im-

púdico, por un amigo de moral relajada, por una pasión desenfrenada, puede tener consecuencias funestas. El proceso de fermentación es igual, sea bueno o malo el fermento. Pero como la figura del fermento, empleada en esta parábola, destinábala Jesús a describir la modificación paulatina de la vida por el principio benéfico del Reino, nos limitaremos a ilustrar el proceso de la fermentación moral cuando va encaminado a operar un cambio de carácter hacia el bien.

II

Las grandes revoluciones del carácter son el resultado de la acción de fermentos. Cualquier cosa que apasione podrá convertirse en fermento poderoso.

El fermento podrá ser una *idea*. Recuerdo haber oído de labios de uno de los apóstoles más destacados de la justicia social en la América Latina, cómo se inició su apostolado. En los primeros años de su carrera universitaria profesaba ideas avanzadas, manifestaba su espíritu independiente, pero estaba falto por completo de pasión humana. Llevaba una vida que no sobresalía en nada del nivel corriente entre sus compañeros. Acostumbrado a costear sus propios gastos, le llegó un momento en que le faltó el empleo y carecía por completo de recursos. Al cabo de un tiempo, consiguió emplearse en el escritorio de un abogado, pero hasta fin de mes no recibiría sueldo. Durante aquel mes sintió por primera vez el hambre. Muy a menudo iba a sus clases de mañana sin haber probado

desayuno. En las tardes se sentaba a la máquina de escribir en la oficina de su patrón y le temblaban las manos sobre las teclas. Ni su amigo más íntimo sabía que sentía hambre, pues su rostro no perdía su sonrisa habitual. Pero una tarde cuando, concluídas sus tareas de oficinista, se paseaba como de costumbre entre la muchedumbre irreflexiva y alegre que pululaba por las veredas de la calle principal, se le ocurrió este pensamiento: "Ahora conozco el hambre, mas espero que para fin de mes mejore mi suerte. Pero hay millares de mis conciudadanos que pasan la vida entera sintiendo lo que yo he de sentir sólo por unos días más. Cuando pase mi crisis yo me consagraré a la causa del proletariado de mi tierra". Cumplió su promesa. Desde aquel día fué otro hombre. Como caballero andante de una causa santa empezó a prepararse para la cruzada que tenía proyectada. Enderezó sus costumbres, sometióse a una rígida disciplina para fortalecer su organismo; puso manos a la obra, alistando a un grupo de compañeros en la tarea de organizar una Universidad Popular para difundir la cultura entre las masas. Los resultados fueron hermosos. La clase obrera íbase educando y moralizando. Los indígenas de esa tierra vislumbraban los albores de un nuevo día. Pero su entusiasmo humano costó el destierro al joven apóstol; mas, aun en el exilio, el fermento que se introdujo en sus entrañas una noche que sentía hambre sigue leudando la masa.

La *Naturaleza* está llena de fermentos. Nunca ol-

vidaré una visita que me cupo el privilegio de hacer a una de las Casas del Niño de la ciudad de Buenos Aires.

El joven Director de la institución, al pasearme por el jardín de la casa, me enseñó con especial cariño las aves de corral que allí tenía. "He allí", me decía, "mis mejores colaboradores". "¿Cómo podrá ser?" le respondo yo. "Vamos a ver", y con eso llamó a un muchacho para que nos abriera la puerta de un cuarto que estaba en el fondo del jardín. El cuarto encerraba varias incubadoras. El muchacho de la llave nos mostró el contenido de todas. En unas había huevos, en otras pollitos recién nacidos. "¿Sabe usted", me dice entonces el Director, hablándome en inglés, "que este mozo me ha costado más trabajo y dolor de cabeza que cualquier niño de la casa? Ha sido antes ratero consumado. La policía nada podía hacer con él y me lo mandaron aquí. Yo al principio estaba desesperado, hasta que logré interesarle en estos pollitos. Ahora él les ha tomado tanto cariño que su carácter se ha transformado por completo, y es hoy un muchacho de toda mi confianza".

Cuando, tres años después, fuí a ver a mi antiguo amigo de la Casa del Niño le encontré de Director de la casa correccional más grande de la América del Sur. El, a poco de instalarse en la dirección de aquélla, le dió el nombre de "Colonia Hogar". Encontré que allí, en el seno de su inmensa familia de quinientos niños, abrigaba la preocupación constante de encontrar nuevos fermentos para sus hijos, fermentos

generales para todos y fermentos especiales para determinados casos. A un mocetón que prostituía su incipiente talento literario escribiendo cosas impúdicas, le dió por algunos meses el fermento de un contacto íntimo con la naturaleza, obligándole a trabajar en la huerta. Cuando el muchacho se resistió, diciendo que no había nacido para trabajar con pala y podadera, su padre espiritual le contestó en estos términos: "Cuando me presentes una composición digna de tu talento, en que me describas con vivos colores la vida y ambiente de este jardín, yo te daré otro trabajo". Pasado algún tiempo, la vida íntima del muchacho sufrió un cambio. La hermosura y pureza del jardín se transparentaban en las palabras del joven hortelano y encontraron por fin expresión viva en el correr de la pluma.

III

Pero, sin duda alguna, el fermento más poderoso y el que produce la modificación más radical y profunda del carácter de un hombre es el de un *afecto puro* por otro ser. Los lectores de Víctor Hugo recordarán cómo el autor de "Les Miserables" describe la profunda influencia que tuvo sobre la vida del antiguo penado Juan Valjean, su afecto puro y apasionado por la pequeña Cossette, la niña que adoptó por hija. Jorge Eliot, la novelista inglesa, ha pintado la revolución completa que se produjo en el carácter del avaro Silas Marner, cuando una criatura, extraviada

del lado de su madre muerta en la nieve, se introdujo en la casucha solitaria de aquél. Marner al volver una noche a su casa después de un paseo distraído por los alrededores, halló dormida frente al fogón a una hermosa niña de dos años apenas. Sintió en seguida un estremecimiento en todo su ser. ¿Quién sería la niña? Al día siguiente esclareció el misterio, siguiendo las huellas de la niña hasta dar con el cadáver de la infortunada madre, mujer completamente desconocida por aquellos parajes.

Como nadie reclamara a la niña, Marner ofreció adoptarla. A partir de aquel día, no fué ya el ser mezquino y odiado de antes. Olvidando las anteriores amarguras de su vida, inclusive el hurto reciente de su fortuna, empezó a vivir de nuevo en la vida de su tierna ahijada. Un nuevo afecto había fermentado su carácter. Silas Marner llegó a ser el hombre más respetado y querido de la región.

A estos casos merece agregarse uno que llegó hace poco a mi conocimiento. Un distinguido facultativo sudamericano, al dar una conferencia sobre el problema sexual en uno de los campamentos estudiantiles de Piriápolis, hizo la siguiente confesión: "En los primeros años de mi vida de universitario llevaba una vida desordenada. Pero, siendo estudiante todavía, me enamoré de una niña que me cautivó el corazón. Desde entonces hasta hoy en que llevo ya muchos años de casado, he vivido una vida absolutamente honesta". El fermento de una afección superior había destruído los gérmenes de una pasión irregular.

Es la personalidad de un ser amado el más eficaz fermento transformador. Lo que no podrá hacerse por la inculcación de los más claros y elevados principios ni por la sanción de las leyes más severas, se hace por el contacto de un ser amigo cuya presencia irradie luz e inspire confianza. Cuando la presentación de los llamados valores absolutos nos deja completamente fríos, o, a lo sumo, nos hace sentir las imperfecciones de nuestro propio carácter, la encarnación de siquiera uno de esos valores en una persona que sepa captar nuestra simpatía, penetrando en la región de nuestro afecto, es capaz de producir una profunda reacción en nuestro modo de ser. Hombres valen más que leyes. Para que la verdad abstracta tenga virtud fermentadora en la vida moral de un hombre ha de ser recetada dentro de la cápsula de una personalidad rebosante de amor humano.

Los orígenes de la Asociación Cristiana de Jóvenes son un bello ejemplo de la fuerza fermentadora de la amistad. Un joven provinciano, Jorge Williams, empleado en una tienda de géneros, impresiona a sus compañeros de trabajo por su capacidad de granjearse amigos. Poco a poco les va comunicando sus sentimientos más hondos sobre Dios y la vida. Los jóvenes se van contagiando de su entusiasmo espiritual. Un pequeño cenáculo se organiza con el objeto de cristianizar la vida de la tienda. La levadura va produciendo su efecto. A poco tiempo el dueño de la casa y la mayoría de los empleados se declaran cristianos. La obra se extiende a otras casas. Alquílase luego un local para

las reuniones. Williams y sus compañeros empiezan ya a pensar en las necesidades de todos los jóvenes de Londres. Quieren ofrecerles un centro donde hallen facilidades para el cultivo de la mente en un ambiente de amistad cristiana que les captará el corazón.

Así que llegamos a la conclusión de que la fermentación moral en su más alta potencia se produce por el afecto inspirado por un amigo superior. Ernesto Renán dijo que fué el Cristo de San Lucas el que conquistó el mundo. Lucas es el escritor que supo pintar al Cristo amigo de los publicanos y pecadores. Y el cristianismo ha alcanzado grandes triunfos morales a lo largo de los siglos en la proporción en que Cristo mismo se ha presentado como el eterno amante de las almas. La intensa conciencia de estar acompañado por una Presencia Soberana que nos ama y nos dirige, y a quien debemos cuanto somos y podremos llegar a ser, es un fermento potentísimo que acabará por convertir a todo cristófilo fiel en remedo del gran Amigo y la humanidad en sociedad amistosa.

Acercábanse a Jesús todos los publicanos y pecadores para oirle. Y murmuraban los fariseos y los escribas, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come.

El les dijo entonces esta parábola: ¿Quién de vosotros, teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va en busca de la perdida, hasta que la halle? Y habiéndola hallado, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: Gozaos conmigo, porque he hallado mi oveja que se había perdido. Os digo, que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no han menester de arrepentimiento.

O ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si perdiere una de ellas, no enciende una lámpara, barre la casa, y busca con diligencia hasta hallarla? Y habiéndola hallado, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: Gozaos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido. Así os digo que hay gozo en presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.

San Lucas XV: 1-10.

CAPITULO VI

Dios es amor

Con las palabras del epígrafe termina "Brand", el célebre drama de Ibsen. Brand, que ha hecho de la virtud la pasión de su vida, queriendo ser una "tabla rasa donde la mano de Dios pueda escribir", llega por fin, en víspera de su trágica muerte, a percatarse de que la virtud fría, la persecución de un concepto estrecho de lo que constituye el deber humano, con la deducción inexorable de todas las consecuencias prácticas de tal idea para la dirección de la conducta cotidiana, carece de un elemento esencial de toda vida verdadera: la caridad. Fué un error haber concebido a Dios simplemente como la cristalización de la ley y no como la encarnación del amor, y la vida ideal como la imposición de un reglamento, en vez de la expresión de un corazón apasionado. Pero al final, un rayo de luz y de calor penetra en el corazón helado de este fanático de la ley, y al deshelarse, llora. Serenándose al punto, y radiante ya, como si hubiera

rejuvenecido, dice: "Al principio el invierno de la ley y después el sol del estío, enviado por el cielo. Hasta hoy he sido tabla de piedra, en que ha escrito el Señor. Desde hoy el poema de mi vida se deslizará rico y ardiente; el hielo cede: lloro; mis rodillas se doblan y puedo rezar".

Pero el fin se acerca. Precipítase de las alturas una avalancha, arrollando al caminante y llenando toda la cañada. En medio del rugido espantoso de la nieve al pasar, suena una voz: "¡Dios es Amor!"

I

Brand pertenecía espiritualmente a la época anterior a Jesús, a una época en que primaba el concepto de la ley, en que los mejores hombres eran los que mejor la encarnaban y sabían denunciar toda divergencia de ella. Imperaba el espíritu de crítica, el afán de producir escándalos y de instaurar juicios, todo por fidelidad a la ley. Jesús, que cumplió de modo natural e instintivo el espíritu del código moral de su pueblo, preconizó una actitud nueva frente a ella. "No juzguéis", decía a los entrometidos en cosas ajenas, y a todo aquel que se sentía verdaderamente triste y arrepentido por sus infracciones a la ley, en lugar de someterlo a juicio para que recibiera el castigo de su delito, le decía: "Tus pecados te son perdonados".

Los escribas y fariseos eran, entre los compatriotas de Jesús, los representantes más castizos de la

antigua época. Aquéllos eran los intérpretes oficiales de los viejos códigos, hombres versados en las opiniones de todos los grandes rabíes, a quienes solían citar como autoridades en sus disertaciones públicas. Estos pertenecían a la secta más rígidamente tradicionista. La palabra "fariseo" significaba el "separado", y los miembros de la secta se enorgullecían de no ser como los demás hombres, sino la flor y nata de la humanidad. Eran partidarios del cumplimiento más estricto de la letra de la vieja ley ceremonial, ciñéndose estrictamente a la interpretación que le daban los rabíes más prestigiosos. Sostenían que los favores de Dios eran sólo para los fieles cumplidores de la ley. Frente a todos aquellos cuya conducta dejaba de desear, según las normas establecidas, adoptaban una actitud del más alto desdén y antipatía. No había que tratarlos. "Esa gente que no conoce la ley es maldita", decían. Sólo ellos eran "justos" y todos los demás "pecadores", cuya inferioridad había que hacerla sentir tratándoles como a parias, como a intocables, condenándoles a perpetuo ostracismo.

La llaneza de Jesús y su espíritu democrático y bondadoso enfurecían a los fariseos y escribas. Su costumbre de alternar con esa chusma y de comer en sus casas era una alta traición a la moral y a la religión. Desde el punto de vista ético tal conducta era sumamente indecorosa y desde el punto de vista religioso significaba una infidelidad a Dios, puesto que Este había dicho a los suyos: "Apartaos, apartaos, salid de ahí; no toquéis cosa inmunda".

El gran defecto de aquellos hombres radicaba en el concepto equivocado que tenían de Dios. Le miraban como a un "Snob" omnipotente, cuya obsesión fuera el mantenimiento de un protocolo legal. Se dedicaban por ende al cultivo de una especie de "snobismo" espiritual. Tantas oraciones, tantas abluciones, tantas limosnas, tantas lecturas, tantas denuncias, agregadas a la más rigurosa inactividad cada séptimo día, he allí el programa que exigía el Fariseo celestial en quien ellos creían. Padecían los fariseos de miopía espiritual, que les imposibilitaba todo sentido de valores, todo aprecio de dimensiones y distancias en la esfera del espíritu. Su conciencia rectilínea no alcanzaba a percibir en Dios sino una sola cualidad, la del sustentador ceremonioso del orden. Inconscientes de que la Fuente de la Ley poseía corazón de Padre, que palpitaba al compás de la miseria humana, no se sentían nunca abrasados de un amor tal que los llevara a cruzar las fronteras de la convención en bien de un prójimo desgraciado.

Dígase de paso que esta especie no está extinta. Dondequiera que se hallen el prurito de la crítica, la complacencia del escándalo, el formalismo desalmado, el orgullo de la sangre o del puesto, el desdén de los inferiores, el endiosamiento de los reglamentos, he allí el espíritu farisaico. Puro fariseísmo es la pretensión de una raza determinada a ejercer hegemonía perpetua sobre las demás. Fariseísmo es también todo sentido de superioridad que hace que los miembros de las capas altas de la sociedad, la "gente decente" se

avergüence de alternar con el pueblo. "Es permitido a las damas y los caballeros", ha dicho irónicamente Bernard Shaw, "tener amigos en la perrera, mas en la cocina, no". Y, ¿qué otra cosa sino fariseísmo es la creencia de que se ha alcanzado el ideal de hombre si se cumple con los deberes para con la iglesia, si se es buen padre o hijo, hombre honrado en sus negocios, ciudadano ejemplar que practica el civismo convencional y no hace mal a nadie? Es fariseísmo, porque el cumplimiento de los deberes convencionales no es meritorio en sí, siendo lo mínimo que debe esperarse de un hombre.

Una cualidad hay que es infinitamente superior a la virtud farisaica. Es aquella que, motivada por la pasión de hacer el bien, suele hacer más de lo que la ley y las conveniencias exigen. El único hombre que merece cabalmente el calificativo de "bueno", es aquel que hace el bien por amor y no por deber ni por recompensa, y que no permite que ninguna convención humana intervenga para impedir que exprese en obras toda la riqueza de amor al prójimo que palpita en su corazón. El tal no podrá caer en la complacencia farisaica, porque cada nueva altura de bondad que escala le descubre la vista de más elevadas cumbres más allá del horizonte común. En semejante actitud frente a la vida pensaba Jesús, al decir, en el Sermón de la Montaña: "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos no entraréis en el Reino de los Cielos". (1)

(1) San Mateo 5:20.

II

La hermosa trilogía compuesta de las parábolas de la Oveja Descarriada, la Dracma Perdida y el Hijo Pródigo tuvo su origen en el resentimiento que Jesús ocasionara a los fariseos y escribas por confraternizar y comer con "los pecadores", vale decir, con la chusma poco escrupulosa de la ley. El Maestro cultivaba la compañía de esa gente no para sancionar todo su modo de ser, sino porque la encontraba más simpática. Los "pecadores" carecían de pretensiones, eran ingenuos y tenían deseos de escuchar el mensaje de uno cuya presencia irradiaba luz y creaba confianza. Sus inquietudes ofrecían al Maestro campo propicio para el Evangelio de amor que traía. Eran almas enfermas que necesitaban del cuidado de un médico espiritual.

Jesús se defiende contra el ataque farisaico contando dos historietas que ponen de manifiesto el valor incalculable que se atribuye a un objeto perdido y la inmensa alegría que se experimenta al recobrarlo. Anuncia que estos sentimientos tan humanos frente a lo extraviado son ejemplo fiel de la preocupación de Dios frente a la delincuencia moral de un ser humano y de su gozo cuando éste se arrepiente. En la parábola del Hijo Pródigo ya no se defiende, antes dirige una ofensiva formidable contra la inhumanidad de sus adversarios, dibujándoles su propio retrato sobre el fondo de la infinita ternura con que un padre recibe a un hijo descaminado que vuelve al hogar.

Jesús pinta una escena de la vida pastoril. Un hombre, dueño de cien ovejas, pierde una que se ha apartado del rebaño. En lugar de contentarse con las noventa y nueve restantes, consolándose con la reflexión de que no es sino una la que falta, el pastor propietario, deja el rebaño en la dehesa y se dispone a ir en busca de la descarriada. No repara en la fatiga que la búsqueda le ocasione, ni en el tiempo que ocupe en ella, ni en el peligro que ella entrañe. Una oveja suya está perdida; eso basta. El la encontrará antes que sea tarde. Tras mucho andar por los caminos escabrosos de la montaña, le parece oír un débil balido, como de oveja doliente. Ya la ve en una zarza, es suya, pero lastimada por una caída. Lleno de gozo, el pastor levanta al pobre animal, y colocándolo sobre sus fornidos hombros, lo lleva triunfante al redil. Reúne en seguida a todos los vecinos del caserío para que compartan el inmenso regocijo que siente. ¡Qué detalle tan propio del temperamento oriental, llano y expansivo!

Asimismo, añade Jesús, Dios y todos los moradores del cielo sienten más gozo con motivo del arrepentimiento de un hombre malo, que con la conducta de noventa y nueve personas justas que nunca se hubieran apartado de la senda de la virtud. ¿Cómo no podría El entonces interesarse por el bienestar de personas que Dios mismo amaba? Es de notar que, aun cuando Jesús acepta para los fines de su defensa la distinción hecha por sus adversarios entre "pecadores" y "justos", no daba a entender por supuesto

que los "justos que no han menester de arrepentimiento" fueran hombres perfectos. Estos se creían "justos", porque no se les podía tachar de contraventores de ninguna convención social ni precepto religioso. Pero, en realidad, estaban más irremediablemente perdidos que los otros, porque lo mezquino y estrecho de su concepto de la perfección moral no dejaba brotar en sus almas una sola ansia de superación.

Por si acaso los "justos" contestaran que una buena oveja valía más que un "pecador", Jesús refiere una parábola análoga, pero en que el objeto perdido es menos valioso. Una mujer pierde una dracma, una moneda anticuada que valía unos veinte centésimos oro. Ha formado parte, probablemente, de un collar compuesto de diez de estas piezas. De suerte que, extraviada una de ellas, el juego perdía su valor. O, quizá, la mujer tenía las diez piezas guardadas para abonar el alquiler de su casa, así que faltando una, no tenía con qué responder al dueño. De todos modos, su pérdida le preocupa profundamente. Primero enciende una lámpara. Como las casas de los pobres en la Palestina constaban de un solo cuarto, sin ventanas, era indispensable encender la luz para la búsqueda. Pero como el piso de barro formaba mucho polvo que acaso escondiera la moneda, la que, por lo demás, pudiera haber ido a parar bajo algún mueble, la casera empuña la escoba para dar más fácilmente con ella. Con escoba y lámpara encuentra, por fin, la dracma. Toda alborozada anuncia el hallazgo a la vecindad.

No se avergüenza de mostrarse loca de alegría.

Volvió Jesús entonces a decir a sus acusadores: "Así os digo que hay gozo en presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente".

Mediante la analogía de la búsqueda y el hallazgo de objetos perdidos, proclama Jesús una idea revolucionaria. El ser perdido tiene valor especialísimo para Dios. Es imposible dejar de ver simbolizadas en las ansias de uno y otro de estos personajes las palpitaciones de un Corazón paternal. Su actividad restauradora no es sino trasunto del esfuerzo restaurador de Dios. Al través del alborozo de ambos podemos sentir el santo regocijo del Amante Soberano de las almas. Si Dios es así, entonces un aspecto constitutivo de la perfección moral del hombre consiste en saber estimar en su valor justo a cada ser humano y en manifestar frente al más ínfimo y perdido de los hombres la misma preocupación salvadora de Dios.

Quiere decir que para Jesús el amor de Dios no se reduce a la benignidad general; es una cualidad que individualiza. Dios no se limita a amar al hombre, en el sentido de la raza; ama a hombres, y a éstos no los ama a causa de sus buenas cualidades, sino a pesar de sus malas cualidades. Tal amor es mucho más que sentimiento; es un principio activo, que se preocupa, que busca, que redime, que salva, que restaura, sea lo que fuere la palabra que se emplee para designar la verdad suprema que, tras de la tenue cortina de las apariencias, hay Uno cuya actividad amorosa

se siente de modo efectivo en la experiencia de los hombres.

III

Esta verdad no la proclamó por primera vez Jesús; ya la habían anunciado los grandes profetas hebreos. Oseas, espíritu excelso del siglo octavo antes de Cristo, le dió expresión clásica e intensa. Compara al pueblo de Israel a una mujer casada que ha sido infiel a su marido. Pero éste, a pesar de la repetida reincidencia de su infidelidad, no la abandona, ni la deja de amar entrañablemente. Este marido, dice el profeta, representa a Jehová, quien sigue amando a Israel, no obstante las mil provocaciones que ha recibido. Pone en boca de Jehová palabras como éstas: "Empero he aquí, yo la induciré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón... y será que en aquel tiempo, dice Jehová, me llamarás Marido mío, y nunca más me llamarás Mi Señor... y te desposaré conmigo para siempre; desposarte he conmigo en justicia, y juicio, y misericordia y miseraciones. Y te desposaré conmigo en fe, y conocerás a Jehová". (1)

Más tarde el profeta Jeremías, el que alcanzó, entre todos los hombres del Antiguo Testamento, la visión más clara del valor del alma individual, anuncia el amor entrañable de Dios bajo la figura del amor paternal. Dice Jehová de su pueblo descarriado: "Irán

(1) Oseas 2: 14, 16, 19, 20.

con lloro, mas con misericordias los haré volver, y harélos andar junto a arroyos de aguas, por camino derecho en el cual no tropezarán; porque soy a Israel por padre, y Efraím es mi primogénito... ¿No es Efraím hijo precioso para mí? ¿No es niño delicioso? Pues desde que hablé de él, héme acordado de él constantemente. Por eso mis entrañas se conmovieron por él; apiadado, tendré de él misericordia, dice Jehová". (1)

El autor del libro llamado de Jonás, que escribió siglos después, da una nota universal y misionera en el concepto del amor de Dios. Jehová encarga a Jonás que vaya a Nínive a pregonar su destrucción inminente. Pero el rey y los habitantes se arrepintieron de la maldad de su vida, proclamando ayuno general, vistiéndose de sacos y sentándose sobre cenizas, en señal de duelo mayor; de suerte que la ciudad no fué destruída. Jonás, sin embargo, se siente ofendido, habiendo quedado en ridículo ante todo el mundo, puesto que su vaticinio no se ha cumplido. Protesta a Dios, que ya había previsto desde un principio que su misión había de terminar así: "Que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo a enojarte y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal". (2) Mientras tanto el vate va a vivir en una choza en los arrabales de la ciudad, donde pasa los días a la sombra de una calabacera frondosa. Pero una mañana Jonás encuen-

(1) Jeremías 31 : 9-20.

(2) Jonás: 4-2.

tra ésta marchita y aquel día sufre una insolación que le hace desmayar. Ya se halla más enojado que nunca; esta vez no porque una ciudad que odiaba no fuera destruída, sino porque se marchitara una planta que amaba. ¡Qué palabras tan impregnadas de amor compasivo pone el autor del libro en boca de Dios como contestación al enojo del profeta: "Entonces dijo Dios a Jonás: ¿Tánto te enojas por la calabacera? y él respondió: Mucho me enojo, hasta la muerte. Y dijo Jehová: ¿Tuviste tú lástima de la calabacera, en la cual no trabajaste, ni tú la hiciste crecer; que en espacio de una noche nació, y en espacio de otra noche pereció: y no tendré yo piedad de Nínive, aquella ciudad donde hay más de ciento y veinte mil personas que no conocen su mano derecha ni su mano izquierda, y muchos animales?" (1)

Estos cuadros donde se nos pinta un amor eterno que nada alcanza a enfriar, que conduce a los amados al desierto, o por las riberas de los arroyos, conforme lo requiera el estado de ellos, que restaura a la esposa infiel a su puesto en el hogar y al hijo rebelde a sus derechos de primogenitura, que manda avisar a los ciudadanos de una metrópoli extranjera que corren peligro por sus desvaríos, porque le preocupa la suerte de niños y animales, son un anticipo de la plena revelación del amor divino que brilla como sol meridiano en las enseñanzas y vida de Jesús.

No sólo en las dos parábolas que nos ocupan en este

(1) Jonás 4 : 9-11.

capítulo y en la del Hijo Pródigo, que trataremos en el próximo, sino al través de todas las palabras del Maestro la nota principal que suena es que Dios es Amor. De modo especialísimo aparece en el Cuarto Evangelio, que es el que conserva sus pensamientos más íntimos, aunque matizados indudablemente por la reflexión del primer siglo de cristianismo, sobre el significado de Jesús mismo como supremo valor revelatorio del corazón de Dios. Verdaderamente subyugadoras son las expresiones que el autor del Cuarto Evangelio emplea para describir las alturas y honduras del amor divino. De este amor la presencia de Jesús en el mundo es el más alto exponente. "De tal manera amó Dios al mundo que dió a su Hijo unigénito para que todo aquel que en El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". La reflexión sobre este pasaje ha conducido quizá a la transformación de más vidas que sobre la de cualquier otro de la literatura humana. Porque habla a los corazones de un amor que se tradujo en supremo sacrificio, aportando la vida eterna a todo humano creyente. (1)

He aquí la médula de todo Evangelio que merece el nombre de tal. Sin embargo, no es éste el único mirador del Cuarto Evangelio de donde podamos columbrar el corazón mismo de Dios. Hay un hermoso pasaje donde Jesús dice: "Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por sus ovejas". Y luego dice estas palabras maravillosas: "Por esto me ama el Padre,

(1) San Juan 3 : 16.

porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar". Como si dijera que su resolución de morir en el cumplimiento de su misión de Buen Pastor le valía de modo muy especial el amor de Dios. Es que el amor que se sacrifica es la cualidad que más fielmente reproduce el carácter divino. No sólo esto, sino que el sentido del amor de Dios es el móvil más poderoso que se conoce para captar el corazón humano y enderezar la vida por la senda del bien. "Nosotros amamos a El, porque El nos amó primero".

IV

¿Es la idea del amor concreto e individualizador de Dios un hecho real, o sólo una fantasía romántica, un recurso sentimental para hacer más llevadera la cruz de la vida? ¿Lo más que se pueda decir del universo es que revela la presencia de un principio de bien o, sólo, que existe una personalidad suprema, origen de la evolución cósmica, que contempla con sereno desprendimiento la realización matemática del proceso? El pensamiento filosófico podrá conducirnos a creer en la existencia de una Razón personal de las cosas, fuente y sustento de los valores absolutos; la poesía, loando un amor que pulsa en todo ser viviente, podrá embelesar los sentimientos, mas, ¿qué creencia en valores absolutos o sensación de amor universal podrá curar una "alma enferma", o salvar a un hombre que se halle en el abismo de la desesperación mo-

ral, librando una lucha terrible con sus pasiones! Pero, si tal hombre alcanza a sentir que Dios le ama apasionadamente en su miseria, ofreciéndole la ayuda de su mano poderosa, despuntará para él una nueva alborada, en tanto que la fe en él nacida de que efectivamente significa algo para Dios, revolucionará su vida entera. Se siente dignificado y fuerte para la lucha. Alguien le quiere y ese alguien es Dios. Canta, corre, salta, llora de pura alegría. No puede dar cuenta de lo que le ha pasado, pero todo lo ve ya bajo nueva luz. Estaba ciego; ahora ve. Entiende por primera vez el sentido de aquellas hermosas palabras que interpretan el papel de Jesús en la historia: "El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar al que se había perdido".

Muchos de estos "perdidos" han atestiguado que, en un momento dado de su vida, se encontraron frente a frente con un amor soberano que les había perseguido por todo el laberinto de sus aberraciones, el cual se volvió al fin tan insistente que no les quedó sino rendirse a su influencia. Lo ocurrido a ellos fué algo análogo a lo de la Maslova, la heroína de "Resurrección", aquella sublime novela de Tolstoy. Maslova, perdido el pudor, había llegado hasta el fondo del abismo de la deshonra, dejando en el trayecto toda confianza en el amor desinteresado del hombre, helándose por completo su corazón, siendo condenada, por fin, aun cuando injustamente, a un presidio en Siberia. Pero el amor penetrado de sacrificio del príncipe Nekludoff, el mismo que en los días de su loca juventud

perdiese a la doncella campesina, la salva. Hondamente conmovido ante el alcance imprevisto del mal que cometiera, renuncia a su fortuna y a su posición social para consagrarse a la restauración moral de Maslova. Comparte su destierro en Siberia; no la abandona en ningún momento, logrando por fin, deshelar el corazón de ella, resucitándole de nuevo los sentimientos de pureza y dignidad. Maslova fué regenerada por la demostración de un amor que la acompañó en su desgracia, movido por el solo interés de redimir su cuerpo y su alma, su cuerpo de la ignominia de la cárcel, su alma de las garras del mal.

El poeta inglés Francis Thompson ha consagrado en una oda inmortal, "El Sabueso del Cielo", su propia experiencia de la persecución a lo largo de la vida de un Amante soberano. El poeta andaba por el mundo en busca de algo que apagara su sed espiritual insaciable, pero huyendo siempre de unos pies y una voz que le perseguían. En el amor, en los ojos de los niños, en el seno de la naturaleza madre, buscaba cómo saciar la boca sedienta, mas todo en vano. Sumido ya en la más honda tristeza, la flor de la esperanza marchita, oye los acentos de la misma voz que tantas veces ha desdeñado. La voz le dice:

..."¿Quién hallarás, oh mísero, que te ame
sino Yo, como Yo?
Cuanto Yo te quité no lo he tomado
en menoscabo tuyo,
sino para que lo buscases en mis brazos.

Lo que tu pueril mente cree perdido
lo guardo en mi morada para tí:
¡sube, toma mi mano y ven a Mí!"

"Se detiene a mi lado la pisada:
¿Es, en suma, mi sombra
la de su abierta mano cariñosa?
¡Ah, niño, el más mimoso, ciego y débil,
Yo soy el que buscabas,
De tí echaste el Amor, cuando me echaste a mí!"

El alma a quien no satisface la máscara de la respetabilidad, que no simula poseer el vestido de los "justos que no han menester de arrepentimiento", que pasa sus días con ansias de ser mejor, que ambiciona tener una vida interior más rica, no está lejos del Reino de Dios. Dios le anda muy cerca. No violentará su castillo interior, pero estará siempre en la sombra, tocando a la puertecilla en busca de entrada para bendecir la casa. Cuanto más solitario y desesperado se sienta un hombre tanto más cerca le está Dios. Este no espera sino la disposición de ánimo que le permita inundar la vida de amor y darle nuevas fuerzas. ¿Porqué hacer a Dios la injusticia de no fiarnos de sus manos? ¿Porqué resistir a la experiencia inefable que un alma alcanza al creer de veras que "Dios es Amor"?

V

Por lo mismo que Dios es amor, la labor más noble que puede caber a un hombre o a una institución es re-

producir ese amor en términos humanos. El amor de Dios por el individuo reviste al ser más perdido de un valor infinito. Los que han sentido el amor divino en sus almas están obligados a ser salvadores de sus semejantes.

No desesperarán nunca ante las apariencias más desalentadoras. No podrán olvidar lo que antes eran ellos. Jesús dió a sus primeros discípulos la misión de ser "pescadores de hombres", de tomarlos vivos, como dice el texto griego. ¡Cuántas almas agonizan en un mar de miseria! ¡Cuántos fariseos en la ribera exclaman: "Esos sufren lo que merecen! Vamos a ver si cambian de vida, si vuelven a la playa. Si no, ¡qué importa, la sociedad no los ha de extrañar; tiene noventa y nueve mejores que ellos!" ¡Qué torpes los fariseos que expulsan de un país como "pecadores" contra la decencia y orden públicos a aquellos que hablan de justicia social! Entre los muchos que dicen bellas palabras acerca de la paz, el amor y la justicia, ¡cuán pocos se preocupan de ir en busca de individuos que anden ansiosos de conocer un corazón amigo que les interprete algo de lo que significan tan bellas abstracciones! ¡Qué poco se preocupan las instituciones cristianas de los "perdidos"! Halagan demasiado a los fariseos, a los defensores de la rectitud, del orden, del statu quo. Estos reinan por doquier. Poseen una virtud, que se llama la "caridad teológica", que manifiestan para con los "perdidos" que acepten sus pareceres estrechos acerca de Dios y la vida. Para los demás "perdidos", los incorregiblemente independien-

tes, ¡nada! Los fariseos dan limosnas a parásitos y a satélites, pero ni a éstos ni a nadie se dan a sí mismos. Mas Dios, cuando se encuentra con un "perdido" que se reconoce como tal, no le hace preguntas, ni le pone condiciones, ni le ofrece dádivas, sino que se le dá a sí mismo. ¡Dulcísimo encuentro transformador!

El mundo espera una nueva manifestación del amor, del amor desinteresado, del amor sin límites y fronteras, tal cual era el amor de Jesús, tal cual es el amor de Dios. Porque el amor que busca y halla perdidos, es el factor supremo del progreso. ¿Por qué decía Jesús que había gozo en el cielo por cada pecador que se arrepentía? Porque el arrepentimiento, es decir, un cambio total de mente respecto a los valores de la vida, coloca a un hombre en situación donde puede cumplir su verdadero papel según el plan divino de un mundo mejor.

Dijo además: Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde; y les repartió los bienes. Pocos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fué al extranjero, viviendo perdidamente.

Cuando todo lo hubo gastado, vino una grande hambre en aquel país, y él comenzó a padecer necesidad. Y fué y se acogió a uno de los ciudadanos de aquel país, quien le envió a sus campos para que apacentase los puercos. Y ansiaba henchir su vientre con las algarrobas que comían los puercos; pero nadie le daba nada. Entonces, volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen sobreabundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré, iré a mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y delante de ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como uno de tus jornaleros.

Y levantóse, y vino a su padre. Y estando todavía lejos, le vió su padre, el cual, movido a compasión, corrió, echóse sobre su cuello, y le besó con ternura. Díjole entonces el hijo: Padre, pequé contra el cielo y delante de ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Mas el padre dijo a sus siervos: Sacad pronto el mejor vestido, y ponédselo; y dadle anillo para su mano, y calzado para sus pies; traed también el becerro cebado, y matadlo, y comamos y démonos al regocijo; porque este hijo mío muerto era, y ha revivido; habíase perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse.

Entretanto, su hijo el mayor estaba en el campo; y cuando de regreso se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a sí a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Y él respondió: Tu hermano ha venido, y tu padre ha hecho matar el becerro cebado, por haberle recobrado sano. El entonces se enojó, y no quería entrar; y saliendo su padre, le rogaba. Mas, respondiendo a su padre, dijo: He aquí, tantos años ha que te sirvo, sin haber desatendido jamás una orden tuya, y a mí nunca me has dado un cabrito para regocijarme con mis amigos; pero cuando ha venido este tu hijo, que ha consumido tus bienes con rameras, has matado para él el becerro cebado. Hijo, le replicó el padre, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo. Mas era necesario regocijarnos y gozarnos, porque este tu hermano muerto era, y ha revivido; habíase perdido, y es hallado.

San Lucas XV: 11-32.

CAPITULO VII

Un abismo en lo alto

Sobre el fondo de dos tipos clásicos, el malhechor enternecido y el virtuoso petrificado, representa Jesús con arte consumado la exaltación del amor que perdona. Pintando con vivos colores la infinita misericordia de un padre de familia frente al retorno al hogar de un hijo truhán, hace la apoteosis de la caridad que desconoce fronteras, a la par que denuncia la bancarrota de la virtud fría.

La parábola que contiene este cuadro maestro de Jesús lleva el nombre tradicional de "El Hijo Pródigo", pero podría llamarse con mucha más razón la parábola de "Los dos hijos perdidos". En ella el Maestro nos traslada del redil y de la cabaña poblada por un ser solitario, al seno de una familia. El interés del propietario se trueca en el interés del padre; la búsqueda por sus dueños de un animal u objeto extraviado es cambiada en la recepción que hace un padre a un hombre libre que vuelve a los lares por su propia voluntad. En ningún otro pasaje nos ha dejado

Jesús mirar tan de cerca el corazón divino ni sentir el gozo tan íntimo que Dios experimenta por el arrepentimiento de un alma pecaminosa.

Consideremos a los tres personajes del drama.

I

Parece que en la Palestina de aquel entonces, ni la ley ni la costumbre daban valor legal a un testamento. Si un padre deseaba evitar conflictos de familia después de su muerte, debía hacer reparto de sus bienes durante su vida. Tratándose de dos hijos, la tercera parte correspondía al menor, y dos tercios al mayor.

El hijo menor, en el presente caso, teme quizá que, de morir su padre sin hacer reparto de bienes, su hermano mayor no le haga partícipe de la herencia. En tal caso, quedaría en la situación del hombre que se acercó una vez a Jesús para que éste le gestionase ante su hermano la entrega de una parte del patrimonio. Pero el motivo principal de la solicitud perentoria que hace el segundo hijo a su padre, es, indudablemente, el deseo de verse libre de las trabas y sanciones del hogar y poder vivir a sus anchas. Es un joven voluntarioso. Tan pronto recibe del padre lo que le toca, abandona el hogar, dirigiéndose al extranjero, a una "tierra lejana". Desea conocer la vida en un ambiente del cual ni un eco llegue a su casa a revelar su nuevo modo de ser. Derrocha su dinero, rodeándose de amigos alegres. Pasa por todas las eta-

pas de la disipación, hasta gastar el último denario. Pero ¿le quedarán siempre sus amigos? Ni uno. Todos se excusan. A pesar de las lisonjas con que hasta ha poco le han colmado y de sus protestas de devoción eterna, al saber ya que el joven extranjero se encuentra en la bancarrota, no acuden a su llamado. La suya no ha sido sino "amistad tabernaria", de cantina y de burdel. El joven se halla abandonado y hambriento.

¡De cuántos jóvenes es este el retrato! Quieren ser libres, quieren ser hombres, quieren conocer la vida. Se hacen la ilusión de que la hombría se liga inseparablemente a la persecución desenfrenada de sensaciones. Consideran que la única preparación útil para la vida es un curso preliminar en la escuela de Tenorio. Identifican la realización del hombre con la realización de sus apetitos. Confunden la libertad con el libertinaje y acaban por ser esclavos.

Los principios que conducen inexorablemente a la esclavitud moral y física están bien expuestos en el libro de Oscar Wilde, "El Retrato de Dorian Gray". Enrique Wotton, un libertino aristocrático, se consagra a tramar la caída moral de un joven ingenuo, Dorian Gray. Día tras día le insinúa pensamientos como éstos: "Todo impulso que tratamos de sofocar, se empolla en la mente y nos envenena... El único modo de deshacernos de una tentación es ceder a ella... ¡Vive! ¡Vive la vida maravillosa que está en tí! Que nada se pierda. Busca siempre nuevas sensaciones. No tengas miedo a nada. Un nuevo Hedonis-

mo—es eso lo que necesita nuestro siglo.'' Las enseñanzas tan asiduamente dadas, surtieron efecto. Dorian se mostró aprovechado alumno. Pero ¿adónde llegó? El mismo Wilde nos lo dice al final del libro. Perdió el control de sí mismo. Se hizo esclavo del terrible apetito de vivir, de recibir impresiones intensas. Las sensaciones de belleza no le producían ya impresión. Las cosas feas y desordenadas eran para él la única realidad, pues eran más vívidas e intensas que las formas graciosas del arte y las sombras soñolientas del cántico; conducíanle más fácilmente al olvido de sí, y fué esto lo que ansiaba. Quiso huir de sí mismo. Anheló estar donde nadie supiera quién era.

¿A dónde va a parar el pródigo? Da la casualidad que el agotamiento de sus recursos coincide con una hambruna que azota aquella tierra. Los empleos escasean, sobre todo para aquellos que, como el joven libertino, están poco acostumbrados al trabajo. Mas, al fin, consigue emplearse el desgraciado. Su nuevo amo le manda apacentar cerdos.

¡Qué trágica ironía! ¡Un joven judío de buena estirpe trabajando de porquerizo en la estancia de patrón extranjero! Fatalidad doble, pues así los puercos como los extranjeros, eran, para los judíos, inmundos. Menos mal si no tuviera hambre, pero anda tras de los cerdos con el estómago vacío. Siente ganas de comerse la comida de aquéllos, mas no se le deja.

¡Hambre! ¡Hambre! ¡Cuántos hijos ha parido esta madre espantosa! En las entrañas de ella el pródigo

empieza a vivir de nuevo. Ya da señas de renacimiento. Por primera vez en su vida reflexiona: "Volviendo en sí dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen superabundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!"

Bien podría decirse que esta reflexión del joven no tenía valor ético, quedando circunscrita al sentido del contraste entre su penuria actual y la situación holgada de los jornaleros de su padre, que no conocían nunca el hambre. De todas suertes, ella condujo a una resolución que descubre elementos éticos. Le asalta la conciencia de haber sido un sinvergüenza. Contra Dios y su padre ha pecado. Siente profundamente sus desmerecimientos, pero decide fiarse de la piedad de éste, confesándole su delito, renunciando a su posición de hijo, atreviéndose tan sólo a solicitar que se le conceda el puesto de jornalero. Hecha esta resolución, el pródigo emprende viaje a su tierra natal. "Levantóse, y vino a su padre".

Jesús quiso dar a su oyentes un ejemplo concreto y vivo de lo que entendía por "arrepentimiento". La palabra griega " metanoia ", significa " cambio de mente". El arrepentimiento es una revisión total de valores que conduce a la renuncia de los valores falsos de la vida anterior y a la persecución de los valores nobles que se vislumbran. Esta revisión de valores, a la luz de un ideal hasta allí desdeñado, produce el remordimiento. Si el que sufre el remordimiento no tuviere el valor suficiente para volver sobre sus pasos, le sobrevendrá el adormecimiento de

toda sensibilidad moral; si no atisbare un rayo de esperanza por la senda del porvenir, caerán en torno suyo las sombras negras de la desesperación. Pero si está dispuesto a aceptar la humillación y demás consecuencias de una confesión sincera de sus pecados, y si tiene fe en la posibilidad de una restauración, el remordimiento le conducirá a un nuevo encuentro con la vida. Todo acto de arrepentimiento genuino se funda en un cambio radical de parecer, traduciéndose luego en cambio igualmente radical de frente, vale decir, en una conversión.

La posibilidad, sin embargo, de que una conversión no sea simplemente el resultado casual de una resolución, sino el fruto natural de nuevos instintos, dependerá siempre de la actitud que adopte hacia él la persona más ultrajada por los extravíos del convertido. Estoy seguro de que si el padre del pródigo no le hubiera dispensado una acogida cariñosa, olvidando lo pasado, el corazón del hijo menor se hubiera vuelto a endurecer; y aun cuando la experiencia adquirida le hubiera detenido en adelante en el hogar, no podría ser nunca sino un espíritu servil y menguado. Viviría una vida decente porque le convendría hacerlo, y no porque ello le fuera lo más natural por ser hijo de su padre. Quiere decir que la verdadera crisis moral de la vida del pródigo se produjo en el momento en que sintió el beso cariñoso de su padre. Es el padre que perdona el verdadero héroe de la parábola, y la finalidad de Jesús no era tanto pintarnos una conversión perfecta, sino un amor perfec-

to. Miremos ahora la figura del hombre que Jesús asemeja a Dios.

Podemos imaginarnos los sentimientos del padre el día en que su hijo menor se alejó de la casa, tal vez sin despedirse. No toma medidas para hacerlo regresar, porque su hijo es hombre libre y él respeta esa libertad. Pero no deja de pensar un momento en su pobre muchacho. Parece que tuviera la costumbre de atisbar todos los días el lejano horizonte, a ver si aparece la silueta del hijo. Lo cierto es que cuando éste, de vuelta ya a la casa, se halla todavía lejos de ella, su padre, lo observa. Pero ¡qué espectro viene jadeante por la senda! "Me parece que es él; mas ¡qué lívido y andrajoso está! ¡Mi pobre hijo!" El buen anciano hace caso omiso de los años que lleva a cuestas, así como de toda ceremonia protocolar. No desea amargar con el más mínimo recuerdo de lo sucedido el retorno del pródigo. Así que, apenas reconoce a éste, echa a correr hastar caer sobre su cuello. El pobre joven, al sentir el cálido beso de su padre, balbucea el discursito que venía preparando en todo el camino, modificándolo empero, en un punto importante, "Díjole entonces el hijo: ¡Padre, pequé contra el cielo y delante de tí; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo!" Había pensado agregar: "trátame como a uno de tus jornaleros". Y ¿por qué no lo dice? Porque la actitud de su padre al recibirle con un beso, y no con una reprensión de sus labios, le convence que sería injuriar el amor de aquél, aun insinuarle tal cosa. El beso del perdón completo des-

arraiga del corazón del pródigo el último vestigio del espíritu servil. Habría querido el puesto de jornalero para asegurarse por lo menos el pan cotidiano; ahora trabajará más que cualquier jornalero, mas con el espíritu de hijo, no por el pan, sino por el amor de su padre.

Los detalles de la escena que sigue no son sino el florecimiento natural de lo que estaba implícito en el beso de reconciliación. Llegado ya a casa, el padre ordena a los siervos que vistan a su hijo con el mejor vestido, que le coloquen un anillo al dedo y que le calcen los pies. El calzado y el anillo eran prendas del hombre libre; el vestido lujoso éralo del huésped distinguido. También manda matar el becerro cebado que cada familia del campo guardaba para festejar al huésped inesperado. El banquete que sigue es amenizado por la música y con baile concluye el festín. Entretanto, el padre, fuera de sí de alegría, no deja de repetir a la servidumbre admirada la causa de tan inusitado alborozo; "porque este mi hijo, muerto era, y ha revivido; habíase perdido y es hallado". Y el pródigo recién llegado, todavía oliendo a porquerizo, cuyo sueño más alto era ser tratado por su padre como jornalero, se halla ya a la derecha de éste, como huésped de honor en tan regio agasajo.

Quiso Jesús que tan hermoso episodio fuese tomado como ejemplo fiel del amor de Dios, que El mismo trataba de interpretar mediante relaciones con los parias sociales de la época. El Padre de todos los

hombres, nos dice el Maestro, es como el padre del pródigo.

¡Cómo altera este pensamiento la actitud del hombre que penetra su significado frente al Universo! ¡Sólo pensar que hay un Corazón que ha latido a lo largo de los siglos y late al través de todo el misterio, de todo el dolor, de toda la desesperación de nuestra vida! Yo soy hombre precaminoso, el recuerdo de mil cosas me mancilla la conciencia. He sido un ingrato, soy indigno del amor, estoy terriblemente inquieto, desesperado. ¡Cuánto significaría para mí, el que Dios fuere como el padre del Pródigo. Y ¿cómo he de saber si lo es? Jesús, cuya vida era espejo perfecto del amor de este padre, me lo ha dicho. Háme dicho también que su aparición en esta tierra no fué puramente accidental, que el Padre Eterno le encomendó la misión de interpretar su más íntimo ser mediante sus palabras, su vida y su muerte. Los labios y los pies, las manos y las heridas de Jesús tenían una sola voz: "Dios es amor" ¡Sí, creeré en tu Hijo, oh Padre Eterno! Creo que Tú me lo diste, que Tú estabas en El, que Tú eres como El, que El me guiará a Tí. ¡Oh dulcísima hora! No pensaba que tánto gozo cupiera en el corazón humano. Vivo por algún tiempo como enajenado. Busco los lugares solitarios. Grito por el bosque, a orillas del arroyo, a las aves y seres silvestres. "¡Dios es Amor! ¡Dios es Amor!" Quien ha vuelto humillado a su Padre ha comprobado que éste es Amor y que la rehabilitación del Pródigo es todo un festín.

Compenetrados de este concepto y partícipes en la experiencia que implica, los primeros cristianos siguieron las huellas de su Maestro, interesándose sobremanera en los "pródigos" de su tiempo. Celso, un fariseo de la época, acusó a los cristianos del siglo segundo de no saber tener compañía decente. La acusación ensalza, sin quererlo, la fidelidad de los cristianos al Evangelio de su Maestro y pone de relieve el eterno antagonismo entre el amor cristiano y la virtud pagana. Dice Celso: "Los que invitan a gente a tomar parte en otras fiestas hacen primero la declaración siguiente: "El que tenga las manos limpias y que sea persona educada, puede asistir; o el que esté sin mancha, que no tenga la conciencia de ningún pecado en su alma y que lleve una vida justa y honrada, puede acercarse... Pero ahora sepamos a qué clase de gente estos cristianos invitan. Cualquiera que sea pecador, dicen, o que sea insensato e ingenuo, en suma, cualquier desgraciado será aceptado por el Reino de Dios! Por pecador se quiere decir persona injusta, un ratero, un ladrón, un envenenador, uno que comete sacrilegios, un ladrón de cadáveres. ¡Vaya! si uno quisiera tener una asamblea de ladrones, es esa precisamente la clase de gente que convidaría".

Comentando estas palabras de Celso, Harnack, el pensador alemán agrega: "Aquí Celso ha manifestado con toda la lucidez que se podía exigir la diferencia fundamental entre el cristianismo y las religiones paganas". Esto es cierto; un hombre cuyo más ín-

timo ser se ha renovado por una experiencia del amor de Dios, jamás podrá ser escéptico respecto de las posibilidades de la naturaleza humana. Sólo el amor que perdona es capaz de transformar una vida: la virtud fría, cuando tropieza con un alma desesperada, sólo la deslumbra o la rechaza.

II

El hermano mayor del pródigo compartía los sentimientos de los fariseos y de Celso, para no decir también de toda una escuela de pensadores de nuestra época que quisiera eliminar de la escena coetánea gran parte del proletariado hundido en la miseria y el vicio. Invocan éstos una ética superior que los desgraciados del "mundo soterráneo" nunca podrán alcanzar.

He aquí que se acerca a la casa del festín el hermano mayor. Ha pasado todo el día en el campo. Vuelve cansado y de mal humor. Es la hora del crepúsculo. Por el aire silencioso de la campiña llega a sus oídos un barullo inusitado. ¡Parece que la tranquila casa solariega se hubiera convertido en salón de baile! Se siente perplejo. ¿Qué será aquello? Llama a un criado para que le ilustre. Este le da la gran noticia: "Tu hermano ha venido, y tu padre ha hecho matar el becerro cebado por haberle recobrado sano y salvo". ¡Qué! El hombre se siente estremecer. Todo le parece mentira. El no participará de

la fiesta; él no desea saber nada de su desvergonzado hermano. Es inaudito lo que ocurre.

Impuesto el padre de que el hijo mayor está afuera negándose a entrar, va a su encuentro, a rogarle que pase adentro. Pero aquél le contesta airadamente: "He aquí tantos años ha que te sirvo, sin haber desatendido jamás una orden tuya, y a mí nunca me has dado un cabrito para hacer fiesta con mis amigos; pero cuando ha venido éste tu hijo (obsérvese no "éste mi hermano"), que ha consumido tus bienes con rameras, has matado para él el becerro cebado". ¡Con cuánta dulzura y firmeza le replica su padre! "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo". Su primogénito podrá tener una fiesta cuando lo desee, pues todo le pertenece. Sólo falta que encuentre algún motivo en su vida rutinaria y su mentalidad obtusa que justifique un festejo. Para la celebración actual ha habido sobrada razón. Algo totalmente inesperado ha sucedido. "Era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque éste tu hermano muerto era, y ha revivido; habíase perdido y es hallado".

Miremos de cerca a este hermano mayor. Es, por lo visto, un hombre respetable, cumplido y trabajador, pero prosaico y desalmado. La quintaesencia de su carácter queda al descubierto por una frase que dice a su padre. "Tantos años *te sirvo*". Su psicología es esencialmente la del esclavo más bien que del hijo. Mira la vida más como el cumplimiento rígido de un reglamento que no como expresión espontánea de

una pasión. Tiene una mentalidad jurídica. No pide favores a nadie, ni a nadie se los da. Nunca se ha apartado del camino recto, tal como lo ha interpretado, y es incapaz de ser generoso para con los que se han extraviado de la senda. Juzga a todos los humanos con normas unilaterales. No sabe apreciar matices. Lleva en la cabeza moldes y casillas para todos. Una vez que ha podido encasillar a un hombre según lo que ha visto de su carácter en un momento dado, no concibe que en otro aquél no quepa ya en la vieja casilla, sino en otra más grande o de forma diversa.

No cree en la posibilidad de una regeneración moral, ni, por ende, contempla la función regeneradora de la gracia. Sostiene que cuando uno viola la ley debe sufrir todo el rigor del castigo correspondiente. El amenguar un castigo o suprimirlo, por cualquier circunstancia, equivale a cometer un acto inmoral opuesto a la majestad de la ley.

Este tipo de hombre lo ha dibujado magistralmente Víctor Hugo en su inmortal novela "Los Miserables". Jean Valjean, un penado escapado de la cárcel de Tolón, comete una fechoría en la casa de un obispo que le ha hospedado con el mayor cariño. Al día siguiente Valjean vuelve a caer en manos de la policía, que, encontrando en su poder valiosos artículos de plata robados a la casa episcopal, le lleva preso para encararle con el clérigo. Éste, movido a compasión por la situación desesperada de su huésped de la noche anterior, quien ha retribuído su hospita-

lidad de modo tan ingrato, perdiendo por lo tanto el derecho a toda consideración, encubre la falta, y despidiendo a los funcionarios de la ley, dice al expenado, solemnemente: "Jean Valjean, mi hermano, usted no pertenece ya al Mal sino al Bien. Es su alma la que estoy comprando. La retiro de los pensamientos siniestros y del espíritu de la perdición y se la doy a Dios". Desde aquel día Jean Valjean es otro hombre. Llega a ser un verdadero santo y un gran filántropo. Pero hay uno que asedia sus pasos, Javert, un inspector de policía que le ha conocido antes. El polizonte, a pesar y a despecho de las pruebas de que Jean Valjean es un santo ya, considera de su deber arrestarle para que cumpla su condena. Le persigue sin piedad, hasta que un día Jean Valjean salva la vida de su perseguidor despiadado. Este acto inesperado le crea un dilema. Ha aceptado un favor del hombre que debe entregar en manos de la ley. ¿Qué hacer? Javert se suicida. ¿Cuál era la psicología de este hombre? Hugo nos lo analiza. Javert sufría de una "conciencia rectilínea". Era el esclavo de la ley. Su ideal había sido siempre ser intachable en el cumplimiento del deber. No reconocía desviación alguna de la línea recta. Pero un penado había sido compasivo, volviendo el bien por el mal. La posibilidad de tal fenómeno no se le había ocurrido nunca. He aquí un algo misterioso por encima de su cabeza que no alcanza a penetrar. "Hasta este momento todo lo que tenía encima había sido, a su modo de ver, una superficie lisa, simple y límpida; no había allí nada

desconocido, nada obscuro; nada que no estuviese definido, coordinado, concentrado, preciso, exacto, circunscrito, limitado, encerrado, todo previsto; la autoridad era un plano. Javert nunca había visto lo desconocido sino abajo. Lo irregular, lo inesperado, la apertura desordenada del caos, la posibilidad de deslizarse a una sima; todo aquello pertenecía a las regiones inferiores, a los rebeldes, a los malvados, a los miserables. Ahora se vió echado de espaldas, sobrecogido de repente por esta aparición monstruosa: "Un abismo en lo alto".

"Un abismo en lo alto". Fué esto lo que desconcertó también al hermano del pródigo; el abismo que se abría ante sus ojos en la actitud inexplicable de su padre que colmaba de regios favores a un joven cuya pasada vida en el abismo de la depravación le hacía acreedor a una sanción ejemplar y no a un homenaje de príncipe. No alcanzaba a comprender que sobre la negra sima de la maldad humana se eleva la profunda sima azul de la misericordia divina. No veía en su hermano un fiel retrato del hombre y en su padre todo el esplendor de la gracia de Dios.

Este hombre estaba, en efecto, mucho más perdido que el otro. El pródigo hizo mal y llegó a darse cuenta de su error; éste estaba en el error todo el tiempo y no se daba cuenta. Aquél reconocía que no tenía derecho a esperar más de su padre que ser recibido en calidad de siervo; éste nunca fué otra cosa que siervo. Sus hechos eran intachables, pero su espíritu era mezquino y servil.

Bernard Shaw ha hecho notar que en la famosa Alegoría de Juan Bunyan, "El Peregrino", los personajes que el autor presenta como caminantes en la vía ancha que conduce a la perdición, no son gentes de mala vida sino personas meramente virtuosas. ¿En qué consiste la mera virtud, la virtud pagana? Pues consiste en vivir de acuerdo con estatutos y convenciones, sin espontaneidad y sin pasión. El virtuoso, en este sentido, es un ser de horizontes estrechísimos, falto de calor humano, intransigente para con el descaminado, incapaz de sentir alegría cuando éste vuelve a la senda recta. No cree en la regeneración humana. Inconsciente de un abismo en su interior, no clama nunca a Dios; poco conocedor de su propio corazón, siente poca simpatía para con los problemas ajenos. Ciego a la existencia de un infinito abismo de misericordia en lo alto, queda de hecho incapacitado para apreciar la efervescencia que bulle en un corazón reconciliado con Dios y con el Bien.

El tal está irremediablemente perdido, pues la perdición consiste en estar satisfecho de sí mismo.

Dijo también a unos que confiaban en sí mismos, como justos, y menospreciaban a los otros, esta parábola: Dos hombres subieron al Templo a orar: el uno fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo de esta manera: Oh, Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todas mis ganancias. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni alzar los ojos al cielo, sino que golpeaba su pecho, diciendo: Oh Dios, sé propicio a mí pecador. Os digo que éste, más bien que el otro, descendió a su casa justificado; porque cualquiera que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.

San Lucas XVIII: 9-14.

CAPITULO VIII

Almas desnudas

Encontrándose Jesús con ciertas gentes que tenían un altísimo concepto de sí mismas y menospreciaban a todas las demás, les cuenta una historieta de la vida religiosa contemporánea en que aparecen dos tipos antagónicos, un fariseo y un publicano. Estas dos almas se desnudan en el inviolable seguro del recogimiento, para descubrir a Dios su más íntimo ser. Jesús las estudia mientras oran, porque nunca como en la oración solitaria, se revela una alma tal cual es. A solas con Dios, no cabe sino la sinceridad absoluta. En lo que a la sinceridad atañe, el pomposo fariseo aparece tan sincero en sus devociones como el agobiado publicano. Lo que distingue a los dos personajes no es la insinceridad del uno y la sinceridad del otro, sino la diferencia radical entre la actitud frente a Dios y la vida que uno y otro expresan con la mayor ingenuidad. La actitud del uno era fecunda, por consistir en un suspiro de purificación, en

tanto que la del otro era estéril, por revelar la satisfacción complacida de sí mismo.

Será conveniente, para poder apreciar mejor la escena que Jesús nos pinta, así como la verdad que ella encierra, que echemos una muy breve ojeada a las clases sociales a que estos dos tipos pertenecen.

I

Algo sabemos ya acerca de los fariseos. Ahora es menester que los conozcamos mejor y dentro del marco histórico. Así como los saduceos eran los radicales, los fariseos eran los conservadores de la sociedad judaica contemporánea. Han venido a ser para nosotros el símbolo de la hipocresía, pero no olvidemos que en tiempos de Jesús eran considerados por el público en general como la flor y nata de la religiosidad. Eran los hombres santos, los "separados" de todo lo vil y pecaminoso. Su ideal religioso comprendía dos elementos principales, a saber: el conocimiento exacto de la ley rabínica y la observancia estricta de sus preceptos. En un sentido más estrecho que el socrático sostenían que "la virtud es el conocimiento", tanto que uno de sus decires era: "Los no educados no pueden ser piadosos". La posibilidad de una piedad instintiva no cabía en su mentalidad. Por otro lado, la perfección moral y religiosa consistía para ellos en la observancia más minuciosa de un código tradicional. Gran parte de su vida religiosa se ocupaba en el cumplimiento rígido y mecánico de una

serie de ordenanzas impuestas por los rabíes, que carecían en absoluto de transcendencia espiritual.

Lo mismo que toda religión que subraya la importancia de los ritos externos, la de los fariseos propendía a crear en sus devotos un altísimo concepto de sus propios virtudes y un profundo desdén por los demás. Por ejemplo, una de sus oraciones matutinas decía: "¡Bendito seas, Señor, nuestro Dios, porque no me has hecho extranjero, ni siervo ni mujer!" Su jactancia no tenía límites. Muy características de ella son las palabras de uno de sus rabíes, quien decía que si no hubiera en el mundo sino dos hombres justos, ellos serían él y su hijo, y si no hubiera sino uno, sería él.

Jesús llamaba a los fariseos "hipócritas", es decir, "actores enmascarados", hombres que jugaban un papel ajeno, que aparentaban ser lo que no eran. Se ha dicho que el Corán no tiene nada comparable con las palabras incandescentes con que El denuncia la hipocresía de los fariseos. ¡Qué palabras más tremendas son éstas!

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque diezmáis la hierbabuena, el eneldo y el comino, y habéis dejado lo más esencial de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad. Estas cosas debiérais observar, sin omitir aquéllas. ¡Guías ciegos!, que coláis el mosquito y tragáis el camello.

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque limpiáis el exterior del vaso y del plato, mas por dentro estáis llenos de rapiña y desenfreno. ¡Fa-

riseo ciego! limpia primero el interior del vaso, para que el exterior también se haga limpio.

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera ostentan hermosura, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros, por fuera, aparentáis ante los hombres ser justos, mas por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad" (1).

La satisfacción principal que los fariseos sacaban de sus prácticas religiosas era atraerse la atención pública. "Todas sus obras las hacen para atraerse la atención de los hombres", decía Jesús, refiriéndose a ellos: "pues ensanchan sus filacterias (2) y alargan los flecos de sus mantos; aman el asiento de honor en las cenas, los primeros sitiales en las sinagogas, el ser saludados en las plazas, y el ser llamados de los hombres Rabí". Pero entre el entusiasmo religioso de los fariseos y su sentido ético había una sima profunda. "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas", les decía el Maestro, "porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis condenación más rigurosa" (3).

En el polo opuesto de la sociedad judaica se ha-

(1) San Mateo 23 : 23-28.

(2) Las filacterias eran franjas que tenían escritos breves extractos de la Ley, y que se llevaban sobre la frente o el brazo.

(3) San Mateo 23 : 5-7, 14.

llaban los publicanos. Estos hombres eran los recaudadores de impuestos. Por dos razones eran objeto de odio universal. En primer lugar, por ser empleados de un gobierno extranjero, el romano, cuyos intereses servían, recaudando a sus compatriotas los impuestos que gravaban al país. Pero no sólo como satélites de la tiranía extranjera, sino también por su carácter personal gozaban de pésima reputación. Se caracterizaban por la descortesía, por el fraude, por la extorsión. Figuraban como la personificación de la violencia legalizada. Fuera de la Palestina, en otra región del Imperio Romano, se popularizó por entonces un refrán que decía: "Cuando el diablo es pobre, se hace recaudador de impuestos".

A consecuencia de su oficio antipatriótico y su carácter ruín, se hacía sentir a los publicanos toda la fuerza de la reprobación pública. No era lícito aceptar limosnas de sus cajas ni cambiar dinero allí; no se aceptaba su testimonio en los tribunales; se les miraba como leprosos morales. Eran parias, en el sentido más absoluto de la palabra.

II

Un fariseo y un publicano, dice Jesús, subieron al Templo a orar. Subieron, porque el Templo se hallaba en una colina. Ya están ambos orando; miremos atentamente los gestos de uno y otro, y escuchemos con igual atención lo que dicen.

El fariseo escoge el lugar más visible, donde, de

pie y pavoneándose con la cabeza enhiesta, "ora consigo". Esta frase, que ha causado mucha dificultad a los comentadores del Evangelio, parece significar sencillamente que oraba con sinceridad, que creía todo lo que decía. La oración que brota de sus entrañas y pronuncia gallardamente con los labios, es un fiel retrato del hombre. Escuchémosla: "Oh, Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy diezmos de todas mis ganancias".

Este monólogo no contiene sino dos palabras que apenas sugieren que se trata de una oración. Son las palabras "Dios" y "gracias". Pero he aquí una expresión de gracias que carece por entero del sentimiento de la gratitud, que, en vez de manifestar agradecimiento a Dios por algún beneficio recibido, se reduce, en efecto, a felicitar al Altísimo por tener en la tierra tan excelente sujeto. Trátase en realidad de un simple discurso congratulatorio, en que el devoto resulta tan satisfecho consigo que no solicita nada a Dios sino la corroboración de la buena opinión que tiene de sí mismo. El fariseo no da a entender que debe algo a Dios ni que necesita algo de El.

Pero hasta como pieza congratulatoria, esta oración es de mal gusto. El hombre se congratula a sí mismo a expensas de sus semejantes menos afortunados. No piensa en los demás hombres a fin de orar a Dios por ellos sino para hacer de la inmoralidad de ellos una pantalla que haga resaltar mejor su propia vir-

tud. Es capaz de pensar en los pecados humanos sin que tal pensamiento le proporcione sino motivo de jactancia. Le falta por completo el sentido de la humildad que caracteriza a todo hombre que ha tenido un vislumbre de la infinita perfección de Dios, y ha visto, a la luz de ella, sus propias flaquezas.

El orgullo del fariseo es consecuencia natural y lógica del concepto que tiene de la vida ideal. El mismo indica sobre qué virtudes funda su pretensión de ser considerado hombre superior. La primera es la virtud del ayuno. Dos días de la semana, los lunes y los jueves, se abstiene de comer. La Ley de Moisés no imponía sino un solo ayuno por año, o sea, en el Gran Día de la Propiciación, pero los fariseos se habían impuesto dos por semana. Con uno conmemoraban el jueves, en que, según la tradición, Moisés subió al Monte de Sinaí, y con otro el lunes, en que bajó.

La segunda virtud de que se jacta el fariseo es la práctica de diezmar para los fines del culto toda su renta. La Ley no establecía sino el deber de dar diezmos de la cosecha y del ganado, pero los fariseos instituyeron la costumbre de pagar diezmos de todas sus entradas. De suerte que hacían más de lo que la Ley les exigía. Pero ¿por qué ayunaban dos veces por semana y no una vez al año? No porque sentían la necesidad del ayuno como preparación psicológica para ponerse en mejores condiciones para la comunión con Dios, sino para poder colocar su propia virtud sobre un pedestal más elevado que la de los demás

hombres. Lo hacían para ser "vistos de los hombres", como decía Jesús; buscaban para su virtud la retribución de la opinión popular. Y ¿por qué diezmaban? No para fines verdaderamente espirituales, como sería subvencionar a las "pobres viudas" cuyas casas se veían obligadas a "devorar" para poder cumplir con su propia ley de diezmos, sino para sostener una jerarquía rica y corrompida y un régimen eclesiástico aparatoso que no servía sino para dar mayor relieve a sus propias figuras.

Pero, fuera de toda cuestión de motivo, el ayuno y el diezmo, cualesquiera que sea el móvil que los inspire, no podrán considerarse nunca como elementos básicos de una vida ideal. ¿Qué son ellos, en efecto? El primero es una especie de mortificación física; el segundo un desprendimiento de bienes. Ni uno ni otro tienen que ver con el espíritu. ¡Cuán cierto es que una alma mezquina podrá ocultarse dentro de un cuerpo mortificado, así como detrás del desprendimiento más generoso de bienes! Claro está que es mucho más fácil inferir dolor al cuerpo y deshacerse de bienes que lanzarse a una empresa generosa, dedicando a ella no algo de lo que uno tiene sino todo lo que es. La bondad verdadera no consiste en ninguna actitud negativa ni externa sino en la afirmación apasionada de un amor supremo, que sabrá emplear el cuerpo y los bienes como sus siervos, sin atribuir mérito especial al empleo de uno o de otro. Mejor es, en todo caso, encender los fuegos del alma que amenguar las fuerzas del cuerpo, mejor darse a

sí mismo a la causa de Dios que no dar un cheque para que otro haga la obra.

Son muy pocos los que, en nuestra época, fundan su virtud en la mortificación del cuerpo. Uno se inclina a creer que una ley de dos ayunos por semana sería una disposición providencial para aquellos que viven para lo físico, que colocan los apetitos de la carne sobre el pedestal que sólo corresponde al alma. En este sentido un retorno a la severa higiene farisaica sería una bendición para aquellos cuyo único ideal es la orgía sin fin. Sean quienes fueren los corifeos de una vida más sencilla, Adventistas, Naturistas, u otros, ese aspecto del Nuevo Farisaísmo no es malo y merece todo aplauso.

Pululan asimismo en la escena contemporánea los hombres que fundan su virtud en el santo y seña farisaico: "Doy diezmos de todas mis ganancias". Digna de todo aplauso es la dádiva más pequeña a favor de una causa noble. Causa admiración la generosidad de algunos hombres. Pero ¡qué lástima que crean que su donativo para una obra buena pueda sustituir a su intervención personal! ¡Qué error tan grave suponer que se pueda cumplir con el ideal cristiano subvencionando a terceros para que hagan la obra! Y ¿qué vamos a decir de la generosidad aparatosa de aquellos cuya fortuna se ha acumulado por el equivalente contemporáneo de "devorar las casas de las viudas"? No hay una causa noble cuyos promotores no se regocijarían mucho más por la intervención personal en ella de los donantes de cuan-

tiosas sumas que por el recibo de su dinero. San Pablo quería prevenir la eterna tendencia farisaica del corazón humano de sustituir la donación metálica por la bondad interior, al decir a los cristianos corintios: "No busco a lo vuestro sino a vosotros". Allí precisamente estaba el gran error del fariseo. Quería dar lo suyo a Dios, sin haberle dado a sí mismo, y sólo cuando un hombre se da a Dios viene a ser algo, y al darse en seguida al servicio del Reino de Dios, toda su personalidad se engrandece.

III

En el rincón más apartado de la casa de Dios se coloca el publicano. Su semblante trasluce el inmenso dolor del alma, oprimido por la conciencia de su maldad. No se atreve a alzar los ojos, pero agachando la cabeza sobre el pecho y golpeando éste con la mano, balbucea unas palabras que brotan de un corazón herido: "¡Oh, Dios; sé propicio a mí, pecador!" En este momento se siente aislado espiritualmente de todo el mundo. Su yo, que arde de remordimiento como ascua incandescente, llena el foco de la conciencia. No piensa en los demás ni para pedirles ayuda ni para equipararse con ellos. El es el hombre malo, como si no hubiera otro igual en el mundo, y para hombre como él no hay sino un solo recurso: confesar sus pecados a Dios y pedirle misericordia.

He aquí el espectáculo de una "alma enferma", una de aquellas de que habla William James en su

célebre libro, "Las Variedades de la Experiencia Religiosa". El publicano que agoniza en lo esquivo del templo es un caso palpitante de una personalidad disociada que no está en paz consigo misma. Vive atormentada por el recuerdo de algún acto o palabra con que ha inferido un agravio a un prójimo, o por la íntima conciencia de ser un hombre muy por debajo del ideal que reconoce de la perfección moral. Lo que le espanta no es ningún fantasma de ultratumba, sino el espectro de sí mismo. Quiere escapar del viejo ser pecaminoso, acosado por una conciencia roedora; quiere empezar a vivir de nuevo, en paz con Dios, con los hombres y consigo mismo.

La literatura española nos ofrece dos ejemplos clásicos de hombres que llegan a reconocer la perversidad de su vida pretérita y a sentir pesar a causa de ella. Son Enrico, en el drama de Tirso de Molina, "El Condenado por Desconfiado", y Don Juan Tenorio, en el famoso drama de Zorrilla. Pero en ambos casos es el espectro de la muerte cercana lo que les mueve a repudiar sus actos y a invocar la misericordia de Dios. Ni uno ni otro parecen tener un hondo sentido ético del pecado. Ningún grito de dolor profundo brotado de las entrañas, escapa a sus labios, y la confesión que al final hacen de sus fechorías da la impresión de un acto frío y protocolar, hecho tan sólo con el fin de complacer a un tercero o para escapar al infierno.

Al principio Enrico se muestra reacio a confesarse, confiado en la piedad de Dios.

"¿Qué memoria habrá que baste
a recorrer las ofensas
que a Dios he hecho? Más vale
no tratar de aquestas cosas;
Dios es piadoso y es grande;
su misericordia alabo;
con ella podré salvarme."

Pero luego, conmovido por el dolor que ocasiona su actitud rebelde y porfiada a un sacerdote anciano que se interesa por él, dice:

"Confieso, padre, que erré;
Pero yo confesaré
mis pecados, y después
besaré a todos los pies,
para mostraros mi fé.
Basta que vos lo mandéis,
Padre mío de mis ojos."

Viene en seguida la confesión:

"Señor piadoso y eterno,
que en vuestro alcázar pisáis,
cándidos montes de estrellas,
mi petición escuchad.
Yo he sido el hombre más malo
que la luz llegó a alcanzar
deste mundo, el que os ha hecho
más que arenas tiene el mar,
ofensas; mas, Señor mío,
mayor es vuestra piedad."

Don Juan Tenorio se estremece ante la perspectiva del infierno:

"¿Con que hay otra vida más
y otro mundo que el de aquí?
¿con que es verdad ¡ay de mí!
lo que no creía jamás?
Fatal verdad que me hiela
la sangre en el corazón;
verdad que mi perdición
solamente me revela."

Increpa a Dios por no darle tiempo de arrepentirse:

"¡Injusto Dios! tu poder
me haces ahora conocer,
cuando tiempo no me da
de arrepentirme."

La estatua de Don Gonzalo, su víctima, le habla diciendo:

"Don Juan,
un punto de contrición,
da a un alma la salvación,
y ese punto aun te lo dan."

Incrédulo Don Juan al principio de que "un punto de contrición" valga para "borrar treinta años malditos de crímenes y delitos", de los que hace él

largo catálogo, se convence de que puede haber perdón para sus desmanes, y exclama:

"...Si es verdad
que un punto de contrición,
da a un alma salvación,
en toda la eternidad,
Yo, Santo Dios, creo en tí;
si es mi maldad inaudita,
Tu piedad es infinita.
¡Señor, ten piedad de mí!"

Pero buscamos en vano en estos cuadros pintorescos algún indicio de agonía profunda de carácter puramente ético. Podría decirse, por supuesto, que se trata aquí de arrepentimiento de última hora, en que el interés dramático ha de concentrarse en asegurar la felicidad de ultratumba a quien crea en la eficacia de un "punto de contrición". Sin poner en tela de juicio los efectos revolucionarios que esto pueda operar en el carácter y destino de un hombre, así para ésta como para la otra vida, me parece interesante la observación de Unamuno, que el alma española teme la muerte y la nada mucho más que el pecado.

Existe, sin embargo, una preocupación nacida de la conciencia del pecado, que no tiene nada que ver con el temor de un desenlace doloroso en el más allá. Trátase de la agonía interior que un individuo puede sufrir por la conciencia de un delito cometido por él, que, como espectro fatídico, no deja de entenebrecer la vida, sin que otro alguno esté impuesto de la ver-

dad de las cosas y sin que el culpable deje de gozar de la buena opinión de sus conocidos. No es el temor de que su desmán se descubra lo que le agobia, sino la cualidad misma de su acto, junto con el hecho de ser él, el solo poseedor del terrible secreto. El austero tribunal de la conciencia le ha sentenciado a muerte moral, a no ser que tenga el valor de confesar su delito y aceptar todas las consecuencias.

Los lectores de Shakespeare recordarán aquella escena terrible en que la señora de Macbeth aparece, después del asesinato del Rey Duncan, sonámbula y angustiada. Sale de su dormitorio a media noche, llevando en la mano una vela encendida. Recorre los pasadizos del castillo, frotándose las manos y soliloquiando: "Aun queda una mancha. ¡Vete, mancha maldita, vete digo! ¿Con que estas manos nunca quedarán limpias? ¡Huelen todavía a sangre! ¡Todos los perfumes de Arabia no podrán perfumar esta mano! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!". El médico llamado a estudiar la dolencia de la señora, al oír estas palabras, dice al cortesano que le acompaña: "La cura de esta enferma está por cima de mis fuerzas. Ella necesita más a Dios que al médico".

Más horrenda todavía es la agonía mental del joven clérigo, Arturo Dimmesdale, héroe de la famosa novela, "La Letra Escarlata", del novelista norteamericano, Nataniel Hawthorne. Dimmesdale ha sido culpable de una intriga amorosa con una de sus feligresas, Hester Prynne, que es casada. Al nacer una hija de esta unión clandestina, la adúltera, de acuerdo con

una de las antiguas leyes puritánicas de la Nueva Inglaterra de dos siglos y medio atrás, tiene que comparecer en público ante las autoridades del pueblo, reunidas en la plaza mayor, y es condenada a llevar sobre el pecho, de allí en adelante, una letra A, de color escarlata. La mujer acepta humildemente el castigo ignominioso, negándose, al mismo tiempo, a dar el nombre de su amante, aunque, por ironía, este mismo es el encargado de rogarla que lo declare. Ella se consagra desde ese día a obras de filantropía, de tal suerte que la letra escarlata sobre su pecho viene a ser con el tiempo el símbolo de la bondad. Entretanto, el alma de Arturo Dimmesdale se va convirtiendo en un infierno. El esposo de Hester Prynne, un viejo tenebroso, llamado Roger Chillingworth, ha sospechado la verdad sobre el parentesco de la hija de ella, y los tanteos que hace cada vez que se entrevista con el clérigo, avivan las ascuas de la agonía en el corazón de éste. Los feligreses piensan que la creciente palidez que ostenta el semblante de su pastor es prueba segura de una progresiva santificación. Va adquiriendo de día en día la reputación de santo. Mas ¡qué horror! va apareciendo también paulatinamente en el corazón del "santo", grabada en su propia carne, una letra idéntica a la escarlata, que ha flameado, desde hace años, sobre el pecho de Hester Prynne.

Encontrándose, por casualidad, en un bosque los antiguos amantes, al cabo de siete años, entablan una conversación que arroja luz sobre la psicología de una conciencia atormentada. "¿Has hallado la paz?", pre-

gunta Hester Prynne a Dimmesdale. "Ninguna, nada sino la desesperación", le responde éste. "Si yo fuera ateo, un hombre falto de conciencia, un truhán de instintos groseros, hubiera podido quizá hallar la paz antes de ahora. Lejos de eso, nunca la hubiera perdido. Ahora, feliz eres tú que llevas publicada sobre tu seno la letra escarlata. La mía arde en secreto. Tú apenas sabes qué alivio encuentro, después de la agonía de un engaño que ha durado siete años, al mirar un ojo que me reconoce tal cual soy. Si hubiese tenido un solo amigo — ¡aunque fuera mi peor enemigo! — a quien, cuando me sentía nauseabundo por las alabanzas de todos los demás hombres, hubiera podido dirigirme a diario para ser por él reconocido como el más vil de los pecadores, me parece que de ese modo mi alma podría haberse mantenido con vida. Aun ese poco de verdad me hubiera podido salvar. Pero ahora todo es mentira, todo vaciedad, todo muerte". Claro está que nada devolverá la paz a un alma cuya vida es la encarnación de una mentira, sino el descubrir su más íntimo ser a los que vive engañando.

IV

Volvamos la mirada hacia el publicano penitente. Por cierto que le habrá costado una lucha presentarse en la Casa de Dios, llevando en su persona tan inconfundibles señales de dolor. Mañana cundirá la noticia de que algo ocurre en el interior del funcionario deshonesto. Podemos estar seguros de que, si no ha

enderezado ya los entuertos de su vida, haciendo como Zaqueo, plena restitución del dinero pícaramente recaudado, lo hará apenas vuelva del templo. Esto se sobreentiende, porque Jesús vinculaba de tal modo la vida ética y la vida religiosa que no atribuía ningún valor al culto que no fuera ofrecido por un hombre que tuviese las manos limpias en todas sus relaciones con el prójimo. Dice al efecto en el "Sermón de la Montaña": "Si al presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda sobre el altar, y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda" (1). Asimismo, cuando la dolencia espiritual de que se padezca no haya sido ocasionada por determinados actos contra el prójimo, sino por un sentimiento general de imperfección, cabrá igual la oración del publicano: "Oh, Dios, sé propicio a mí, pecador". Porque no siempre en las mismas condiciones ni de la misma manera sobreviene la tristeza que la conciencia del pecado engendra.

Pero siempre el remedio es el mismo, acudir humildemente a la infinita misericordia de Dios, tan esplendorosamente manifestada en las palabras, los hechos y la muerte de Jesús, confesarle nuestras imperfecciones, pedirle perdón por ellas y nuevas fuerzas para vivir la vida en un plano superior. "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdo-

---

(1) San Mateo 5 : 23, 24.

narnos los pecados y limpiarnos de toda iniquidad'' (1).

La actitud humilde frente a Dios y a los hombres, simbolizada por la penitencia del publicano, no se consigue, sin embargo, sino tras una lucha severa consigo mismo. No hay nada que requiera tanta fuerza de carácter como la confesión franca de una falta, cuando uno reconoce en el interior de su conciencia que la ha cometido. Hay una frase alemana que, bajo un juego de palabras, entraña una verdad profunda. Dice: ''Das wesen der demuth ist muth''. ''La esencia de la humildad es el coraje''. Es cierto. Toda confesión verdadera es un acto de heroísmo moral del que no todos son capaces. Muchos retroceden ante éste por miedo a las consecuencias. Temen el efecto sobre su reputación, ante sus amigos y el público. El orgullo de otros no les permite confesar, sin ambajes y con tristeza, que han sido delincuentes contra la moral. Pero de esto estemos seguros: que cuando se llega a la conciencia de haber violado la ley moral no cabe sino la humildad absoluta, si es que se desea ser hombre de una sola pieza, en paz consigo mismo y con Dios, y no hipócrita rastrero y estéril que viva enmascarado, en el temor constante de que se descubra que está jugando un papel que no le corresponde de derecho.

La última escena de la novela ''La Letra Escarlata'' a que ya nos hemos referido, pinta la confesión tardía

(1) San Juan : 9.

de Arturo Dimmesdale. No pudiendo soportar por más tiempo el fuego interior del remordimiento, decide, por fin, poner término al cobarde disimulo con que durante tantos años ha engañado al público. Un día feriado, cuando todo el pueblo de Boston se halla reunido en la Plaza Mayor, el clérigo sube de repente a la misma tribuna donde siete años atrás se grabara la letra escarlata sobre el pecho de Hester Prynne. Está terriblemente agitado, y tan débil que apenas puede mantenerse en pie. Hester Prynne, a quien ha llamado a su lado, le sostiene con el brazo, mientras la niñita Perla, atemorizada, se prende a sus vestidos. Un silencio sepulcral pesa sobre la muchedumbre que presencia la trágica escena. El ministro confiesa su ignominia y, arrancándose la cinta blanca de pastor, muestra la horrenda señal de su perfidia. "¿Alguno hay aquí", dice, "que ponga en duda el juicio de Dios sobre un pecador? ¡Mirad! He aquí un terrible testigo de él". Su rostro irradia una luz como de triunfo al tiempo en que se desploma al suelo y al oído de Hester que sostiene en su regazo la cabeza afiebrada, da gracias a Dios por el estigma que llevó sobre su pecho y por los tanteos de Chillingworth que mantuvieron cadente su tortura. "Si hubiera faltado una u otra de estas agonías, me hubiera perdido para siempre. ¡Bendito sea su nombre! ¡Hágase su voluntad! ¡Adiós!"

Arturo Dimmesdale murió en paz, por la misma razón que el publicano de la parábola descendió a su casa justificado. El uno al borde de la tumba y el

otro frente a un nuevo retorno a las faenas cotidianas, sintieron en sus almas el soplo de una vida nueva. Ni uno ni otro eran ya el mismo hombre de antes. El fariseo, en cambio, que, por ser "sepulcro blanqueado", no reconoció la inmundicia y la podredumbre que llenaba su vida, no tenía nada que confesar, ni gracia que pedir. No tuvo, por lo tanto, punto de partida para una reconstrucción moral. En uno y otro caso obró la nueva ley de valores anunciada por Jesús al final de la parábola: "Todo aquel que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado".

Y he aquí, un intérprete de la Ley se levantó y le dijo, para probarle: Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna? Jesús le contestó: ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees? Y él dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, de toda tu alma, de todas tus fuerzas y de todo tu entendimiento; y a tu prójimo como a ti mismo. Bien has respondido, le dijo Jesús; haz esto, y vivirás. Mas él, queriendo justificarse a sí mismo, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? A lo cual contestó Jesús: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales, a más de despojarle de sus ropas, le hirieron, y se fueron, dejándole medio muerto. Casualmente descendía un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó por el otro lado. Así también un levita, viniendo cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó por el otro lado. Pero un samaritano, que iba de camino, llegó cerca de él, y al verle, fué movido a compasión, y llegándose, vendó sus heridas, echó en ellas aceite y vino, y subiéndole en su cabalgadura, le llevó al mesón, y cuidó de él. Al día siguiente, sacó dos denarios, se los dió al mesonero, y le dijo: Cuida de él, y todo lo que de más gastares, yo, a mi regreso te lo pagaré. ¿Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo del que cayó entre ladrones? Y él dijo: El que usó con él de misericordia. Entonces repuso Jesús: Vé, y haz tú lo mismo.

San Lucas X: 25-37.

CAPITULO IX

¿Quién es mi prójimo?

Decía un eminente pensador del siglo pasado que en la evolución de la sociedad el mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a tí mismo", nunca ha variado. Lo que ha variado ha sido la contestación a la pregunta, "¿Quién es mi prójimo?" Antes de considerar la solución ofrecida por Jesús a esta pregunta y sus vastas aplicaciones a la vida humana, vamos a ver en qué circunstancias le fué planteada al Maestro.

Un distinguido profesional, maestro en casuística, quiere someter a Jesús a una prueba para pulsar sus conocimientos de la Ley y, a ser posible, colocarle en oposición a ella. Le hace al efecto la siguiente interrogación: "¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?" ¿Estará en el fondo un tanto preocupado del asunto o desea tan sólo embromar? Sea como fuere, pone en evidencia su estrecha mentalidad jurídica. Su pensamiento se mueve en el círculo de los hechos

y de los premios. Quiere saber qué especie de hechos, qué acto de heroísmo o sacrificio, le sería necesario realizar para asegurarse como premio la vida eterna. ¡Como si un acto en sí tuviera valor moral y la vida eterna fuese simplemente una prolongación de ésta, la excursión a unos campos elíseos allende el borde de la tumba para la cual habría que llenar el requisito previo de realizar acá algún acto insigne!

En su respuesta, Jesús se limita a pedir a su interlocutor que manifieste la posición de la Ley al respecto. El abogado ofrece entonces una síntesis admirable del espíritu de la antigua Ley mosaica: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, de toda tu alma, de todas tus fuerzas y de todo tu entendimiento, y a tu prójimo como a tí mismo". "Haz esto", le responde Jesús, "y vivirás", situando el problema en su verdadero terreno. La vida eterna no es cosa que se agregue a la vida, sino cualidad de ella; lo que la constituye no son los hechos sino el amor de que nacen los hechos. De suerte que Jesús, al contestar en esos términos al abogado, quería decir que, de expresar éste en su vida un amor perfecto para con Dios y sus semejantes, comprobaría no que poseía título de opción a la vida eterna, sino que la vida eterna existía ya en él.

Pero, "¿quién es mi prójimo?" ¿Cómo voy a conocer al hombre a quien sea mi deber amar como a mí mismo? El abogado quiere tener una pauta para el ejercicio de su amor, por si se equivocare amando a quien no debiese. Este problema, que muchos hom-

bres y muchas naciones no han resuelto aún hoy, preocupó mucho a la sociedad del tiempo de Jesús. La ortodoxia judaica había dicho que por "prójimo" debía entenderse al individuo de la misma raza y religión. Se distinguía rígidamente entre "prójimo" y "extranjero". Moisés Maimónides, el gran sabio judío de la Edad Media, expresó la opinión rabínica sobre el punto con estas palabras: "Cuando se dice (en la Ley) su "prójimo", se exceptúa a todos los gentiles (extranjeros). Un israelita que mata a un extranjero no es condenado a muerte por el Sanhedrín, porque la Ley dice, si alguien se levantara contra su prójimo".

De suerte que para todo judío piadoso el término "prójimo" equivalía a "connacional". Los ciudadanos de la nación santa no reconocían la obligación de amar a sus vecinos geográficos, del otro lado de la frontera. Y aun dentro de las del terruño existía la tendencia, cada vez más marcada, a establecer categorías de "proximidad" entre los miembros de la misma raza. Quiere decir que el amor del judío ortodoxo brotaba de la cabeza más que del corazón; era fruto de una regla y no de un instinto. Antes de dar expresión práctica a su amor, se hacía explícita o implícitamente la pregunta: "¿Es o no es mi deber ayudar a este hombre?" Para quitar al concepto de prójimo su denotación chauvinista e infundirle una connotación espiritual, Jesús contó la historia de un samaritano cuyos sentimiento humanos fueron superiores a sus prejuicios de raza. Al mismo tiempo, cambió todo el cariz del problema, planteándolo no

en términos de a quién debemos considerar prójimo nuestro, sino de quién podemos ser nosotros prójimos.

I

Esta parábola que ha dado a la literatura una de sus más bellas figuras, se funda con toda probabilidad sobre hechos históricos. No es improbable tampoco que el Maestro, al relatarla, se hallase en el mismo camino en que se desarrollaron los sucesos que lo han grabado para siempre en la conciencia cristiana del mundo. "Un hombre", dice la parábola, "descendía de Jerusalén a Jericó". Estas dos ciudades distan entre sí unos treinta y tres kilómetros. Partiendo de Jerusalén desde la altiplanicie, el camino que las une serpentea por las montañas, cuesta abajo, hasta llegar al valle del Jordán, donde se halla situado Jericó, a casi mil metros bajo el nivel de la capital. El viajero Tristram, en un libro llamado "Costumbres Orientales", ha hecho una descripción clásica del paraje, escenario de la parábola. Dice: "El sitio indicado por Nuestro Señor como escena de la parábola, es inconfundible. A la mitad de la cuesta de Jerusalén a Jericó, cerca de la honda quebrada de Wady Kelt, cuyas laderas están acribilladas por un laberinto de cuevas, antaño y hogaño guarida de foragidos, se encuentra un montón de ruinas, que indican el emplazamiento de un antiguo Khan (mesón). El Khan de Ahmar, como se llama la ruina, tenía un pozo profundo que contenía escasa cantidad de agua. En todo el camino que desciente 3,000 pies de la vecindad

de Betania hasta desembocar en la llanura del Jordán, no se halla otro edificio ni rastro de habitación humana. Grandes peñascos que se proyectan sobre el camino y frecuentes revueltas de este mismo ofrecen en todas partes albergue seguro a los bandoleros y escapatoria fácil".

Desde los tiempos más remotos gozaba este desfiladero de muy mala fama. Mereció el nombre de "Vía Sangrienta", por el gran número de asaltos y asesinatos que de continuo se realizaban allí. Según el antiguo geógrafo Estrabón, Pompeyo hizo destruír en su tiempo varias plazas fuertes de bandoleros que había por aquellos parajes. En la época de las Cruzadas los Caballeros Templarios se encargaron de proteger a los peregrinos que iban por la "Vía Sangrienta". En el año 1820 pereció asesinado en ella un inglés, y hasta fines del siglo pasado era costumbre que una fuerte escolta de gendarmería turca acompañara a cada grupo de peregrinos que bajaba de Jerusalén al Jordán.

Vamos a reconstruír el trágico episodio que ha dado inmortalidad a ese camino. Un hombre — un judío cualquiera — hace el viaje solo y a pie, entre Jerusalén y Jericó. En el paraje mencionado anteriormente es asaltado por bandoleros que tienen por allí su escondite, quienes, despojándole de cuanto llevaba y hasta de sus vestidos, le dejan malherido y sangrando al borde del camino.

A poco baja por la cuesta un sacerdote. Regresa probablemente a su casa de Jericó, después de cum-

plir su turno de servicios en el Templo. Es un muy santo varón, descendiente del célebre Aarón, primer pontífice del pueblo hebreo, y miembro de la tribu de Leví, cuya herencia había de ser no la posesión de tierras sino la de Dios. Este había dicho a Aarón, progenitor de aquéllos: "De la tierra de ellos no tendrás heredad, ni entre ellos tendrás parte; Yo soy tu parte y tu heredad en medio de los hijos de Israel" (1). Así que la misión del sacerdote era puramente espiritual. Le correspondía ministrar en el Santuario, enseñar la Ley de Dios al pueblo y descubrirle la voluntad de Aquél. Acaso el sacerdote de la parábola viene por el camino leyendo la Ley. Habrá leído muchas veces el pasaje que dice: "No verás al asno de tu hermano o su buey, caídos en el camino, y te esconderás de ellos; con él has de procurar levantarlos" (2). No ignorará tampoco aquel otro pasaje: "Si vieras el asno del que te aborrece caído debajo de su carga, ¿le dejarás entonces desamparado? Sin falta le ayudará a levantarlo" (3). Esta Ley, de que tanto se enorgullece el santo varón ha contemplado el caso en que los mismos animales del prójimo requieran el auxilio de una mano amiga para alzarse de caídas. Es cierto que no se ha ocupado en señalar el deber del transeúnte que encontrara no la bestia del prójimo doliente en el camino sino al prójimo mismo.

---

(1) Num. 18 : 20.
(2) Dent. 22 : 4.
(3) Ex. 23 : 5.

¡Qué vergüenza! El santo custodio de la Ley ha llegado al sitio donde yace un bulto sangriento. Cerciorándose por una esquiva ojeada de soslayo de que no se trata de un animal, pasa no obstante de largo por el lado opuesto del camino. ¡Sombra de Aarón! ¿Quién hubiera supuesto que un hijo tuyo fuera capaz de faltar a un deber humano por ignorar un precepto divino positivo que se lo impusiera? ¿Quién hubiera pensado que la ciega devoción a la letra de la Ley pudiera matar en un hombre todo instinto de piedad y toda lógica del sentido común?

Pero, quizá, su conducta desalmada tenga otra explicación. El hombre que yace allí puede estar muerto, y un sacerdote no debe tocar un cadáver. Teme, ¿quién sabe?, que los salteadores no tarden en volver y prefiere no exponerse a la misma suerte. ¿O acaso le asalta el temor de que, a ser encontrado por allí, pueda inculpársele el delito? No puede alegar que va muy apurado porque le toca el turno en el altar, pues está de vuelta a su casa. Y aun, en tal caso, podría muy bien recordar las hermosas palabras que uno de los profetas pone en boca de Dios: "Misericordia quise, y no sacrificio" (1).

Ocurre que pasa también por aquel lugar, poco después, un levita. Los levitas eran los ayudantes del templo, los diáconos, como se los llamara en los templos católicos. Este hombre, sombra del anterior, demuestra, por lo menos, más curiosidad que aquél, pues

(1) Oseas 6 : 6.

se acerca al sitio mismo donde se halla el herido, y lo mira. Pero no con mirada de compasión contempla el triste espectáculo. Con ojos de indignación, quizá. "¿En qué tiempos vivimos? Esto merece una sanción severa. Es un prueba más del poco respeto que tienen las gentes vulgares por la Ley de Dios. Me alegro que el señor Sacerdote que va adelante haya visto esto. Le dará motivo para una disertación útil. ¡Lástima que no haya nadie por aquí que pueda atender a este pobre hombre! Si no tuviera que estar en Jericó antes del anochecer, yo mismo; pero, ¿qué ruido es ese? Mejor que nadie me vea aquí cerca". ¡Vete, maldito, has cebado tu cabeza de curioso, mas no has abierto tu corazón ni tu bolsillo! ¡Vete! Más abajo te esperan los ladrones y más allá Dios.

II

El paso jadeante de un borrico rompe de nuevo el lúgubre silencio de la cañada. Aparece de pronto por la curva del camino la figura de un samaritano. Ya llega al lugar del crimen. "Movido a compasión", apéase en seguida de la bestia que le conduce. "Es judío, parece, pero, ¡caramba! ¡en qué estado se encuentra el pobre hombre! ¡Buenas tardes, hermano! Veo que está muy débil; pero yo le voy a atender bien". Con esto saca de una de las alforjas un par de botellas, una de vino y la otra de aceite. Con el vino desinfecta las heridas y con el aceite las suaviza. Luego las venda cuidadosamente, empleando tal vez

para el caso pedazos de su propia ropa interior. Acto continuo, levanta en sus brazos al herido, colócale sobre su jumento y lo lleva al mesón que no está muy lejos. Toda esa noche la pasa al lado del enfermo asistiéndole, y el día siguiente, obligado a proseguir viaje, abona el costo del hospedaje al mesonero. Encarga a éste que cuide con la mayor solicitud a su infortunado protegido, ofreciendo abonarle a su regreso todos los gastos extraordinarios que la asistencia de aquél ocasione.

La nobleza de la conducta de este samaritano resaltará si tenemos presente hasta qué punto incumbía al sacerdote y al levita el deber de prestar socorro a su compatriota herido, y cómo, según las normas sociales que a la sazón regían las relaciones entre judíos y samaritanos, el samaritano no habría herido la opinión pública si no se hubiera preocupado mayormente del desgraciado. Por su calidad de siervos de un Dios que habían pintado los profetas del Antiguo Testamento como infinitamente compasivo, les correspondía a los dos eclesiásticos reproducir en su vida cotidiana la infinita compasión del Maestro que servían. Pero amén de eso, como hombres y judíos, vinculados al ser infeliz por los estrechos lazos de la sangre y de la religión, estaban obligados a asistir a aquél en su desgracia hasta donde alcanzaran sus conocimientos, fuerzas y recursos.

Llama la atención sobremanera la conducta de estos desalmados, si recordamos que, aun entre los romanos, gozaban los judíos de la época de gran reputación de

compasivos para con sus propios compatriotas. El historiador Tácito, a la par que los execra por su carácter tan antisocial para con los extranjeros, admite, sin embargo, que entre ellos mismos demostraban siempre piedad. Mas ahora, los representantes típicos de la santidad judía habían faltado al deber más elemental de preocuparse por el bienestar de un hombre que llenaba todas las condiciones para que se le tratara como prójimo y como infeliz.

El samaritano, por otra parte, era extranjero de raza y hereje de religión. El pueblo a que pertenecía habitaba la región central de Palestina en donde se establecieron sus antecesores, después que Sargón había llevado al cautiverio a la primitiva población israelita. Poco a poco, al contacto con los judíos, la religión ancestral de los samaritanos fué desapareciendo hasta que, al cabo, no se diferenció fundamentalmente de la de Judea, en lo tocante a ideas teológicas. Sin embargo, no aceptaban la autoridad de todas las Escrituras hebreas, sino apenas del Pentateuco, es decir, de los cinco primeros libros del Antiguo Testamento; y en vez de reconocer el templo de Jerusalén como verdadero centro del culto, ofrecían sus sacrificios en la cumbre de un monte llamado Gerizim.

Pero si geográficamente los samaritanos eran vecinos de los judíos, y religiosamente prosélitos del judaísmo, sólo con tendencias radicales, existía entre unos y otros un odio a muerte. La mujer con quien Jesús entabló conversación en los arrabales de la aldea de Sichar se sorprendió de que le hubiera pedido agua.

¿Cómo, tú, le dice, "siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana"? Y una vez, cuando los habitantes de cierto pueblo samaritano se negaron a dar hospedaje al Maestro y a sus discípulos por el simple hecho de que venían de Jerusalén, Juan y Santiago desearon que el fuego descendiera del cielo para destruír ese pueblo. Por otro lado, pensaban los judíos que el compatriota suyo que hospedara en su casa a un samaritano tentaba a Dios, con tal ofensa, a enviar algún castigo sobre su familia. En suma, judíos y samaritanos no se podían ver.

Apesar de la acerba enemistad reinante entre ambos pueblos, el samaritano de la parábola dió ejemplo hermosísimo de cómo un corazón compasivo puede hacer al hombre superior a todos los prejuicios de raza, religión o casta social. Las convenciones sociales del tiempo no podían exigir a este samaritano que se preocupara de un judío que hallase en trance angustioso, pero su gran corazón de hombre le hizo salvar todas las barreras así de odio racial como de conveniencia personal.

Al escuchar la parábola, el abogado se ve obligado a declarar que el samaritano magnánime fué el verdadero prójimo del hombre desgraciado. "Vé y haz tú lo mismo", le responde enseguida Jesús. Quiere decir que para la conciencia cristiana el problema no será nunca "¿Quién merece mi ayuda?", sino "¿Quién la necesita?". El cristiano no se hará la pregunta de si fulano, que está en situación dolorosa, tiene título a ser prójimo suyo, antes dará pruebas de que reco-

noce el deber que le incumbe cumplir para merecer él mismo, el sagrado nombre de prójimo.

III

Fuerza es admitir que los dos eclesiásticos judíos que aparecen en esta historieta han dejado numerosa prole, que descubre en el día de hoy la misma parálisis del corazón que aquejaba a sus progenitores. Hoy como antaño, un interés religioso puramente formalista sigue insensibilizando el corazón humano, en cuanto a sus obligaciones para con el prójimo. Cuando se apodera de un hombre la convicción de que el ideal religioso consiste sólo en la profesión de ciertas creencias y la observancia estricta de ciertas reglas de orden ético o ritual, irá arraigando paulatinamente en su espíritu la idea de que el mandamiento que exige amor al prójimo puede cumplirse de modo tan mecánico como los ritos.

La filantropía, por ejemplo, tiende a reducirse a un simple rito, que ocupa momentos dados de la vida, o a una especie de pasatiempo con que se distrae el ocio. Es bueno donar grandes cantidades de dinero a causas filantrópicas, pero de modo impersonal, cuidando que el donativo no comprometa al donante. Fuera de las horas y los modos reglamentados de ayudar al prójimo, muchos no reconocen obligaciones humanas. Si el sacerdote y el levita, en pleno ejercicio de sus funciones, hubieran encontrado a un hombre herido dentro del sagrado recinto del templo, ¡cuánto se hubieran pre-

ocupado de él! Pero como lo hallaron en un camino solitario, donde ningún ojo podría ser testigo de su caridad o de su falta de ella, y cuando ya no ejercían funciones religiosas, no sintieron ninguna obligación respecto a su infeliz compatriota. ¡Cuán a menudo se reduce la caridad a un rito, a un simple derivado de un credo, en vez de ser la expresión constante de una vida!

No hay condición más triste que la del hombre cuya consagración a Dios, o lo que considera ser el servicio divino, adormece su sensibilidad moral frente a las agonías del prójimo. Pero, es triste confesarlo, abundan los hombres que se enorgullecen de la ortodoxia de su credo y la pureza inmaculada de sus prácticas religiosas y que, a la vez, lejos de escuchar con emoción los gemidos de los que sufren los efectos de nuestro sistema social, pasan su vida muy satisfechos dentro del orden vigente.

Cierto aristocratismo intelectual es otra causa de aquella parálisis. No faltan hombres consagrados al culto de las ideas cuyas simpatías humanas son, no obstante, estrechísimas. Se entusiasman por lo noble, por todo lo bello, por las infinitas posibilidades de la naturaleza humana, a la que idealizan; y al mismo tiempo se muestran espíritus burgueses y mezquinos frente a la necesidad apremiante de hombres que no pertenecen a su círculo selecto o por cuya condición e ideas no sientan ninguna simpatía. Sólo estimulan su esfuerzo la "gente decente", las personas interesantes e inteligentes y no la chusma.

Este snobismo de cultura se da a veces en hombres que no se habría creído capaces de abrigarlo. Pocos escritores del siglo pasado han emitido conceptos tan elevados sobre la vida y sus ideales como Emerson; pero este gran pensador escribió en uno de sus ensayos estas palabras que han de chocar a muchos de sus admiradores: "No me habléis, dice, como un buen señor me habló hoy, de mi obligación de colocar a todos los pobres en buenos puestos. ¿Son ellos *mis* pobres? Te digo, necio filántropo, que doy de muy mala gana un peso, un real, un centavo *a los hombres que no me pertenecen ni a quienes pertenezco yo.* Hay una clase de personas a quienes, por afinidad espiritual, me siento comprado y vendido: por ellas iré a la cárcel, si fuera necesario; pero estas obras misceláneas y populares de caridad..." ¡Qué tipo más perfecto del heleno balconizado, que hasta desdeña mirar desde su tallado balcón aristocrático el lívido semblante de la muchedumbre que pulula por el arroyo; porque no son *sus* pobres! Tan cierto es que la cultura puede también insensibilizar el corazón. El interés exclusivo por hallar en la vida cosas interesantes podrá producir en un hombre la parálisis del sentimiento de que padecía aquel otro heleno, Renán, que no quería que el mundo se reformara, porque un mundo reformado resultaría menos interesante.

IV

¿Cómo podremos traducir a la vida actual la no-

bleza del samaritano? Este, al encontrarse frente al dolor humano, no se detuvo y dijo: "Este no es *mi* herido", antes se dispuso en seguida a hacerse prójimo del infeliz, sin reparar en las molestias que su caridad le ocasionara.

Quien pretenda hoy ser digno sucesor del Buen Samaritano ha de poseer el mismo espíritu que éste. Bastará que tropiece en el curso de la vida cotidiana con un ser humano que, según todos los indicios, esté abandonado y en situación dolorosa, para que le preste toda la ayuda que le quepa ofrecer. Hay que reconocer obligaciones especialísimas para con el infeliz o los infelices cuya situación penosa no se pueda desconocer sin cerrar los ojos. El primer campo de acción para la caridad será la propia vecindad de uno. Pero, ¡con cuánta frecuencia nos pasan completamente desapercibidas las necesidades de las personas que viven alrededor nuestro, así como las de aquellas otras con quienes alternamos en la trillada senda de la labor cotidiana. ¡Cuán cierto es que no pocos hombres que gozan fama de "filántropos" cierran los ojos a las escenas que se les presentan a lo largo de la senda común, pasando por "el lado opuesto del camino", en busca de situaciones donde su intervención tenga caracteres más heroicos y sea más aplaudida!

Pero la verdadera caridad no se contentará con aliviar los sufrimientos de aquellos con que se tropiece de modo casual por los andurriales de la vida; se interesará por la situación de todos los desgraciados de la comunidad de que se forma parte. Ningún hombre,

por gran corazón que tenga, podrá interesarse de modo personal en todos los problemas sociales de una comunidad moderna; pero todo hombre de corazón cristiano se interesará por la solución de estos problemas hasta donde alcancen su tiempo y sus recursos. En ningún caso dirá "estos no son mis pobres", "no tengo porqué preocuparme de este problema". Será su deseo intervenir directamente en poner remedio a las angustias del hombre, cualquiera que sea la forma que tomen. Y ¿cuántos verdaderamente son los matices del dolor humano? Los delincuentes, los enfermos, los menesterosos, los oprimidos, los indígenas, todos gimen y piden la presencia de un amigo que tenga "aceite y vino" para sus heridas y una cabalgadura que los lleve a posada.

Pero hace falta algo más, para que se traduzca el espíritu del Buen Samaritano en la filantropía que requiere una época que tiene a su zaga cerca de veinte siglos de cristianismo. No basta la caridad esporádica, ni aun la caridad sistemática, para el alivio del sufrimiento; corresponde ante todo a los buenos samaritanos de hoy manifestar su pasión humana en forma que contribuya a que desaparezcan las causas evitables del sufrimiento. He aquí una caridad mucho más difícil, más complicada y prosaica que el auxilio directo a favor de los necesitados. Muy necesario será siempre disponer de aceite y vino que cicatricen heridas y de brazos que carguen con infortunados caminantes, pero más necesaria aun es la caridad que estudie el problema que ofrecen las crueles manos

que hieren y la insensibilidad de aquellos capaces de presenciar el dolor humano sin sentir responsabilidad alguna. Quiere decir que el alcance de la filantropía en una civilización que se llama cristiana ha de ser mucho mayor que el de aquella que florecía en un mundo que no conocía el Evangelio.

Muy duras serán las pruebas a que se someterá la caridad cristiana antes que los hombres todos se traten y se ayuden como hermanos y el legendario camino de Jerusalén a Jericó sea vigilado en la paz por aquellos que antes lo empleaban para la guerra. Cuando el corazón se sienta desfallecer y la mano tiemble de ansiedad, recordemos a Jesús que no sólo nos ha legado un cuento que nos enseña sino un ejemplo personal que nos inspira. El mismo fué el Buen Samaritano, por excelencia, durante toda la jornada de su vida. Y ¿quién dirá que el sublime drama del Buen Samaritano no simboliza también la caridad infinita y efectiva de Dios ante la miseria humana? ¿Quién sabe si este cuento no tiene valor cósmico y no es una revelación verdadera de la última Realidad?

Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y lino fino, y hacía fiesta todos los días con esplendidez. Y cierto pobre, llamado Lázaro, lleno de llagas, estaba echado a la puerta del rico, y ansiaba saciarse de lo que caía de su mesa; y aun los perros venían y le lamían las llagas. Sucedió que murió el pobre, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fué sepultado; y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vió de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno; y clamando, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua; porque sufro grandes dolores en esta llama. Y Abraham le contestó: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y asimismo Lázaro recibió males; mas ahora él es consolado aquí, y tú estás sufriendo. Además de todo esto, entre nosotros y vosotros está constituída una grande sima, para que los que quisieran pasar de aquí a vosotros, no puedan, ni de allá cruzar hasta nosotros. Dijo entonces: Ruégote, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre; porque tengo cinco hermanos, para que los testifique solemnemente, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. Y Abraham le respondió: A Moisés y a los Profetas tienen; escúchenlos. Y él dijo: No, padre Abraham; mas si alguno fuere a ellos de los muertos, se arrepentirán. Y él le contestó: Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán, aun cuando alguno se levantare de entre los muertos.

San Lucas XVI: 19-31.

CAPITULO X

El condenado por desalmado

Habiendo pintado en la parábola del Buen Samaritano el retrato de un verdadero "prójimo" sobre el fondo de la conducta inhumana de dos desalmados, Jesús parte de la frase condenatoria de cada uno de éstos: "pasó de largo por el otro lado", para pintar luego el desenlace sombrío de semejante actitud frente a la miseria humana. Como el Buen Samaritano es el símbolo de la humanidad, el Rico de esta parábola aparece como el símbolo eterno de la inhumanidad.

El hombre que se niega a socorrer a su prójimo, identificándose con la miseria ajena, y el hombre que se niega a perdonarlo, borrando las culpas ajenas, son dos tipos que, en el pensamiento de Jesús, se hacen acreedores a una retribución inexorable. Al segundo de ellos nos lo describe en la parábola del "Siervo Despiadado", y el primero es el plutócrata desalmado de la que va a ocupar nuestra atención en este capítulo.

Ninguna parábola de Jesús tiene tanto colorido ni revela una maestría artística tan grande como ésta. Por lo mismo es muy necesario que tengamos presente al estudiarla que la finalidad que perseguía Jesús en ella no era la de ofrecer una lección geográfica o sociológica sobre el más allá, sino tan sólo la de presentar un tipo de carácter irremediablemente condenado a la perdición. Así advertidos, no pretenderemos sacar de esta historieta un mapa de ultratumba; nos limitaremos a ver en muchos de sus detalles nada más que el escenario indispensable para animar el relato, un sublime esfuerzo pictórico destinado a inculcar la idea de que muchos de los valores y las normas de acá sufrirán una ruda inversión en la vida del más allá.

I

La primera escena nos transporta a una ciudad de la antigua Siria. Estamos en una calle angosta, cerca de un caserón. Su dueño es uno de los principales magnates del distrito. La regia toga de púrpura que siempre lleva le denuncia como hombre riquísimo a todos los ojos que le miran pasar. Sus vestidos interiores son de lienzo muy fino. Vive en un vértigo perpetuo de placer. Su cuantiosa fortuna la gasta en banquetes suntuosos a los que convida a diario a sus amigos y satélites, para recibir de sus labios homenajes lisonjeros, que son para él el manjar supremo de la vida. Nada indica que sea hombre vicioso ni que ten-

ga por costumbre maltratar a los pobres. Es más bien un perfecto egoísta y sibarita que no piensa sino en regalarse en la opulencia, manteniéndose completamente al margen de las luchas y sufrimientos de sus semejantes. Su indiferencia absoluta frente a las necesidades ajenas raya cada vez en inhumanidad frente al estado lamentable de un mendigo enfermo que pasa todo el día echado a la puerta del caserón.

Consideremos a este pobre hombre. Se llama "Lázaro". El nombre es simbólico. Significa "Dios mi apoyo". Lázaro carece de todo sostén humano; todos le han abandonado. Débil y hambriento, aguarda que los de la casa del rico le regalen algunas migajas que sobren de los banquetes. Su cuerpo enjuto está cubierto de grandes llagas. Nadie se preocupa de ellas; sólo los perros, aquellos perros basureros y salvajes de las ciudades orientales, las lamen, queriendo mostrar cariño al pordiosero, mas exasperando con sus lenguas el dolor.

El gran señor de toga de púrpura ha de conocer a Lázaro. Sí; todos los días le habrá visto al salir a la calle y al volver con sus amigos al festín. Pero nunca ha departido con él un momento al pasar; nunca le ha preguntado sobre sus antecedentes; ni le ha ofrecido costearle un pequeño asilo donde termine sus días en paz. Lo que le molesta es que esa masa de carne asquerosa se halle a la puerta de su casa, dando asco a sus convidados.

Pero todo acaba, tanto la fiebre del pobre como el festín del rico. Una mañana el rico no encuentra la

sombra de Lázaro cuando dobla la esquina del portón. Siente alegría. ¿Qué habrá del pordiosero? Murió en la noche. Los únicos que lo vieron fallecer fueron los perros enfermeros, que le acompañaron hasta lo último, lamiéndole las llagas. A la madrugada, unos trabajadores hallaron tieso el cadáver y lo enterraron en una zanja de los arrabales.

¡Inmensa sensación! ¡Ha muerto el dueño del palacio! La noticia cunde por todos los barrios de la ciudad. ¿Cuándo murió? ¿Cómo? ¿Dónde? Pues, a media noche, al despedir a sus amigos a la puerta de la calle, le dió una apoplejía y falleció casi en seguida. Al día siguiente numeroso cortejo acompaña los restos del ilustre prócer, perfumados con ungüentos costosos, al lugar de entierro. Allí se les da sepultura en una tumba tan regia como lo fuera la vida del difunto.

II

Cae el telón, y al levantarse de nuevo presenciamos una escena que contrasta notablemente con la anterior. Lázaro, el pordiosero, se halla en el cielo, reposando en el regazo de Abraham, padre venerado de los judíos fieles. En el Hades, morada de los muertos infieles, aparece el ex dueño del palacio, ya espíritu desnudo, sin los harapos de la aristocracia terrenal. Acostumbrado a los delicados vinos, sufre grandes dolores donde no encuentra ni agua de pozo que aplaque su terrible sed.

Alzando el rico los ojos hacia lo alto, ve a lo lejos a Abraham y a Lázaro en su seno y entabla una conversación en que le hace al buen Patriarca dos peticiones. Le pide, primero, alivio para sus sufrimientos. ¿No podrá Lázaro descender de la región de la bienaventuranza a la de la miseria llevando consigo un poco de agua con que refrescar su lengua ardiente? Abraham le contesta haciéndole reflexionar sobre la severa justicia que ha trocado la miseria de Lázaro en felicidad y la felicidad de él en miseria, y agregando que, de cualquier modo, no existía intercambio de relaciones entre un lugar y otro. ¿Debe interpretarse este detalle como parte del escenario? O ¿quiso Jesús simbolizar la idea de que el carácter, y por consiguiente, la condición de un hombre, queda cristalizado en el momento de morir?

La segunda petición del infeliz descubre honda preocupación por la suerte de sus hermanos. Solicita al Patriarca se sirva encargar a Lázaro que se dirija a la casa paterna del rico a fin de poner en conocimiento de los cinco hermanos que allí ha dejado qué desenlace tan triste ha tenido su vida de inhumano sibarita. Está seguro de que aquellos cinco hombres escucharían el testimonio de ultratumba, quedando de tal manera impresionados que evitarían seguir las huellas de su hermano difunto. ¿Cuál es la psicología de esta ansiedad? En parte, indudablemente, un deseo sincero de que los otros miembros de su familia no se precipiten por el mismo despeñadero; pero, sobre todo, la conciencia de que el advenimiento de sus hermanos a

compartir su suerte acrecentaría su propia miseria, pues no podría sino sentirse responsable por la perdición de ellos, dado el pésimo ejemplo que les había brindado en la tierra. La contestación que nuestro Señor pone en boca de Abraham revela un profundo conocimiento de los móviles que pueden conducir a un arrepentimiento verdadero. No hay amenaza de fuego y azufre en ultratumba que opere un cambio radical en la vida de los hombres. Ni puede este cambio operarse por el testimonio más inequívoco del desenlace seguro que tal o cual línea de conducta pueda acarrear. El arrepentimiento que modifica profundamente la vida se produce por la íntima conciencia de que se ha hecho mal y no por la seguridad de que se acabará mal. Pues cuando lo que preocupa es nada más que la futura suerte, se pensará en una póliza de seguros, mientras que cuando es la maldad de la vida propia lo que desazona, se pensará en la reforma inmediata de ésta. Si las voces proféticas del pasado y del presente no afectan el carácter moral de un hombre, menos lo harán las voces fatídicas del porvenir.

III

¿Qué lección ha querido Jesús inculcar con esta parábola? ¿Qué nos enseñan los dos personajes principales que pone en juego? No habrá escapado a nuestra atención que Lázaro, el pordiosero, que al morir llevan los ángeles al seno de Abraham, es un personaje completamente secundario. Nada se nos dice de sus

cualidades morales; éticamente hablando era una "tabla rasa". Era un hombre pobre, enfermo, y sin amigos; es lo único que de él sabemos. ¿Qué era, o qué hizo, para merecer ir al cielo? Fué allí porque los fines de la narración requerían que fuera. Servía tan sólo de pantalla, en cuya miseria podía proyectarse la inhumanidad del rico y en cuya felicidad posterior, frente a la condena de aquél a la miseria perpetua, podía ensalzarse la justicia divina por haber revertido la antigua situación de ambos. Cumplió su papel parabólico, al ofrecer al magnate, a las puertas de cuya casa pasó sus postreros días echado, la oportunidad de prestar un servicio humanitario a quien jamás se lo podría retribuír.

El eje dramático no es entonces la fortitud espiritual de uno de aquellos "pobres de espíritu" de quienes es el Reino de los Cielos, sino la inhumanidad de uno de aquellos ricos de quienes Jesús decía que "es más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el Reino de Dios". ¿Por qué fué ese rico al infierno? No por el simple hecho de tener fortuna. No es pecado ser pudiente, aun cuando pueda ser una desgracia, una condición que exponga a gravísimos peligros. ¡Cuán difícilmente, de veras, como decía Jesús, entran en el reino de Dios los que tienen riquezas! El hombre de fortuna corre el peligro constante de hacer del amontonamiento de dinero un fin en sí, en lugar de emplearlo para fines sociales y altruístas. Tal fué el pecado del rico de la parábola. Sus riquezas no eran su Dios, porque no manifestaba

espíritu de avaro; hacía más bien derroche de sus bienes, pero siempre con el mismo fin, de sacar de la vendimia de la vida el máximo de jugo posible, viviendo en orgía perenne, agasajando tan sólo a aquellos que menos necesidad tenían de su largueza. Y, a pleno son del barullo festivo, yacía a la puerta del alcázar, un hombre pobre y llagado, símbolo de una muchedumbre desamparada. Por no aceptar obligación ninguna para con ese espectro humano, reconociendo que en él moraba una alma hermana, el egoísmo sibarita del rico se convirtió en la más descarada crueldad. Pecó contra la personalidad humana, contra el soplo divino, que su desalmada indiferencia había dejado extinguirse en un hombre a quien hubiera podido salvar. El señor del palacio fué en buena cuenta el asesino de Lázaro el pordiosero. La justicia local no interpretaba así la desaparición repentina del mendigo, ni la opinión pública. En cuanto al rico mismo, lejos de sentir algún remordimiento por la muerte de la asquerosa criatura que desdoraba su casa, sentía más bien alivio. Pero en los anales de la justicia divina se registró un acto de asesinato, y el asesino al morir fué llamado a expiar su conducta.

Para Jesucristo la personalidad humana era sagrada, no la personalidad de este o el otro hombre, sino de todo hombre. Es muy significativo que en seguida de contar esta parábola el Maestro dice a sus discípulos: "Imposible es que no vengan tropiezos; mas, ¡ay de aquel por quien vienen! Mejor le fuera que se le hubiese arrojado al mar con una piedra de molino

al cuello, que no dar ocasión de caer a uno de estos pequeños" (1). Aquí se refiere indudablemente a casos en que un hombre labra de modo activo la ruina de un prójimo humilde. Vale decir, ¡Ay de aquellos que comprometen deliberadamente la salud o la virtud de sus prójimos! ¡Ay de los explotadores de carne humana! ¡Ay de los asesinos del pudor! ¡Ay de aquellos que pongan en el camino del prójimo una red para que caiga!

Pero no es preciso que uno infiera daño mortal a un prójimo para merecer la reprobación divina; basta que no le haya prestado el socorro oportuno que le hacía falta. No hay en las páginas evangélicas palabras más solemnes que aquellas con que se describe el Juicio Final. Este pasaje famoso en que se inspirara el más célebre de los cuadros de Miguel Angel, arroja tánta luz sobre el pensamiento de Jesús respecto al valor supremo de la personalidad humana que merece citarse por entero. Dice el Maestro en la última de sus parábolas: "Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria; y serán congregadas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda. Entonces el Rey dirá a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros des-

(1) San Lucas 17 : 1-2.

de la fundación del mundo; porque tuve hambre, y me dísteis de comer; tuve sed y me dísteis de beber; fuí forastero y me hospedásteis; estuve desnudo y me vestísteis; enfermo y me visitásteis; preso y me vinísteis a ver. Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te hospedamos; o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo, o preso, y te fuímos a ver? Y respondiendo, el Rey les dirá: En verdad os digo, que cuanto hicísteis a uno de los más humildes de estos mis hermanos, a mí me lo hicísteis.

"Entonces dirá también a los que estarán a la izquierda; ¡Idos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre y no me dísteis de comer; tuve sed y no me dísteis de beber; fuí forastero y no me hospedásteis; estuve desnudo, y no me vestísteis, enfermo y preso y no me visitásteis! Entonces ellos también le responderán: ¡Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o preso y no te servimos? Y respondiendo él, les dirá: "En verdad os digo, que en cuanto no lo hicísteis a uno de estos muy humildes tampoco a mí me lo hicísteis. E irán los malos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna" (1).

Despojando el cuadro anterior de todo su ropaje escénico, ¿qué queda? ¿Por qué van los "cabritos" a

(1) San Mateo 25 : 31-46.

la izquierda del Juez? No por sus herejías ni por su vida escandalosa, sino porque no han sabido en la vida aceptar ninguna responsabilidad para con los prójimos humildes, menos favorecidos que ellos por la fortuna. En suma, porque les faltaba un sentido de solidaridad humana. Al verse procesados, hicieron protesta de que no se les había brindado la oportunidad de prestar servicios a Cristo, dando a entender que hubieran hecho cualquier sacrificio para aliviar el infortunio de maestro tan renombrado. Mas éste, en su calidad de Juez, les anuncia que en todo momento se había sentido tan solidario con el dolor de sus hermanos que un favor hecho a ellos lo consideraba como hecho a sí mismo.

Pero ¡qué difícil es ver la cara del Hombre universal en la cara de todo hombre abatido por la fortuna! ¡Qué diferencia haría en nuestra vida sudamericana, por ejemplo, si en esa muchedumbre de "rotos" miserables que hormiguean por el sur de Chile, si en esos millones de indios brutalizados por el alcohol, la coca y la opresión, que soportan tristemente la vida en la sierra andina, vieran sus amos, hermanos legítimos del Hombre, y por lo tanto hermanos suyos! ¡Qué nueva alborada despuntaría en nuestros llanos y montañas si todo ciudadano del Continente pensara en el dolor ajeno antes de disponer de su tiempo desocupado y del dinero que no necesita para sus legítimas necesidades! Honra a aquellos que manifiestan el santo entusiasmo de la humanidad; que, al margen de su labor reglamentaria, se consagran a la causa de

los niños desamparados, de los enfermos, de los delincuentes, de los explotados por la maldad ajena. Mas, ¡ay de aquellos que, como el rico de la parábola, permiten que cerca de su casa o dentro del ámbito en que se mueven existan seres desgraciados que ellos desatiendan! Somos todos guardianes de nuestros hermanos, especialmente de los infortunados.

Pero hay otra verdad, además de la de la solidaridad humana, que esta parábola inculca; la función social del dinero. Nadie tiene el derecho de emplear su dinero en la satisfacción de sus caprichos, mientras suenen en sus oídos las voces de seres que reclaman su ayuda o protección. No sólo eso, sino que todos están en el deber de emplear su dinero de manera que beneficie a la sociedad. Tan es así que, si los pudientes no reconocen la función social del dinero que la misma sociedad les ha brindado, ésta tiene el sagrado derecho de impedir la posibilidad de que algunos hombres vivan en el regazo de la opulencia, mientras la mayoría está condenada, no por culpa suya, a balancearse al borde del abismo. El loco afán adquisitivo que caracteriza la civilización actual trae consigo dos consecuencias gravísimas: una porción de la humanidad posee tánta riqueza que no siente la inclinación de pensar en lo espiritual; otra, vive tan falta de lo necesario para subsistir que no le quedan fuerzas ni tiempo para hacerlo. Los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres. Hace falta un estado de cosas que evite que algunos hombres corran el peligro de perder sus almas por exceso de bienes, mientras otros

las pierden por defecto de ellos. La verdadera senda del progreso consiste en la creación de un espíritu tan cristiano que los bienes materiales no sean verdaderas tumbas de sus dueños, sino herramientas que caven tumbas para las cuitas materiales del prójimo.

He aquí, por último, una norma para juzgar la vida religiosa. ¿Tiende la religión a infundir un sentido creciente de la solidaridad humana y de las responsabilidades para con el prójimo menos afortunado? Si no, o la religión que se profesa es falsa, o uno se engaña a sí mismo, creyéndose religioso cuando no lo es. Recuérdese, en todo caso, que el rico fué condenado por desalmado.

Son muchos los modos en que puede manifestarse ese hermoso sentido de la solidaridad humana, que traducirá las palabras y el ejemplo de Cristo en la vida contemporánea. No sólo en forma del filantrópico reparto de bienes, no sólo en forma de legislación humanitaria, sino también en forma de una sonrisa, una palabra cariñosa, una pequeña dádiva, una carta de simpatía escrita en medio del trajín de la vida. Coloquémonos cada cual a la puerta de nuestra casa a ver si algún Lázaro está echado allí. Si no, siempre los hay en los conventillos, en los hospitales, en las Casas del Niño, en las cárceles.

Pero no olvidemos, hermano, que la sombra de Lázaro habita muchas veces un cuerpo que no recuerda en nada la figura del antiguo pordiosero palestino. Lázaro vive en las entrañas desconsoladas de muchos

conocidos nuestros que simulan alegría. No nos hemos dado cuenta hasta ahora de su presencia. Es que ellos no han podido cobrar la confianza necesaria para mostrarnos la cara tétrica de Lázaro bajo la máscara de la sonrisa habitual, pero cuando estén seguros de nuestra simpatía, se la quitarán. No nos asustemos al saber la verdad desnuda de un conocido nuestro. No lo desechemos por las llagas y la pobreza de su personalidad. Preparemos para Lázaro enfermo una estancia, no en un lazareto, sino en nuestro corazón.

...Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.

Porque es como un hombre que, al irse a otro país, llamó a sus siervos, y les entregó sus bienes. A uno dió cinco talentos, a otro dos, y a otro uno; a cada cual según su capacidad; y emprendió su viaje. En seguida, el que había recibido los cinco talentos, fué y negoció con ellos, y ganó otros cinco. Asimismo, el que había recibido los dos, ganó otros dos. Mas el que había recibido uno, fué y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos. Llegándose el que había recibido los cinco talentos, le presentó otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; mira, he ganado otros cinco. Díjole su señor: Bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, sobre lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Y llegándose el que había recibido los dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; mira, he ganado otros dos. Su señor le dijo: Bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, sobre lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Llegando, por último, el que tenía un solo talento, dijo: Señor, te conocí que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; y teniendo miedo, fuí y escondí tu talento en la tierra; mira, tienes lo tuyo. Siervo malvado y negligente, le respondió su señor, ¿sabías que siego donde no sembré y recojo donde no esparcí? Por eso mismo debías haber entregado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, habría recobrado lo mío con el interés. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene los diez talentos; porque a todo el que tiene, le será dado, y tendrá en abundancia; mas al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle a las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes.

San Mateo XXV: 13-30.

CAPITULO XI

El reparto de las vocaciones

Prueba de la profunda influencia que los Evangelios han ejercido en el pensamiento de Occidente es el hecho de que la parábola cuyo estudio nos ocupará en este capítulo ha legado al castellano, lo mismo que al inglés, un nuevo vocablo. La palabra latina "talentum", así como la griega "talenton" de la cual se deriva, significaba el peso más alto de los sistemas monetarios de la antigüedad; mas, por influencia de esta parábola, "talento" ha venido a significar el conjunto de dotes naturales que un hombre posee.

Un hombre rico, en vísperas de hacer un viaje al extranjero, entregó a cada uno de sus tres siervos cierta cantidad de dinero, en proporción directa a la capacidad conocida de cada uno. Uno de ellos recibió cinco talentos de plata, otro dos y el tercero uno. Cada talento representaba en pesos oro un valor aproximado de 1,200 pesos. El siervo de menos capa-

cidad recibió esta suma, en tanto que al más capaz se le entregó 6,000 pesos. Quiso el patrón que, durante su ausencia, estos tres vasallos suyos invirtieran el dinero recibido en algún negocio, a fin de percibir él a su regreso alguna utilidad. Los que recibieron cinco y dos talentos respectivamente, sin tardanza negociaron con su dinero, y, con tanto éxito, que lograron duplicar sus capitales. El tercero, en cambio, de pura pereza, fué y escondió en la tierra su caudal.

En cuanto hubo regresado de su viaje, el patrón hizo llamar a estos tres siervos, para que le dieran cuenta de su mayordomía. Los dos primeros le informaron de cómo habían hecho ganancias de ciento por ciento, hasta poseer, respectivamente, diez y cuatro talentos. Hondamente satisfecho el amo por tales muestras de consagración al trabajo los elogió a ambos calurosamente en los mismos términos, diciendo a cada uno: "Bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, sobre lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor".

Presentóse luego el que había sepultado el talento que recibió. Lo llevaba cuidadosamente envuelto en un paño para devolvérselo a su dueño. Consciente de su mal proceder, puso mal gesto. En vez de pedir disculpa por su inactividad, increpa acerbamente a su señor por el espíritu mezquino con que solía hacer todas las cosas. "Señor", le dijo, "te conocía que eres hombre duro; que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste". Este cargo

era por demás injusto. Cierto que él había recibido menos que los otros, por la sencilla razón de que sus antecedentes no justificaban que se le entregara más, pues confiarle una cantidad mayor de dinero le habría impuesto una responsabilidad muy superior a su mediocre capacidad. Por otro lado, la suma que efectivamente recibió no era en nada despreciable. Con 1,200 pesos oro poseía un capital con que hacer un buen negocio. Pero este hombre, además de tener poca capacidad, era perezoso, envidioso y criticón. La pereza engendra muchos monstruos de los cuales dos de los más conocidos son la envidia y la censura. No teniendo otra excusa que dar por su inactividad y conociendo a su amo lo suficiente para saber que su incumplimiento no había de quedar sin sanción, el criticón optó por precipitar el desenlace levantando una polvareda de insolencias y calumnias. Dijo que ese carácter mezquino del patrón le infundía miedo y no quiso arriesgar el dinero que le fué encomendado. Carecía del sentido de la vida como aventura constante.

La respuesta del patrón fué razonable y contundente. Si tenía miedo de correr un riesgo, negociando con el dinero por su propia cuenta, debería por lo menos haberlo depositado donde los usureros, quienes se lo habrían devuelto, después de un plazo, con los intereses correspondientes. El siervo inútil fué sentenciado a perder el talento que tenía y a ser echado "a las tinieblas de afuera". La sanción era natural. ¿Qué corresponde a un "hijo de la luz",

quien, a pesar de la consideración y confianza con que se le trata, obra con todas las mañas de "hijo de las tinieblas", sino la noche cuyas sombras ha pretendido introducir donde luce el sol? Al mismo tiempo, el talento quitado al siervo inútil fué entregado al que tenía diez, en cumplimiento de la ley del Reino de que "a todo el que tiene, le será dado, y tendrá en abundancia; mas al que no tiene aun lo que tiene le será quitado".

Esta parábola establece ciertas leyes básicas de la vida, señalando algunos principios, de acuerdo con los cuales Dios administra su Reino. ¿Cuáles son estos principios? Vamos a formularlos uno por uno.

I

A cada hombre se le señala una tarea conforme a su capacidad. Los tres personajes de la parábola recibieron una cantidad de dinero en proporción directa a la capacidad comprobada de cada uno. Ese dinero era para cada cual el símbolo de la confianza que su señor le tenía, y al mismo tiempo le daba una oportunidad para comprobar su eficiencia individual y merecer la confianza en él depositada. Para el cumplimiento de la tarea impuesta había un plazo, desconocido por el interesado, pero suficiente para que comprobara su valor. No había momento que perder, pero tampoco había porqué agitarse. Todo lo que se esperaba era el esfuerzo leal y concienzudo por parte de aquellos cuyas tareas, si bien eran des-

iguales, representaban oportunidades del todo iguales. Los talentos del patrón confirieron a cada uno de ellos una vocación definitiva. Ya no tenía porqué decir, ¿qué voy a hacer en la vida? La senda de la oportunidad se abría ante cada uno. Si no sabían hacer una buena jornada antes de ponerse el sol, sólo ellos tendrían la culpa.

El sentido de la vocación es quizá el sentido superior del hombre. Desgraciadamente no todos los hombres lo tienen. Pero los que lo poseen son los verdaderos fraguadores del progreso, los únicos de que puede decirse que son "hombres", en toda la extensión de esta palabra. Don Miguel de Unamuno ha dicho con mucha razón que el gran problema social no es el reparto de las riquezas, sino el reparto de las vocaciones (1). Sobre el concepto de la vocación, que debía determinarse por la capacidad particular de cada ciudadano, Platón fundó su República ideal. Es día memorable en la vida de un hombre aquel en que llega a convencerse de que hay un servicio que él debe y puede prestar a su país o a su época.

Muy amenudo uno encuentra su vocación mediante una circunstancia casual que suena en su conciencia como voz de mando, imponiéndole el deber imperioso de obrar en forma en que nunca hubiera pensado. Una crisis espiritual, una crisis de familia, una crisis nacional ha determinado para muchos hombres

(1) "Del Sentimiento Trágico de la Vida", pág. 266.

su vocación. Fué la tiranía descarada que iba sofocando toda libertad en Inglaterra, lo que constituyó para Oliverio Cromwell un llamado imperioso para abandonar el sosiego de la vida de campo y arrostrar al tirano en nombre de la Libertad ultrajada. Idéntico llamado sacó de su tranquila celda agustina al fraile alemán Martín Lutero, para constituírle en portavoz de la libertad de conciencia. En su lecho de herido en Pamplona el soldado vasco, Ignacio de Loyola, pasó por una profunda crisis religiosa, a raíz de la cual resolvió pelear de allí en adelante sólo bajo la bandera del "buen Jesús, nuestro Capitán y Señor".

Hombres como éstos, por el convencimiento que tenían de que Dios les había encomendado una misión especial, afrontaron las dificultades que se les presentaban con fuerzas casi sobrehumanas. Porque no hay como el sentido de la vocación para hacer que un hombre arrostre la vida con resolución, calma y humildad.

Cuántos otros hombres y mujeres podría mencionarse que a raíz de una crisis especial se sintieron llamados a emprender una labor nueva para ellos, que llegó a constituír su verdadera vocación. Llegaron a una encrucijada de la vida donde un letrero decía: "Alguien tiene que hacerlo"; y con todo corazón respondieron: "¿Por qué no he de ser yo?"

Pero las figuras de estos grandes héroes de la vocación, de estos verdaderos superhombres, no deben

ocultarnos la presencia de multitud de personas humildes que también poseen en alto grado el sentido de la vocación.

Estas, sin experimentar ninguna crisis vocacional, sin sentir ningún llamado especial a emprender la labor que realizan, trabajan con tesón y consagración absoluta a su tarea. Todo trabajo de valor social es trabajo honorable. Dedicándose lealmente a tal trabajo, pensando más en el servicio que se puede hacer que en la ganancia que se puede obtener, se llega a vivir una vida transfigurada. Esta transfiguración es tanto mayor cuanto más humilde la situación social en que el fiel obrero se encuentra.

El mundo no conoce a sus más grandes héroes. "¿Quién será el zapatero ideal?" dice Unamuno. "Aquí tenéis un zapatero que vive de hacer zapatos, y que los hace con el esmero preciso para conservar su clientela y no perderla. Ese otro zapatero vive en un plano espiritual algo más elevado, pues que tiene el amor propio del oficio, y por pique o pundonor, se esfuerza en pasar por el mejor zapatero de la ciudad o del reino, aunque esto no le dé más clientela ni más ganancia, y sí sólo más renombre y prestigio. Pero hay otro grado aún mayor de perfeccionamiento moral en el oficio de la zapatería, y es tender a hacerse para con sus parroquianos el zapatero único e insustituíble, el que de tal modo les haga el calzado que tengan que echarle de menos cuando se les muera, — "se les muera", y no sólo "se muera"

— y piensen ellos sus parroquianos que no debía haberse muerto, y esto así porque les hizo calzado pensando en ahorrarles toda molestia y que no fuese el cuidado de los pies lo que les impidiera vagar a la contemplación de las más altas verdades; les hizo el calzado por amor a ellos y por amor de Dios en ellos; se los hizo por religiosidad'' (1).

Así que no sólo los grandes fraguadores del progreso espiritual han tenido el sentido de la vocación; éste también ha operado entre la muchedumbre anónima de hombres y mujeres que han hecho labor religiosa de sus respectivas tareas. Su profesión civil debe tener para cada ciudadano valor religioso. Debe identificarse con ella de tal modo que sea su verdadera vocación. He aquí lo religioso en el sentido civil de la palabra: ''Tratar de hacer que sea nuestra vocación el puesto en que nos encontramos, y en último caso, cambiarlo por otro'' (2). Y, como siempre hay algo que todo hombre puede hacer, huelga insistir que cada sociedad tiene el pleno derecho de exigir que todos sus ciudadanos aporten algo al bienestar de ella, en lo físico, lo intelectual o lo espiritual.

Ningún hombre debe contentarse, sin embargo, con el cumplimiento más religioso de su profesión civil. ¿Cómo debo emplear el tiempo desocupado? ¿Cómo puedo utilizar con el mayor provecho para los de-

---

(1) ''Del Sentimiento Trágico de la Vida'', pág. 286.

(2) Id., pág. 265.

más mis talentos y recursos? ¿Qué servicio puedo prestar además de lo que hago mediante el desempeño de la profesión que me da el título de ciudadano? ¿Con qué causa debo identificarme para prestarle mi más decidido apoyo? He aquí preguntas que todo hombre verdadero ha de dirigir a sí mismo. Los tres hombres de la parábola tenían indudablemente otras tareas que cumplir que negociar con los talentos que su señor les encomendara. La entrega de los talentos imponía a cada uno una vocación extraordinaria, una tarea fuera de la rutina cotidiana. Y por su desempeño de esta vocación, fueron al final juzgados.

¡Una vocación extraordinaria! Es marca segura del verdadero discípulo de Cristo tener una. Su entusiasmo le llevará a hacer algo más de lo que la ley de la profesión civil le exige. "¿Qué hacéis más que los demás?", decía el Maestro a sus discípulos. ¡Qué hermoso es encontrarse con hombres que ocupando puestos de gran responsabilidad, encuentran tiempo, sin embargo, en medio de una vida agitada, para dedicarlo a la promoción de obras filantrópicas y espirituales. ¡Honor a aquellos estudiantes sudamericanos que, en sus respectivos países, suelen dedicar las horas nocturnas a la educación de las masas! He conocido a uno de ellos que en una época solía dictar una clase sobre alcoholismo a un gremio de mozos de hotel a la una de la madrugada, hora en que éstos concurrían a su local después de las labores de la noche. Conozco también a un distinguido facultativo sudamericano que invierte el dinero que no

necesita para el sustento de su familia en la publicación de literatura para la clase obrera.

II

Cada hombre tiene un plazo fijo en que cumplir su vocación providencial; y el cumplimiento de ella demandará la aceptación de riesgos. Los que recibieron los talentos se dieron cuenta de que tendrían un plazo en que negociar con ellos y que luego deberían rendir cuentas. Dos de ellos procedieron, sin perder tiempo en críticas y deliberaciones estériles, a aceptar el riesgo de confiar su caudal respectivo a los azares de la vida comercial.

Como cada rosa del jardín tiene su "momento floreal", instante único de perfecta belleza, así también cada vida humana tiene su oportunidad única. En ella puede destilar fragancia o veneno, dejar huellas que orienten a los que vienen atrás, o una sombra negra que los ahuyente del camino.

Muy impresionante es observar, en el Cuarto Evangelio, cómo Jesús habla frecuentemente de su "hora", la hora en que la jornada suya remataría en sacrificio supremo. Nadie como El tenía tan perfectamente desarrollado el sentido de la vocación, ni el sentido del plazo en que debía cumplirse. Hasta los treinta años siguió la profesión civil de carpintero. Pero en el momento en que aceptó ser bautizado por el profeta solitario en las aguas del Jordán se sintió llamado a una vocación nueva. Había de ser el Mesías de su

pueblo; había de realizar todos los vaticinios de los profetas. En el transcurso de los tres años subsiguientes se le iban aclarando poco a poco todas las implicaciones de su misión. En las sinagogas, por las playas de Genezaret, sobre las faldas de las montañas galileas, en los atrios del templo de Jerusalén, se dedicaba a proclamar las buenas nuevas del Reino de Dios. Aunó a su misión docente la de médico de los cuerpos y almas enfermos. Pero llegó a convencerse en el curso de la jornada que le sería necesario abonar con su sangre la semilla de su ejemplo y sus enseñanzas. La conciencia, empero, de que su misión había de rematar inevitablemente en forma violenta no le produjo la desorientación ni el desasosiego. No advertimos en él la menor nerviosidad en lo que a su propia suerte atañía; atendió hasta lo último con serenidad a los más mínimos detalles de su obra pública. La terrible agonía que desgarró su espíritu en el olivar de Getsemaní, la víspera de la Crucifixión, no se debía al temor del precio que el cumplimiento de su misión mesiánica había de exigirle, sino al espanto que le causaba la reflexión de que matándole a El su pueblo faltaría a su Destino. El que cree en Dios, como Jesús creía; el que tiene el mismo sentido de vocación que Jesús tenía, no tiene por qué sentirse nervioso. ¡Que cumpla no más todo su deber con serenidad y calma, aun cuando vea en el cercano horizonte espesarse nubarrones, nuncios de tormenta! Muy ba alguna de que el cuadro del Siervo sufrido, que Dios le concedió. "Es necesario", decía, "que haga-

mos las obras del que me envió, entretanto que el día dure; la noche viene cuando nadie puede trabajar." Y ¡qué hermosas y sugerentes son estas otras palabras suyas: "Si uno anda de día, no tropieza; porque ve la luz de este mundo; mas si anda de noche tropieza, porque no hay luz en él."!

Pero no menos maravillosa que la actividad incansable y la sublime serenidad de Jesús durante el "día" que le tocó, para la inversión de sus talentos, fué la aventura con que remató su vida. El fué quien descubrió la ley de que el verdadero progreso espiritual sólo se logra a precio de sacrificio, ley simbolizada por la disolución de la semilla en la tierra para que nazca de ella una nueva planta: "Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo, mas si muere, lleva mucho fruto." Hasta ese momento, ni en el mundo hebreo ni en el grecorromano cabía la idea de que el sufrimiento y la muerte violenta del corifeo de un movimiento espiritual pudiera ser el único medio para el triunfo de éste. Conforme al concepto popular hebreo, todo sufrimiento era castigo de algún mal cometido. La prosperidad era recompensa de la virtud. El problema planteado por el autor del libro de Job no preocupaba al pueblo judío, ni existe prueba alguna de que el cuadro del Siervo sufrido, que trae el libro de Isaías, lo hubiese interpretado como prefiguración del Mesías. En cuanto al concepto griego de la inversión ideal de una vida, queda expuesto en el décimo libro de la Etica de Aristóteles. Según éste era elemento constitutivo de la vida bienaventu-

rada que se añadiera a la serena contemplación filosófica una gloriosa ancianidad. Horacio, como portavoz del mundo romano, llamó a la muerte "el último linde de las cosas". Sobre este fondo podrá apreciarse la originalidad trascendental de Jesús.

"Atrévete a vivir peligrosamente", decía Nietszche. Jesús se atrevió a cortejar a la muerte, mirando su desposorio con ella como la inversión más fecunda del rico caudal que poseía, empeñando así en una jugada temeraria todo el porvenir del Reino de Dios en la tierra. Despojemos nuestra mente de la idea de que Jesús no fuera sino simple actor de un drama cósmico, que, habiendo aprendido bien de antemano su papel, lo desempeñó en todas sus maneras, con exactitud matemática. Su sumisión a la muerte fué, en cambio, un sublime acto de fe. Hubiera podido evitarlo fácilmente, mas no quiso. Volviendo a emplear el lenguaje del mercado que usó Jesús en la parábola de los Talentos, podemos decir que el Maestro especuló con su vida dejándose crucificar. Hizo de la Cruz la meta de su jornada. Escogió la Muerte por esposa como San Francisco escogiera por suya la Pobreza. Perdiendo su vida, la ganó.

La historia y la experiencia cristianas atestiguan que la Cruz marcó época en los destinos de la humanidad. Ella es el nuevo centro del mundo moral, la lumbre que ilumina el rostro del Padre eterno, el letrero de la encrucijada que señala la nueva senda del progreso. Cristo llevó sobre la cruz el pecado del mundo. Murió para que los hombres creyentes en El

vivieran, para que una nueva humanidad pudiese nacer. El es además el ejemplo supremo del "siervo bueno y fiel", cuyo sentido de su vocación le llevara a sacrificar su vida misma para que renaciera en forma más potente.

La inversión de la vida en la plaza bulliciosa del mundo no supone siempre el supremo sacrificio, pero sí riesgo. Los únicos que trabajarán eficazmente por el establecimiento del Reino de Dios en la tierra serán aquellos que aprendan a "vivir peligrosamente", que pongan en juego todo lo que tienen y todo lo que son para alcanzar la meta a que aspiran. No les arredrará el que les llamen locos o revolucionarios los amigos de una vida holgada y segura, por confiar en que su talento está tan bien guardado en la tierra que nadie podrá arrebatárselo. Con el tiempo, llegarán a entender por qué San Pablo ansiaba conocer más íntimamente la comunión de los sufrimientos de Cristo, y cómo ha sido que los secuaces de Gandhi que acompañaran a su Maestro en la campaña de la no-resistencia, aun cuando ésta no alcanzara su objetivo, salieran de la dura prueba, cada uno con su caudal de carácter duplicado.

III

Volvamos la mirada ahora hacia aquel que deseaba jugar seguro, cuya pereza y mezquino espíritu criticón, propio de menguados, no le permitiera negociar con su capital. El rasgo principal de su carácter era

indudablemente la indolencia, que no tardó en engendrar la malevolencia, la que se ocupó en buscar razones sofísticas que justificaran su inercia y encubrieran su ineptitud. Los perezosos siempre descubren una capacidad especial para la crítica amarga. O acaso la cínica haraganería de este hombre tuviera su raíz en el concepto erróneo que tenía de su patrón. Ciertamente que nada influye tanto en las acciones de los hombres como la idea que se formen del carácter de la persona ante quien sean responsables. Posesionarse, por ejemplo, del concepto que Jesús presentaba del Dios Padre, con todas sus implicaciones, es sentir una revolución interior, que se traducirá luego en todos los detalles de la vida. Pero, desgraciadamente, el hombre se crea amenudo un amo que no es sino la proyección de su propia mezquindad.

Cualquiera que fuese, el amo de ese siervo no aceptó ni sus excusas ni sus críticas. Piensa que por lo menos éste hubiera podido depositar el talento en manos de los banqueros. Con ellos estaría seguro y no dejaría de devengar intereses. Tal proceder hubiera demostrado además buena voluntad. ¡Que se vaya a las tinieblas de afuera quien sepultara en las tinieblas su talento! Y el talento que se le ha quitado que vaya a acrecer el caudal de quien se ha mostrado capaz de convertir cinco en diez. ¡Ley inexorable! La capacidad que no se ejercita se atrofia. El ojo que se acostumbra a las tinieblas se vuelve ciego cuando brilla en su redor la luz. La higuera que ha dejado durante años de dar frutos es derribada al cabo.

¡Triste papel el del hombre que teniendo la oportunidad de hacer algo noble no sabe aprovecharla por miedo o pereza, o por mal humor! Papel más triste aún el del hombre cuya vida no se vincula a nada que valga la pena. "El más infeliz de todos los hombres", dice Carlyle, en el famoso discurso que, como Maestro de la Juventud, pronunciara a los estudiantes de la Universidad de Edinburgo, "es el que no puede decir lo que piensa hacer, que no tiene tarea determinada y no busca ninguna. Porque el trabajo es el mejor remedio para todas las enfermedades y miserias que aquejan a la humanidad, trabajo honesto que se piensa acabar." Aun el hombre de capacidad mediocre que se identifica con una causa noble se agiganta.

¿Quién como el gran Maestro de la Juventud sudamericana ha expresado la necesidad de convertir nuestra fuerza vital en algo que perdure? Mediante una síntesis maravillosa del "Peer Gynt" de Ibsen, José Enrique Rodó cristaliza su pensamiento con respecto a la digna inversión del talento propio. Dice: "Este sentimiento de la vida que se acerca a su término, sin haber llegado a convertir, una vez, en cosa que dure, fuerzas que ya no es tiempo de emplear, ¿quién lo ha expresado como Ibsen, ni dónde está como en el desenlace de "Peer Gynt", que es para mí el zarpazo maestro de aquel formidable oso blanco? Peer Gynt ha recorrido el mundo, llena la mente de sueños de ambición, pero falto de voluntad para dedicar a alguno de ellos las veras de su alma, y conquistar así la fuerza de personalidad que no perece. Cuando

ve su cabeza blanca después de haber aventado el oro de ella en vana agitación, tras de quimeras que se han deshecho como el humo, este pródigo de sí mismo quiere volver al país donde nació. Camino de la montaña de su aldea, se arremolinan a su paso las hojas caídas de los árboles. Somos, le dicen, las palabras que debiste pronunciar. Tu silencio tímido nos condena a morir disueltas en el surco. Camino de la montaña de su aldea, se desata la tempestad sobre él; la voz del viento le dice: —Soy la canción que debiste entonar en la vida y no entonaste, por más que, empinada en el fondo de tu corazón, yo esperaba una seña tuya. Camino de la montaña, el rocío que, ya pasada la tempestad, humedece la frente del viajero, le dice: Soy las lágrimas que debiste llorar y que nunca asomaron a tus ojos: ¡Necio si creíste que por eso la felicidad sería contigo! Camino de la montaña, dícele la yerba que va hollando su pie: Soy los pensamientos que debieron morar en tu cabeza; las obras que debieron tomar impulso de su brazo; los bríos que debieron alentar tu corazón. Y cuando piensa el triste llegar al fin de la jornada, el Fundidor Supremo, nombre de la justicia que preside en el mundo a la integridad del orden moral, al modo de la Némesis antigua, le detiene para preguntarle dónde están los frutos de su alma, porque aquellas que no rinden fruto deben ser refundidas en la inmensa hornaza de todas, y sobre su pasada encarnación debe asentarse el olvido, que es la eternidad de la nada.

¿No es ésta una alegoría capaz de hacer paladear

por vez primera lo amargo del remordimiento a muchas almas que nunca militaron bajo las banderas del Mal? — ¡Peer Gynt! ¡Peer Gynt! ¡tú eres legión de legiones!" (1)

El "siervo malvado y negligente" que fué despedido por su señor a las "tinieblas de afuera", no había militado bajo las banderas del Mal; el pecado que acarreó su condena fué que se había negado a militar bajo las banderas del Bien, no empleando en obra útil el talento que sepultó en la tierra.

---

(1) "Motivos de Proteo", XXV.

En aquel mismo día, habiendo salido Jesús de casa, sentóse a la orilla del mar. Y se juntaron a él tantas gentes, que entró en una barca y se sentó; y toda la multitud estaba en pie en la ribera. Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar; y sembrando, parte de las semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves, y se la comieron. Otra parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y nació pronto por no tener profundidad de tierra; mas salido el sol, se quemó; y por no tener raíz, se secó. Otra parte cayó entre espinas; y las espinas crecieron y la ahogaron. Y otra parte cayó en buena tierra, y fué dando fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno. El que tiene oídos, oiga.

. . . . . .

Vosotros, pues, escuchad la parábola del sembrador: Cuando alguno oye la palabra del reino, y no la entiende, viene el maligno y arrebata lo sembrado en su corazón; éste es el sembrado junto al camino. El sembrado en pedregales es el que oye la palabra, y al instante la recibe con gozo; mas no tiene raíz en sí, antes es de poca duración, y en viniendo tribulación o persecución a causa de la palabra, luego se escandaliza. El sembrado en espinas es el que oye la palabra; pero el afán del siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa. Mas el sembrado en buena tierra es el que oye la palabra y la entiende, el que verdaderamente lleva fruto, y produce cual a ciento, cual a sesenta y cual a treinta por uno.

San Mateo XIII: 1 9, 18-23.

CAPITULO XII

...Unas manos de sembrador

MIENTRAS la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo el cielo la mira. Sobre la masa indiferente y obscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador".

Este hermoso pasaje con que Rodó termina su "Ariel" contiene la figura más universal que podía emplearse para designar la relación dinámica que existe entre el Cielo y la Tierra, entre la región de la verdad serena y luminosa y la en que la vida humana descubre su abigarrado seno, como campo de cultivo en que se entremezclan en surcos contiguos hojas secas y amarillentas y doradas espigas, pletóricas de vida; las mismas manos sembraron todo el terreno, pero las diversidades de éste, determinaron la suerte de la celestial semilla.

"El sembrador salió a sembrar". Con estas pala-

bras inauguró Jesús su enseñanza parabólica, sentado en un bote pesquero a orilla del Lago de Genezaret. Mas no con ellas comenzó el Maestro su labor docente, pues, si bien es cierto que se iniciara desde esa cátedra el célebre curso de parábolas, la primera y más fundamental de la serie presuponía un período de docencia anterior. Como decíamos en el capítulo sobre la Parábola como Género Literario, hay que mirar la del Sembrador como una especie de prueba de aprovechamiento a que el Maestro sometiera a los que solían escucharle, para ver hasta qué punto habían sacado partido de sus lecciones. Pintó en ella asimismo el cuadro de los efectos de su enseñanza en esos mismos oyentes. Con la figura de la suerte muy diversa que corre la semilla arrojada a los surcos, en primavera, debido a la calidad desigual del terreno, les trazó su propio retrato para ver si se conocían.

No es nada improbable que mientras pasaba por la campiña, camino del lago, en aquella mañana inolvidable, en que debía inaugurarse la nueva cátedra, el Maestro observara a un campesino que sembraba su terreno, seguido de cerca por pájaros glotones, o un campo en época de otoño que reunía las características que consagra luego en la primera parábola del célebre curso. Lo cierto es que pinta a maravilla una experiencia agrícola muy corriente en aquellos parajes, cuya fidelidad, su auditorio de campesinos había de reconocer en el acto. Stanley, cuyo libro, "Sinaí y Palestina", hemos citado en un capí-

tulo anterior, descubrió una escena idéntica en el curso de sus andanzas por la región del Lago de Galilea. "Había, dice, los mismos trigales ondulantes que descendían hasta el borde del agua. Había un sendero trillado que en medio los cruzaba, endurecido con las pisadas continuas de los caballos, las mulas y los pies humanos. Había la tierra buena y rica que distingue toda aquella llanura. Había la tierra rocosa de la loma que emergía acá y allá de los trigales, como en otras partes de las laderas herbosas. Había grandes espinales que crecían en medio del trigo ondeante".

Jesús veía en el labrador con su bolsa un retrato de sí mismo, y en la muy desigual fortuna que esperaba a la semilla arrojada, una descripción fiel de la manera como los hombres habían recibido y recibirán siempre las semillas de verdad descendidas de lo alto. La simiente era buena y de una sola calidad. Era la "palabra de Dios", y en sentido doble. La verdad que Jesús arrojaba dondequiera que pasaba expresaba el carácter y voluntad de Dios y procedía a la vez de Dios mismo, inspirado y autorizado por El. Era la verdad salvadora cuya acogida leal y sincera por los corazones humanos produciría los mejores frutos en la conducta. Conduciría a aquel ideal de perfección que Jesús propusiera como norma para la vida. "Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto".

En las parábolas ya estudiadas hemos considerado diversas facetas de esta suprema verdad germinal;

dediquémonos ahora, al finalizar este libro, a mirar de cerca el análisis magistral que hace Jesús de los distintos tipos en que los hombres se clasifican frente a la verdad. Esta tiene la virtud de descubrir el carácter íntimo de todo hombre, así como la germinación de las semillas de trigo en el seno de un sembrado galileo puso de manifiesto las diferencias insospechadas que, al comienzo de la primavera, se ocultaban bajo la monótona faz de la tierra rastrillada. La simiente que el sembrador espiritual arroja, descubre los corazones; obliga a los hombres a declararse.

Sigamos los pasos del labriego para conocer cómo trabaja y con qué éxito.

Empieza a sembrar. Unos granos caen sobre la senda trillada y dura. Apenas se aleja el sembrador, bajan de los arbolejos las avecillas que allí han estado en acecho y se comen prontamente los granos.

Sigue sembrando el sembrador. Otra parte de la semilla cae sobre tierra pedregosa, vale decir, sobre tierra en que, bajo una capa tenue de suelo, se extiende la superficie de una roca. La poca profundidad de esa tierra hace que la simiente arrojada en ella germine pronto; no pudiendo echar raíces profundas, reconcentra su vitalidad en un esfuerzo de ascensión a la luz. Tiernos brotes asoman intempestivamente a flor de tierra. Pero, faltos de resistencia, no pueden soportar los rayos del sol abrasador. Pasando una mañana junto al sembrado, a pocas semanas de acabar de sembrar, el labrador se diría: "¡qué

rica cosecha me brindará ese pedazo del campo que ya está todo verde!" Pero cuando llegue el otoño esa superficie aparecerá desnuda y quemada.

Sigue sembrando el sembrador. Arroja otra parte de la semilla en un lugar del campo que oculta en su seno simiente de espinas. No bien brota el trigo, se entabla una lucha en que se imponen las plantas silvestres y maléficas, acabando por ahogar a las verdaderas dueñas del suelo. Llegada la época de la cosecha, el labrador contempla con tristeza cierta parte del campo convertida en cardizal.

Sigue sembrando el sembrador. Por ventura, el resto del campo es tierra buena. Reúne todas las condiciones necesarias para que la semilla echada en ella lleve fruto. Es blanda, profunda y limpia de elementos extraños. Cuando llega el momento de meter la hoz para cosechar el grano dorado, el segador encuentra unas espigas de treinta, otras de sesenta y otras de cien granos.

"El que tiene oídos oiga", dijo el Maestro al terminar de contar esta parábola. ¿Qué quiso decir con ella? Es una de aquellas parábolas con interpretación autorizada. "Vosotros, pues, escuchad la parábola del sembrador".

I

La senda trillada y dura, donde la semilla es hollada por los pies o las ruedas y comida por los gorriones, representa a aquellos que "oyen la palabra

y no la entienden''. No pudiendo ocultarse en ningún surco de la mente, pues ésta era una tabla rasa, el espíritu maligno, enemigo de los pensamientos serios, se la arrebata.

He aquí una pincelada que nos dibuja de modo perfecto al hombre indiferente, a quien la rutina o la prosperidad ha insensibilizado. Su alma carece de surcos abiertos por el arado del dolor, o de la honda preocupación, que den albergue a las semillas que arroja el sembrador. Condición lastimosa la del indiferente o irreflexivo cuya tranquilidad subhumana ofrece una costra impenetrable a toda verdad nueva que busque entrada. Se conforma con el rodar de las carretas y las pisadas de los animales, con toda las experiencias ordenadas, rutinarias y conocidas, mas no aspira a que brote de su seno la planta de un nuevo entusiasmo. ¡Escuchad sembradores!

Las que echéis en el campo apelmazado
de la ordenada sociedad tranquila
se pudren infecundas,
o prenden solitarias
para morir a la ardorosa lumbre
que da la muerte como da la vida,
o son pasto de pájaros glotones
los que viven del grano
que sembró con afán ajena mano. (1)

---

(1) Unamuno, ''La Flor Tronchada''.

El problema más serio de muchos hombres es el de no sentir ninguno. Están satisfechos consigo mismos. Apegados a la costumbre, esclavos de la rutina, orgullosos de sus creencias o de su falta de ellas, sumidos en el placer, no toman nada en serio. Basta el más leve pretexto para que no asistan a una conferencia, o no lean un libro, o no hagan o reciban una visita que pueda afectar desfavorablemente su prestigio, o conturbar su sosiego rutinario y artificioso. Mienten con facilidad asombrosa. Los reclamos imperativos de la verdad que oyen día a día los desatienden mediante fútiles excusas y fantasías, y los relegan al olvido. Opera en seguida una ley inexorable, según la cual, "cada deber que omitimos oscurece alguna verdad que pudiéramos conocer". De suerte que el corazón se endurece más, y el entendimiento se vuelve más ciego.

Lo que más necesitan los tales no es que la semilla descienda de lo alto para quedar a flor de tierra, sino que el arado penetre por debajo de la costra removiendo los terrones.

Así cuando sus senos desgarrados
muestre y el flanco herido
la compañía humana,
sembrad semillas de la Idea en ella
y brotarán lozanas. (2)

---

(2) Unamuno. "La Flor Tronchada".

El dolor es el gran disolvente de la indiferencia humana. Al despertarle al hombre inquietudes, le crea nuevos intereses, ensancha sus simpatías, dándole carácter más asequible y humano; pero donde no pasa el arado en primavera nada cosechará la hoz en otoño.

II

La semilla caída en tierra pedregosa, que brota prematuramente y por falta de humedad muere al calor del sol, representa, dice el Maestro, "al que oye la palabra, y al instante la recibe con gozo; mas no tiene raíz en sí, resulta de poca duración, pues en viniendo tribulación o persecución a causa de la palabra luego se escandaliza". El mismo sol, que tánto bien hace a las plantas que, antes de asomar a flor de tierra, han echado abajo profundas raíces, marchita los brotes salidos a deshora.

He aquí el hombre de carácter fácil. Apenas oye algo nuevo, responde en seguida, ya sea por lo novedoso de la idea, ya por complacer a quien se la anuncie, ya porque le toca el momento de cambiar de interés; ello es que la acoge con entusiasmo. Sin dejar que la meditación serena la analice, sin permitir que la veracidad de ella sea comprobada por la experiencia solitaria, sin reflexionar sobre lo que la adhesión incondicional a ella le pueda acarrear, lánzase al instante a la luz pública, proclamándose

partidario ardiente de un nuevo modo de pensar o de hacer.

Mas, ¡ay! no ha contado el costo de su nueva profesión de fe, de su nuevo frente a la vida. No ha tenido en cuenta las horas de angustia y desolación que le esperan. Todos no piensan como él. Se encuentra en un ambiente hostil. Algunos se mofan de él, otros le hacen el vacío, otros le amenazan, otros le hacen sentir en forma más brutal el peso de su desaprobación. Triste y desilusionado, y falto de la raigambre moral que produce el profundo convencimiento, claudica cobardemente ante el fuego abrasador de la persecución. La misma superficialidad que al principio le hizo susceptible a la nueva idea, le hace también más susceptible al dolor.

La gran idea germinal del Reino de Dios y su justicia que Jesús echó a los surcos de la vida ha caído muy amenudo en tierra pedregosa. Muchos que han hecho gala de retórica sentimental para elogiar a Cristo y el cristianismo no han podido soportar en un momento de prueba la más mínima contrariedad a causa de sus creencias. En tanto que la aceptación de las ideas de Jesús no significa sino una posición social respetable en la colectividad, o da motivo para pronunciar un discurso rebosante de poesía o dejarse llevar por la nueva moda literaria de dedicar una monografía al gran Galileo, son muchos los que blasonan el nombre de éste. Pero apenas se dan cuenta de que el único seguidor verdadero de Cristo es aquel que lleva una cruz, no de oro o plata col-

gada al cuello, sino grabada en la frente por el hierro candente de las circunstancias que ponen a prueba la sinceridad de todo discípulo, su lozanía se marchita. Cuando al locuaz aficionado a las ideas cristianas se le invita en nombre de las mismas a consagrar a una nueva cruzada, destinada a establecer el Reino de Dios en la tierra, su nombre y su pluma, su dinero, su tiempo o su talento, se escandaliza. Así se escandalizó el joven rico cuando Jesús le dijo que vendiera todo cuanto tenía si deseaba obtener la vida eterna. El cruzado del nuevo Reino ha de aprestarse a la lucha contra todas las fuerzas del mal, dispuesto a sufrir varonilmente todas las consecuencias de su actitud. Pero la posibilidad de hacer esto dependerá de la íntima satisfacción que encuentre en su propia fe religiosa, de la raigambre que tenga en su suelo el amor a Dios y al prójimo. Quien ha encontrado en el cristianismo no una teoría sino una vida, hallará en las circunstancias hostiles una fuerza amiga que templará su carácter.

III

"El sembrador en espinas es el que oye la palabra, pero el afán del siglo y el engaño de la riqueza ahogan la palabra y se hace infructuosa".

Si en los dos casos anteriores el sembrío no tuvo feliz desenlace por la intervención de dos fuerzas extrañas, las aves y el sol, en el presente caso no lo tuvo por la intervención de fuerzas internas: las espinas.

La semilla caída en el cardizal simboliza a aquellos en cuyos corazones se entabla una lucha entre los intereses del Reino y sus intereses particulares, en que éstos resultan vencedores. He aquí un conflicto de intereses. No han faltado atención a la verdad ni aprecio de ella, pero sí sinceridad, consagración exclusiva a lo más alto. El interés para vivir a la altura de las enseñanzas de Jesús y de buscar el Reino de Dios y su justicia no es un interés absorbente, sino apenas uno entre muchos. La personalidad se halla dividida. Trátase de un caso de doble personalidad. Ahora es el cristiano altruísta que aparece y que se impone, ahora el egoísta mundano. ¿Quién vencerá? La lucha sigue indecisa; pero poco a poco las espinas del egoísmo ahogan el crecimiento de los impulsos generosos. Al cabo, éstos desaparecen, y quedan dueños de la huerta del alma los cardos de mundanas preocupaciones. "El afán del siglo y el engaño de las riquezas", y como agrega San Marcos, "la codicia de las demás cosas ahogan la palabra."

¿Qué quiere decir Jesús por "el afán", o "los afanes del siglo"? Que en muchas almas muere el idealismo cristiano a causa de la preocupación por el bienestar personal. Uno teme lanzarse porque tiene un negocio que atender, o mujer e hijos que considerar, o una novia que consultar, así que... "Perdonadme; si yo fuera persona independiente podríais contar conmigo para todo; pero me encuentro ahora absorbido por una cantidad de cosas que no me dejan tiempo para pensar en nada." Parece que habéis olvi-

dado, amigo, las palabras de nuestro Maestro cuando decía: "Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia y todas estas cosas os serán dadas por añadidura" y aquella otra: "El que ama a padre o a madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o a hija más que a mí no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que hallare su vida, la perderá, y el que perdiere su vida por causa de mí, la hallará." (1)

Cuando la preocupación de un hombre no se limita a asegurar su bienestar personal, antes se encamina a amontonar fortuna y a ir en pos del lujo, el prestigio y el poder, es más difícil aún que el idealismo cristiano florezca en su alma. Cuando el que se ha iniciado en la vida cristiana de la abnegación y el desinterés se deja deslumbrar por las riquezas y el ansia de un encumbrado puesto de influencia egoísta, los abrojos de la mundanidad cobran nuevas fuerzas. "Cuán difícilmente", decía Jesús, "entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas." No es que las riquezas sean un mal; es que constituyen un peligro como ya hemos dicho repetidas veces, que muy pocos de los que las poseen pueden salvar. La mayoría de los hombres pudientes son pobres esclavos de los intereses que su fortuna les crea, y no hay hombre que haga del dinero un fin que no sea un miserable claudicante cuando tiene que escoger entre Cristo y Mamón. Porque para seguir a Aquél hay que luchar

(1) San Mateo 6 : 33, 10 : 37-39.

contra sí mismo, mientras que el servicio de éste arraiga en las tendencias congénitas de la naturaleza humana.

IV

La tierra que recibió en su seno la buena semilla, correspondiendo luego a la fe y a los esfuerzos del sembrador con un rendimiento de cien o sesenta o treinta granos por uno, tenía las cualidades indispensables para dar cosecha floreciente, de que carecían las otras partes del terreno. En ella el suelo era blando, profundo y limpio. El arado había desgarrado oportunamente sus entrañas; ninguna roca impenetrable rozaba la superficie; su seno estaba libre de todo elemento nocivo. Toda la fertilidad de esta tierra se une en un esfuerzo de transformar la simiente confiada a ella en plantas lozanas.

Idénticas cualidades caracterizan al hombre que merece el calificativo de "bueno". La rutina y los prejuicios no le han endurecido el alma. Conserva la mente abierta a todas las ideas, inquietudes y problemas del mundo en que vive. No se enamora, sin embargo, al instante de todo concepto o propuesta nuevos; se da tiempo para pesarlos. Pero cuando se convence de que una de las ideas que se le ha presentado es de trascendental importancia, entonces, como al toque de varita mágica, desaparece de su vida toda ambición inferior, y se dedica en cuerpo y alma a la expresión consecuente de la idea que le ha cautivado.

Desde ese momento su lema es el de Pablo "una cosa hago", y se repite en su vida la historia del campesino que encontró el tesoro.

Jesús no nos ha dejado en la menor duda sobre su concepto del hombre ideal. Ha de ser el hombre de una sola pasión. Veamos cómo lo describe al glosar la semilla caída en tierra buena. San Lucas nos conserva sus palabras más significativas. "Lo que cayó en buena tierra, son los que habiendo oído la Palabra, la retienen en su corazón noble y bueno y dan fruto con perseverancia." (1)

He aquí una descripción admirable del verdadero discípulo de Cristo. Presta atención a la Palabra del Reino; la recibe, meditando su importancia; la retiene "en su corazón noble y bueno". Este calificativo que Lucas emplea para caracterizar el corazón del hombre verdadero se emplea en el griego clásico para denotar al perfecto caballero. Con el tiempo, este corazón produce frutos tan nobles y buenos como él mismo.

En otras palabras, el único que merece llamarse con el nombre de Cristo es aquel que atiende con seriedad a las palabras del excelso Maestro, que las medita serenamente en su corazón, que se decide a identificar todos sus intereses con la causa del Reino que dichas palabras preconizan. De tal se podrá decir como decían de Brand los rústicos feligreses de una parroquia noruega: "Hace tiempo que nos hablan del buen camino, y nos lo indican con el dedo. Más

(1) San Lucas 8 : 15.

de uno lo ha señalado, pero tú eres el único que lo ha seguido... Un millón de palabras no vale lo que un hecho. Por eso venimos a buscarte en nombre de todos porque lo que nos hace falta es un hombre."

"Lo que nos hace falta es un hombre", un hombre en cada país, en cada ciudad, en cada institución, en cada hogar, que siga el buen camino. Vale decir, un hombre que nos recuerde a Cristo, cuya fidelidad le conduzca, si fuese necesario, a una cruz.

Nuestro continente espera ansioso la manifestación objetiva de este espíritu en todas las esferas de la vida. En la fe de contribuír al advenimiento del Reino a las pampas y sierras de nuestra América, héme atrevido a dar a la luz pública estas glosas de las parábolas del Maestro a quien amo y sirvo. Muy grande será el gozo que sentiré si la semilla que he arrojado con temblorosa mano produjera abundosa cosecha, así fuere en un solo "corazón noble y bueno." Mas muy triste, muy triste, quedaré, lector, si en la superficie llana y lisa de tu alma tranquila no hubiese siquiera un escondrijo diminuto, en que uno solo de los pensamientos de mi Maestro hallase una tumba, donde morir en paz, fertilizando con el tiempo tu propio pensar.

INDICE

	Pág.
Prólogo	7
I.—La personalidad docente del Maestro	11
II.—La parábola como género literario	33
III.—Eureka	57
IV.—En torno al progreso	83
V.—Fermentos	103
VI.—Dios es Amor	115
VII.—Un abismo en lo alto	135
VIII.—Almas desnudas	153
IX.—¿Quién es mi prójimo?	175
X.—El condenado por desalmado	193
XI.—El reparto de las vocaciones	209
XII.—...Unas manos de sembrador	229

Date Due

(M) Christianity